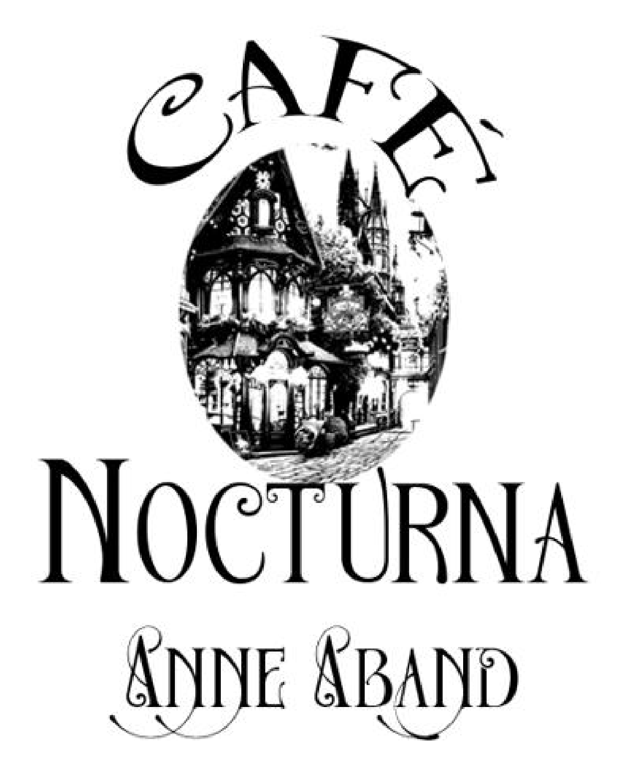

ANNE ABAND
CAFÉ NOCTURNA
Destino. Magia. Amor. Deseos
Saga Brujas Castel. Libro 1


Café
Nocturna
Anne Aband

Café
Nocturna

Anne Aband

Corrección: Eva Pallás
ISBN: 9798333185075
Safe creative: 2408169135898
Portada y dibujos interiores: Yolanda Pallás

El sol es débil cuando se eleva primero, y cobra fuerza y coraje a medida que avanza el día.

Charles Dickens

Índice

¿Quieres enterarte de cuándo saco una novela?
¡Sígueme en Amazon!
https://www.amazon.com/author/anneaband o escanea el QR



Capítulo 1. 2005. Bella costa



—Si no quieres seguir con tu embarazo, hay medios por los que…

—Me niego, no mataré a mi bebé —dijo la muchacha con el cabello de colores sujetándose el vientre—. Veo que no nos vas a aceptar, así que me marcho con tía Emma. Ya nos lo imaginábamos y me está esperando.

—Pero Catalina, hundirás toda tu vida si tienes al bebé ahora. Volverás a quedarte embarazada en el momento adecuado y…

—No, mamá, es un bebé deseado y no permitiré que me hagas o me des algo sin que yo lo sepa que me haga perderlo.

—Te vas a arrepentir —contestó con tristeza la madre.

Siempre había sido muy cabezota, demasiado independiente y haciendo su santa voluntad. Aunque estaba muy dotada para la magia, prefería irse de fiesta, vivir la noche, como solía decir. Y las consecuencias eran estas. Ni siquiera había terminado de consagrarse como una bruja del aquelarre.

La contempló marcharse con una pequeña maleta. No iba a llorar, porque no podía. De nada iba a servir. Aun así, verla subirse en un taxi para ir a la estación de autobuses le rompió el corazón. Si su esposo viviera, se hubiera disgustado mucho. Claro que él no era consciente del todo del mundo en que vivían. Con solo dieciocho años su hija iba a ser madre y a renunciar a todo lo que ella había vivido, puesto que su hermana Emma nunca tuvo magia y no podría ayudarla. Su hija crecería sin ella, sin aprender, sin seguir la tradición familiar.

Kásper se refrotó contra sus piernas y ella lo tomó en brazos. Incluso su familiar parecía entristecido.

—Volverá —dijo ronroneando. Pero ella no tenía esa convicción en absoluto.

Capítulo 2. Actualidad. Bella Costa



—Bienvenida a casa, Elody. Supongo —dijo Catalina bajando del autobús. A duras penas se sostenía y su hija tuvo que tomarla del brazo. Al menos, había estado durmiendo casi todo el viaje. Ese viaje inesperado en el que tuvieron que coger sus cosas y marcharse, porque el marido de tía Emma, una vez que ella falleció, las invitó a marcharse de casa.

Catalina se puso las gafas de sol para cubrirse de los molestos rayos que amenazaban con tostar su delicada piel. Elody no era tan pálida como ella, se parecería al padre del que nunca le habló.

—¿Crees que la abuela nos recibirá bien?

—No le queda otra. Supongo que querrá conocerte, a pesar de todo. No nos puede dejar en la calle que es donde acabaríamos en ese caso.

—¿Y cómo es que no tenemos ningún dinero ahorrado?

—El dinero es para la gente normal. Vamos, coge las maletas.

Elody asintió. ¿Para la gente normal? Su madre había estado trabajando en una oficina, ella los fines de semana en un bar, de camarera, y todo se lo entregaba para ahorrar para poder ir a la facultad de Bellas Artes. ¿Dónde estaba ese dinero? Pero no podía decirle nada. Cuando su madre se enfadaba, sacaba -literalmente- rayos por los dedos.

Subieron a un autobús urbano que llevaba al centro, donde estaba la cafetería que regentaba su abuela. En realidad, estaba nerviosa. Tía Emma decía que su madre tenía ciertos dones, pero casi nunca se los mostró. Nadie le había explicado. Todavía recordaba la primera vez que vio la magia en su madre. Ella aseguró que no la había heredado, que era como Emma, pero a escondidas comenzó a practicar, aunque todavía no era muy ducha, lograba que el agua de un vaso palpitase. Si la abuela era una gran bruja y su madre tenía esos dones que solía esconder, ¿por qué ella no? Así que, en el fondo estaba emocionada

por conocerla y, tal vez, ella sí accedería a enseñarle alguna cosa sobre la magia.

Ya no le quedaban tomos en la biblioteca de su ciudad sobre rituales y temas relacionados que leer, por lo que estaba bastante segura… a nivel teórico, claro.

Se bajaron del autobús y accedieron a una encantadora plaza llena de cafeterías. Los edificios eran antiguos y todos tenían travesaños de madera, como los de las fotografías del norte de Europa. A pesar de estar en el sur y en la costa, de alguna forma ese tipo de construcciones habían llegado allí. Enseguida vio la casa. Tenía dos plantas y una buhardilla, con tejados picudos, tejas oscuras y ventanas apagadas. Solo la parte inferior del café estaba encendido, con bombillas de colores que hacían que se respirase un ambiente acogedor. En la parte de fuera habían colocado al menos diez mesitas redondas, con sillas desparejadas, que daban una sensación muy mona. Ya se veía allí trabajando, intentando ahorrar y tal vez al año siguiente pudiera estudiar en la universidad.



Una mujer de unos sesenta se paró en la puerta con el ceño fruncido. Tenía el mismo cabello rubio que su madre y esos ojos azules que las miraban como si pudiera penetrar en su alma. Ella no había heredado ninguna de las dos cosas. Su cabello era de color castaño rojizo y tenía los ojos color chocolate, como decía su madre. Se acercaron, rodando las maletas y la mujer se cruzó de brazos.

—¿Qué hacéis aquí?

—Mamá, hace casi diecinueve años que no nos vemos, esperaba una bienvenida algo mejor —protestó Catalina, cruzándose de brazos también.

—Hola, abuela —dijo Elody sin atreverse a acercarse. Por un momento vio la sorpresa y otra expresión que no acertó a distinguir.

—¿Ya te han echado?

—Emma ha muerto, lo sabes. Fuiste a su entierro. Su viudo nos ha invitado a irnos.

—Ya me lo imagino. ¿Y qué queréis?

—¿Tú que crees? —dijo su madre enfadada. Elody miró los dedos y de momento, no salían chispas—. Solo será algo temporal.

—Si has venido es porque no tienes un billete en tu bolsillo. Seguro que has estado malgastándolo como siempre en tus locuras.

Elody se volvió hacia su madre, preguntándose lo mismo. Ella carraspeó.

—Si no nos vas a acoger, nos vamos, ya nos arreglaremos.

Comenzó a darse la media vuelta y Elody la miró suplicante. La abuela titubeó y gruñó, metiéndose para dentro.

—Pasad —dijo volviéndose—, pero aquí nadie vive de gorra. Tendréis que trabajar.

Su madre la miró y le apretó la mano. Ambas se metieron dentro del café con la maleta a cuestas. No había mucha gente sentada, pero todos parecían animados, charlando y tomando cafés e infusiones. Era un acogedor lugar con mesas, sillas y sillones sin ningún orden. Ninguna hacía juego con la otra, pero en conjunto, era encantador. En las paredes, viejos libros cerrados en vitrinas y cuadros de mujeres que parecían moverse y sonreír. Al fondo, la barra de madera, como esas del antiguo oeste y un guapísimo camarero que le sonrió de oreja a oreja.

La abuela se dirigió hacia una puerta lateral que abrió y de donde partían unas escaleras.

—Instálate en tu antiguo cuarto. La niña…

—Se llama Elody.

—Sí, bueno. La niña que duerma en la buhardilla. Seguro que la casa ha tenido a bien prepararle algo.

—Gracias, abuela —dijo Elody sin comprender mientras subía las escaleras.

Su madre entró en una habitación, mientras le señalaba dónde estaba el baño y la cocina. Al fondo del pasillo había una puerta que le señaló.

—Sube y encuentra algo para instalarte. Imagino que tendrás alguna cama vieja. Luego, bajas.

Elody asintió. En casa de la tía Emma dormía en un cuarto tan pequeño que solo cabía una cama estrecha y un armario. Tuvo que hacer los deberes y estudiar en sus rodillas durante toda su vida, así que no le asustaba tener un espacio pequeño y lleno de cachivaches. Seguro que encontraría algo interesante.

Cuando accedió a la buhardilla, los muebles parecían moverse solos. Ella se quedó con la boca abierta mientras una cama se estaba montando ante sus ojos. El colchón se sacudió él solo y se colocó sobre los travesaños. De dentro de un armario salieron un juego de sábanas y algunas polillas volando, poco le importaba. Estaba maravillada. Las sábanas se extendieron solas y la almohada se puso la funda. En un

lado, se abrió la puerta y apareció, por lo que había empezado a ver, un baño, pero no quería ni acercarse. En el fondo, le daba bastante respeto. No podía moverse del asombro.



—No debes tener miedo —dijo un gato con manchas grises y negras—. Soy Kásper, hijo de Kásper y nieto de Kásper, el familiar de la familia.

El gato emitió un sonido que parecía una risa y Elody dio un saltito hacia atrás. Sí, había leído acerca de los espíritus familiares que convivían con las brujas, pero eso de que hablasen…

—Casa está haciendo muy buen trabajo con la buhardilla. Hace tiempo que le digo a Herminia, tu abuela, que debería arreglarla, pero siempre me dice que cuando llegue el momento, se pondrá todo en su sitio.

—Gra… gracias…

—Supongo que no eres como Emma, en ese caso no podrías ni escucharme y tampoco ver la buhardilla convertirse, por lo que deduzco que tienes magia. ¿Cuánta tienes? ¿Con qué aquelarre has estudiado? ¿Cuáles son tus dones?

—Ni idea. Ninguno. Ni idea.

El gato se la quedó mirando paralizado. Ella se acercó, pasó una mano por sus ojos pensando en que se había petrificado y entonces Kásper sacudió la cabeza.

—No. Has. Estudiado. Magia. —repitió remarcando demasiado las palabras de una forma impertinente.

—No.

—¿Cómo es que Catalina ha descuidado sus obligaciones? Eres… eres una analfabeta de la magia.

—Mira, no tengo tiempo para hablar de mi ignorancia, debo bajar.

Elody dejó enfadada la maleta sobre la cama y se abrió sola, dándole un buen susto. La ropa se fue colgando en un armario que se había preparado para ello y moviendo la cabeza, se fue hacia abajo. Estaba demasiado disgustada. Asombrada. Nerviosa. Impaciente. Mil ideas volaban en su cabeza. Ya sabía que su madre no le había enseñado, no quería ni hablar de magia, pero que un gato la tratase así, le sacara los colores, no le hacía ni pizca de gracia.

—¿Mamá?

No había nadie en la casa, así que bajó las escaleras que daban a la cafetería. Allí, busco a su madre y a su abuela hasta que el camarero la llamó.

—Ey, chica, es mejor que no salgas. ¿Quieres desayunar?

—¿Has visto a mi madre?

—Sí, han salido a la calle, a discutir, como siempre.

—¿Cómo siempre? ¿Cómo lo sabes? No pareces tener más de veinte años.

—Ya… no exactamente. Sí, tengo veintiuno… pero desde hace un tiempo. Soy un *eónida* y estuve aquí en 2005, cuando tu madre se fue contigo en el vientre. Recuerdo que esa tarde hacía frío y que solo había ocho personas en el café, aunque luego vinieron dos…

—Vale, vale. Está bien. ¿Podría tomar un café? —pidió, abrumada por todo lo que estaba viendo y escuchando.

—¿Quieres un bollo? Los favoritos de tu madre son los de fresas. Si me dices cuáles son los tuyos, los recordaré. Para siempre.

—Chocolate está bien, gracias

Elody vio de reojo una nubecilla de vapor que se deslizaba hacia la cafetera, pero cuando se giró, ya no estaba.

—Jack es tímido, no te preocupes, ya lo verás en otra ocasión. Por cierto, me llamo Ted. Y tú eres Elody, me pareció escuchar a tu madre.

—No, creo que no ha dicho mi nombre —dijo ella sentándose en una de las banquetas. Ted se sonrojó.

—Tal vez lo haya escuchado en otro lugar —dijo encogiéndose de

hombros y se volvió a la cafetera para calentar la leche.

—No tomo leche de vaca. Soy intolerante a la lactosa. Prefiero café solo.

—Oh, oh, pero eso… está bien —dijo Ted preparándole un café solo que le presentó con un corazón de espuma en el centro.

—Gracias. Muy bonito.

—Eso es cosa de Jack, es tímido pero le has caído bien o te hubiera dibujado otra cosa. Una vez a un señor muy antipático le dibujó una po… un pe… o sea, ya me entiendes —contestó dibujando la forma con el dedo.

Elody se sonrojó levemente. El chico le puso un pedazo de tarta de fresa delante y se fue a atender a otros clientes.

Para no olvidarse de que su favorita era de chocolate no le había hecho ni caso. Daba igual, tenía hambre. Probó un trozo y las papilas gustativas le explotaron.

—¡Qué delicia! —exclamó sin poder evitarlo. Una corriente de aire le movió el cabello y a su lado se colocó una muchacha joven de piel color chocolate, que le sonreía. Se sobresaltó y Ted se volvió hacia ella.

—Nené, no debes asustar a Elody. Debe acostumbrarse a nosotros. Ella no ha estudiado en ningún aquelarre. Me lo ha dicho Kásper.

—*Oh, lo siento* —dijo ella marcando mucho las palabras con la boca, parecía que estaba hablando a una persona sorda.

—Te escucho bien.

—Habla así para que puedas entenderla, si no, a su velocidad normal, nadie se entera.

—*Mealegromuchodequetehayagustadomipastel* —dijo ella un poco más rápido. Después, empezó a farfullar cosas entusiasmada hasta que Ted chasqueó los dedos para sacarla de su diálogo intenso. Se fue tan rápido como había venido, es decir, en segundos.

—O sea que ese gato os ha contado todo. ¿Y ella qué es?

—Es una muchacha *celéritas*, lleva en el café dos años trabajando y como ves, sus pasteles son gloriosos.

—¿Por qué no he escuchado nada de vuestras… razas?

—Si tu madre no te ha enseñado, es imposible. Vivías en un ambiente no esotérico y acabas de llegar a tu casa. Supongo que eso cuenta. Perdona, tengo que atender a los clientes. Jack te hará compañía.

—¿Jack? Si no lo veo —dijo Elody mirando alrededor. Solo vio por el rabillo del ojo un pequeño ser de humo que le saludaba con la mano. Suspiró. ¿Era esta una casa de locos o era ella que se estaba volviendo?

Su madre entró con paso firme y se sentó a su lado, con el rostro tenso.

—¿Qué ocurre?
—Lo peor.
—¿Nos va a echar de aquí? —preguntó inquieta.
—No, qué va. Dice que podemos quedarnos todo el tiempo que deseemos, con una condición.
—¿Qué es?
—Que empieces a aprender magia, dice que es una vergüenza que no sepas nada, teniendo dones. Al parecer, Kásper le ha dicho que fuiste capaz de ver a Casa organizando la buhardilla.
—Supongo que habrás aceptado. —Casi rezó en su interior. Todo le parecía fascinante. Es como si… perteneciera allí.
—No me queda otra. Pero no va a ser divertido, Elody. La mayoría de las brujas aprenden desde niñas y tú ya eres mayor para tener habilidades, aunque mientras estás en ello nos servirá para quedarnos aquí un tiempo.
Elody se quedó pensativa. No parecía tan mal trato.
—Me conseguirá un trabajo en una oficina, no quiere que esté en el café. Pero tú sí, puedes trabajar aquí mientras ahorras para ir a la universidad. Supongo que quiere observarte. Estar con mi madre es… difícil. Quizá nos arrepintamos de quedarnos.
—Si es así, nos iremos —dijo poniendo una mano sobre la de su madre. Ella negó con la cabeza.
—He firmado un pacto con ella para al menos, dos años. Era eso o nos echaba ahora mismo.
—No puedo creerlo, ¿cómo es así?
—¿Por qué te crees que me fui?
Su madre se alejó hacia las escaleras y Elody se quedó temblando. Sintió una ligera corriente, del ser de humo que le rozaba la mano. Ted estaba al otro lado de la barra y la miraba con pena, seguro que había escuchado todo. De repente, se sintió prisionera y salió del café corriendo, casi tropezando con su abuela que entraba entonces. Corrió hasta donde se escuchaban las olas, hasta que llegó frente al mar.
La casa de tía Emma estaba en el interior y solo había visto el océano en películas. Verlo así, salvaje, atormentado y con enormes olas, hizo que se reconfortara. Se sentó en un banco y comenzó a calmarse, viendo como el mar bajaba de nivel y el sol comenzaba a salir de entre las nubes, provocando unos preciosos rayos que producían destellos en la superficie del mar. Le pareció ver algo que saltaba. Estaba comenzando en un mundo desconocido, tal vez difícil, pero ella era una Castel. Tenía el suficiente carácter como para soportar cualquier prueba, incluso a esa abuela que no parecía quererlas para nada.
Se abrazó las piernas, poniendo los pies descalzos en el banco de piedra y apoyó la barbilla en sus rodillas, sin dejar de mirar el

precioso océano. No había muchos turistas, demasiado pronto para ellos, así que se escuchaba más el sonido de las olas y las gaviotas. Ocasionalmente, pasaba un coche o dos. Alguien se sentó a su lado.

—Vaya, chica guapa, ¿estás sola?

Ella se volvió y acertó a ver a un hombre joven extremadamente bello, que fumaba un cigarrillo. El hombre se sobresaltó y se apartó de ella. Nervioso, apagó y tiró la colilla.

—Perdona, eh, no le digas nada a tu abuela. Solo ha sido una broma…me voy ya.

—¿Quién o qué eres?

—Nadie, no soy nadie. Me voy.

Se levantó y se fue corriendo. Ella se lo quedó mirando y le pareció ver algo detrás, en la zona de su pantalón, a saber.

—Es un *lumisombra*, Levy, pero es inofensivo —dijo Kásper a su lado.

—Un gato que habla, un chico que recuerda todo y a saber cuántos años tiene, una cocinera que parece un rayo y una sombra que solo veo por el rabillo del ojo. Ah, sí, y faltaba eso que parece…

—Es un ser entre luz y oscuridad. Y esto no es nada. Acabas de comenzar. Volvamos, no queremos que se estropee el tiempo, ¿verdad?

—¿Qué?

Pero el gato, con ese sonido que parecía una risa, ya había saltado y se dirigía hacia el Café Nocturna, de nuevo.

Capítulo 3. Café Nocturna



—Aunque seas una inútil con la magia, me ha dicho tu madre que has trabajado de camarera.

—Sí, señora —dijo Elody mientras notaba que se iba enfadando. Respiró, intentando calmarse, pero no lo ponía fácil.

—Llámame Herminia o jefa, pero ni señora ni abuela. ¿Comprendido?

—Sí, jefa —dijo remarcando la palabra, pero ella no pareció inmutarse.

—Los cafés que servimos aquí no son normales. La gente viene a solucionar sus problemas, piden algo y se les prepara siguiendo antiguos rituales. Por las mañanas hay mucha gente y Ted me ha sugerido que abramos por la tarde, así que tú te encargarás de los clientes a esas horas. Ted te enseñará. Y este sábado hay reunión del aquelarre, a las doce. Tendrás que haber cerrado ya la cafetería.

Se fue para atender a dos mujeres muy elegantes que habían entrado en el café sin darle opción a réplica. Ted se acercó a ella.

—Herminia es buena persona, supongo que está tan confusa como tú. Eso me recuerda cuando llegó a la cafetería un hombre que dijo que traía una profecía para ella. No pudo reaccionar, pero al final, le dio el sobre y se fue. Era un mensajero, ¿sabes? Un mensajero extraño, oscuro diría yo. A saber.

—Ted, céntrate. He trabajado varios años sirviendo café, pero necesito saber cómo hacéis esos… especiales.

—Ah, pero no somos nosotros. Tú solo tienes que indicar a la cafetera el deseo de la persona y ella lo hace. Eso sí, trátala bien y limpia a conciencia o hará ese tipo de cafés que mandan al baño, ya me entiendes…

—Sí, vale, te entiendo.

Estar con Ted en la barra parecía que iba a ser una pesadilla. El

muchacho, o lo que fuera, tenía buen corazón, pero hablaba por los codos. Elody se inclinó hacia la cafetera con respeto. Era una máquina enorme, reluciente y tenía cuatro mandos para hacer cafés. Puso una carga para su primer café y susurró «dame ánimos para estar aquí». El café comenzó a caer en su taza y podría jurar que había visto chispitas de colores, pero quizá era Jack gastándole una broma. Hizo caso a Ted y limpió la cafetera tras el servicio.

—Mira, he hecho el café —dijo contenta. Tomó un sorbo y enseguida le cambió el ánimo. Se sintió más fuerte y capaz de enfrentarse a su abuela y a cualquier aquelarre.

—Bien hecho, Elody —dijo Ted—. Los pasteles de Nené son esencialmente de fresas, pero también hace de chocolate, nata y tarta de queso. Hay galletas, *cupcakes* y otros dulces. Trabaja solo diez minutos aquí, por lo que tampoco podemos pedirle mucho más.

—¿Has dicho diez minutos?

—Claro, ya te dije —suspiró con paciencia—, ella no soporta estar más de quince minutos en el mismo lugar, aunque aquí suele hacer excepciones.

—¿Entonces trabaja en otra cafetería?

—En dos restaurantes más y tiene cuatro hijos pequeños, igual que ella, que por cierto, son unos pequeños demonios.

—No entiendo ¿cómo?

—Un día le ofreces té de la pausa, eso hace que se frene, fórmula de Herminia. Gracias a esa fórmula, los de su clase pueden tener familias, aunque no toman demasiado, son muy amargos.

—Adiós —dijo Nené saliendo como una corriente por la puerta.

—Ehhh, vale.

Ted comenzó a limpiar los vasos y le dio un paño para secar, mientras le daba conversación. No se escaparía tan fácilmente de su verborrea.

—Supongo que ella no te lo dirá pero hay una larga tradición de las brujas Castel, ellas siempre han sido las proveedoras de hechizos para los habitantes de la zona y cuando se fue tu madre, las otras brujas del aquelarre le dijeron «debes nombrar a una heredera y transmitirle tus conocimientos», algo a lo que tu abuela contestó de forma grosera y desde entonces, dos de las brujas están algo molestas. Una de ellas está entrando por la puerta con su nieta, por cierto.

—Buenos días —dijo una mujer de cabellos plateados y ojos brillantes. Miró a Elody—, un café de paciencia, por favor. Tu cara me suena… oh, ¿eres familia de Herminia?

—Soy su nieta, señora. Enseguida —se volvió hacia la muchacha, una chica morena y delgadita que la miraba con curiosidad—. ¿Quieres algo?

—Solo un té, normal —dijo ella con voz suave.

Elody se giró y susurró a la cafetera el café de la mujer. Preparó la infusión y les sirvió en la barra. Ellas asintieron y se sentaron en una de las mesas que daba al escaparate.

Su abuela se acercó a ellas y le hizo un gesto. Tal vez la iba a presentar.

—Tráeme un té —dijo su abuela. O no.

Ted le dio un bote especial que llevaba su nombre y ella preparó la infusión. Se la llevó a la mesa y se iba cuando la mujer la llamó.

—¿Cómo te llamas?

—Elody.

—Siéntate con nosotras, ella es Cornelia y yo soy Sabina Montoro, somos parte del aquelarre.

—Ella tiene que trabajar, es su primer día —dijo la abuela. Elody se volvió apretando los puños y entró en la cocina, para aguantar su respiración. El agua hervía y apagó el fuego. Nené se lo había dejado encendido.

—¿Estás bien? —preguntó Ted.

—Sí —suspiró. Su abuela no le estaba poniendo las cosas nada fáciles.

Poco a poco, fue pasando la mañana. Ya conseguía ver un poquito a Jack, que no era de humo como pensó al principio. Era un adolescente delgado y vestido con ropa gris. Iba descalzo y tenía pecas. Solo medía unos diez o doce centímetros, pero estaba muy bien proporcionado. Ted le mostró cómo preparar las tartas y los clientes se fueron sucediendo sin parar, hasta que, al medio día, como no daban comidas, se vació el café.

—Podríais dar un menú —dijo Elody mientras limpiaba la cafetera. Ted carraspeó, mirando detrás de ella.

—Esta niña, en su primer día y ya quiere cambiar las cosas —dijo Herminia apareciendo detrás de ella—. ¿Sabes cocinar? Pues haz la comida.

Su madre entró por la puerta con el gesto disgustado y se sentó en una de las mesas. Ted se despidió hasta la tarde y la abuela cerró la puerta con llave y echó las persianas.

—¿Qué tal el trabajo, mamá? —preguntó Elody llevándole una copa de vino blanco que de repente, había aparecido en el mostrador.

—Gracias, hija. Agotada. Los humanos me agotan. No puedo con ellos.

—Por eso no te duran los trabajos —dijo Herminia sentándose—, pero el señor Guzmán es buena persona, si cumples bien, te durará y tendrás un sueldo como para poder vivir.

—Estar archivando y llevando la contabilidad no es el trabajo de mi vida.

—¿Y cuál es? ¿Cantar? Eso te fue fatal.

Miró a su madre sorprendida. No sabía que quería ser cantante. Ella hizo un gesto con la mano, como espantando una mosca.

—Los artistas se mueren de hambre —siguió a la carga la abuela, mirándola con intención.

—¿Qué hago de comer?

—Una ensalada y hay pescado. Hazlo desde aquí.

—¿Cómo? O sea… ¿traigo los alimentos a la mesa..? no comprendo.

—Tu abuela pretende que hagas magia, Elody, solo que ella no se acuerda de que no sabes.

—Tiene magia, la siento. Le hace falta la voluntad. Claro que, si se parece a ti…

—Mamá, basta. Nos iremos a comer a cualquier sitio.

—Bah, siempre huyendo.

Chasqueó los dedos y se escuchó ruido en la cocina.

—Ve a buscar la comida.

Elody entró y vio tres ensaladas listas para comer y una bandeja con varios filetes de pescado con patatas. Lo puso todo en el carrito de servir las mesas y lo sacó. La abuela parecía muy satisfecha y su madre frunció el ceño.

—Sabes que odio el pescado.

—Pues cómete la ensalada.

Catalina tomó el plato y se puso a comer en silencio, escarbando entre las hojas de lechuga y tomate. Elody se sentó a su lado, frente a su abuela y tomó el pescado.

—Cómete mi ensalada si quieres, mamá.

—No, tranquila. Aliméntate. Necesitarás fuerzas para estar aquí.

La abuela gruñó, pero siguió comiendo en silencio. Acabaron y ella subió a la casa. Elody miró a su madre mientras recogía los platos.

—¿Siempre ha sido así?

—No siempre. Solo desde que quise vivir mi vida. Me salgo a fumar.

—No deberías…

—Bah, qué más da. ¿Puedes fregar los platos? Deja todo recogido.

—Claro.

Se metió de nuevo en la cocina, pensando en las razones por las que su abuela era tan antipática y exigente, pero no las encontró. Lavó los platos y se sentó en la mesa. Su madre estaba en una de las sillas de la terraza, con los ojos cerrados y le pareció ver una lágrima bajando por su rostro. Pero enseguida se levantó, le dijo adiós con la mano y se fue a trabajar. Ojalá pudiera rehacer su vida. Ella decía que su padre fue su único y verdadero amor y que cuando lo perdió, ya nada tuvo significado. Y que era por ese motivo por el que jamás hablaba de él.

Se preparó para abrir el café por la tarde. Ted llegó tan contento, y pronto comenzó a llenarse de nuevo.

Las tartas de fresa desaparecían y no era de extrañar. Entraron dos mujeres con sus hijos y estaba haciéndoles unos chocolates, cuando alguien se sentó en la barra, lo vio reflejado en la cafetera. Además, un suave olor a limón le llegó.

—Señorita, un café solo, por favor.

—Enseguid…

Ella se giró y se quedó con los chocolates en la mano. Si ese tal Levy le había parecido bello, el hombre que tenía delante era irreal.

Ted la empujó ligeramente y llevó los chocolates a las mujeres, además de las tartas. Luego, volvió a la barra y preparó el café, que puso delante del hombre. Él sonrió con tristeza. ¿Por qué estaba triste? Ella no quería que lo estuviera.

—¿Eres nueva? —preguntó con una voz que le llegaba al alma.

—Soy Elody —suspiró.

—Yo soy Gabriel, suelo venir al atardecer, los cafés son excelentes.



—¿Qui… quieres tarta?

—No, gracias —volvió a sonreír, esta vez menos triste.

Elody se volvió y entró a la cocina como si tuviera que hacer algo porque si no iba a colapsar. El hombre, que no tendría más de veinticinco, llevaba una camiseta blanca que acentuaba su piel suavemente tostada y definía sus hombros anchos y sus brazos definidos por el deporte. Era de complexión atlética pero sus manos parecían delicadas. El cabello rubio de surfista le caía por el cuello, enroscándose por detrás de las orejas y sus ojos eran de color azul pálido. ¿Cómo había visto todo eso? Si apenas podía respirar delante de él.

—Has conocido a Gabriel —dijo Ted entrando con una bandeja vacía—. Suele causar esa sensación la primera vez que lo ves, sobre todo a las brujas. Me acuerdo de que cuando lo conoció Cornelia se le cayó el chocolate al suelo y su abuela se enfadó con ella, pero Gabriel recogió los pedazos de la taza con una disculpa. En concreto le dijo, «siento haberte sobresaltado», cuando todos sabíamos por qué se le cayó el chocolate…

—Ted. Por favor. Basta.

—Está bien.

El *eónida* volvió a salir con la bandeja llena de pasteles para la barra. Elody respiró de nuevo, llevándose la mano al pecho. Su corazón parecía querer salir y es que en sus casi diecinueve años de vida, jamás había visto a alguien así. Sin duda sería algo. Debía saber qué.

Cuando salió, más compuesta, vio con decepción que él se había ido, así que siguió sirviendo cafés, bizcochos, tés y cualquier otra bebida. Vio a Cornelia entrar y sentarse en la barra.

—Hola —dijo sonriendo—, por fin puedo venir sola. ¿Qué tal estás viviendo en Bella Costa?

—Bueno, no sé qué decirte. Es raro.

—¿Es verdad que no sabes hacer magia?

—¿Es verdad que tú sí? —contestó molesta. Cornelia carraspeó.

—Perdona. Supongo que me extraña tanto porque yo no sabría vivir sin ella.

—¿Y qué tipo de magia haces? —dijo sirviéndole un café solo que la máquina había hecho por su cuenta.

—Gracias. Pues… suelo hacer magia con los elementos, la mayoría de las brujas solemos usarlos y además aprendemos a hacer hechizos y rituales para diferentes cosas. Cada casa tiene un grimorio y allí anota las fórmulas. Supongo que tu abuela te dejará ver el vuestro. Es tu derecho.

—No sé. La verdad es que no está siendo muy amable.

—Herminia es una mujer dura, pero no es mala. Dice mi abuela que ella y tu madre son como agua y fuego, no son compatibles. Lo bueno es que de vez en cuando celebramos fiestas, encendemos fogatas en la playa, nos contamos nuestras cosas y practicamos. Así nos unimos más como aquelarre. De nuestra edad hay dos brujas más, aunque Mimí es algo creída, pero Maddy es muy amable. Son hermanas. El resto son mayores, como tu madre o como tu abuela.

Elody asintió mientras limpiaba la barra. Le señaló la cafetera y la joven asintió. Sirvió dos tés.

—¿Y tu madre?

—Mi madre murió al nacer yo y pasó a ser mi guardiana. Mi abuela esperaba que al crecer sin madre, podría entrar en el mundo de los espíritus, hablar con ella, pero no ha sido así. No tengo esas cualidades. Fue una decepción para ella.

—Mira, yo no paro de ser una decepción para todo el mundo. Pero tú estás aprendiendo, a lo mejor más adelante puedes.

—No sé. Todavía no he hecho la ceremonia de iniciación que se hace a los dieciocho.

—Entonces yo ya me la perdí.

—Te la harán, supongo, si tu madre consiente —Cornelia sopló la

infusión, de forma que dejó de salir humo. Elody hizo lo mismo, sin éxito. Se encogió de hombros.

—Creo que hizo algún tipo de pacto con mi abuela, así que supongo que sí. Entonces, ¿tomáis clases o algo así?

—Sí, eso es la parte divertida —contestó Cornelia entusiasmada—, una vez iniciadas, las mayores nos dan acceso a los conocimientos. Tu abuela es experta en los preparados, tanto de cafés como comida y en hechizar cosas. Además de que, por su rango es Maestra de elementales. Mi abuela es *Transmutadora*. Es capaz de cambiar cosas pequeñas. Mimí es empática y puede manipular los sentimientos de los demás, así que ten cuidado. En eso ha salido a su madre.

Ambas se rieron. Elody parecía entusiasmada.

—¡Cuántas cosas! Estoy deseando empezar.

—Hay veces que… las brujas no tienen poderes, ¿sabes? Mi tía y mi prima no los tienen.

—Ya, mi tía Emma tampoco. Y yo… no sé. ¿Los tendré? ¿Cómo puedo saberlo?

—Si no has notado nada… es posible, pero no lo sé, tal vez cuando te inicien se desarrollen. Desde pequeñas nos ponen en contacto con la magia y solemos mover cosas pequeñas, a veces, como Maddy, nos elevamos unos centímetros del suelo.

—Ya, soy muy mayor para esto —contestó decepcionada.

—No te desanimes —dijo Cornelia poniéndole la mano sobre la suya—, date tiempo. Has estado apartada muchos años. Es normal que te cueste.

—Gracias, Cornelia, eres muy amable.

—De nada. Tengo que irme. Pónselo a la cuenta de mi abuela y nos vemos mañana.

La caja registradora hizo una anotación y Elody sonrió. Podría ser divertido, tanto si tenía como si no tenía ese tipo de poderes, aunque, si era sincera consigo misma, le gustaría tenerlos. Nunca había hablado de eso con su madre y tampoco sabía qué es lo que ella podía hacer, además de sacar chispas en los dedos. Siempre había sido muy discreta. O tal vez no tuviera muchos poderes. Tocaba una conversación seria con ella.

Capítulo 4. Buhardilla



Cerró puertas, limpió las mesas y subió por las escaleras hacia la casa. Su abuela estaba sentada en el sofá, haciendo punto y su madre había desaparecido en su habitación. Entró sin llamar. Ella estaba mirando el teléfono y lo apagó nada más que Elody pasó.

—¿Podemos hablar? Arriba.

—Estoy cansada, ¿no puede ser mañana?

—No. Es importante.

Subió las escaleras sin esperar a su madre. La buhardilla había cambiado de aspecto. Ahora la cama estaba en un rincón y en el medio había una mesa redonda con un mantel púrpura, unas velas y dos sillas. Se sentó en una de ellas y cuando su madre llegó, miró la habitación y acabó sentándose en la otra.

—¿Qué magia tienes?

—Vaya, vas directo al grano. ¿Quién te ha hablado? ¿Ese cotilla de Ted? Si no quieres que algo se sepa, no lo comentes delante de él.

—Hay razas y… cosas por todas partes, resulta que hay brujas que tienen poderes especiales, ¡la abuela!, las demás… y tú… nunca me habías contado nada.

—Lo siento —dijo con un tono de tristeza—. No hubiéramos vuelto si las circunstancias fueran otras.

—¿Y si a mí me gustase ser bruja?

Su madre dio un respingo y se tocó nerviosa su cabello corto. Se lo había dejado así hacía un par de semanas y parecía que lo echaba de menos. Suponía que había sido una de esas ideas locas.

—Tú querías hacer Bellas Artes, Elody, ¿has cambiado de idea? Podemos ahorrar para que vayas a estudiar.

—Ya no lo sé, mamá. Es un mundo… fascinante y no sé nada de él.

Su madre la miró con el rostro derrotado.

—Está bien, te dejaré mis libros de estudio de cuando era joven.

Un ruido de muebles montándose hizo aparecer una librería con varios tomos apoyados.

—Y bueno, ahí los tienes. Casa es demasiado solícita —contestó con cierto fastidio.

—¿Qué puedes hacer, mamá? Con tu magia, quiero decir. Me gustaría verlo.

—No tengo tanta magia, cariño. Y no la he practicado así que estoy desentrenada. Es algo que hay que practicar todos los días, aunque tiene consecuencias. La magia siempre las tiene…

Elody miró a su madre que parecía triste, pero luego le guiñó el ojo y chasqueó los dedos. Una llamita salió de ellos.

—¡Hala! ¿Haces fuego?



—La mayoría de las brujas podemos usar los elementos. Tu abuela, además, hechiza pequeños electrodomésticos y también alguno más grande.

—¿Como Casa?

—No, Casa lleva hechizada desde hace varios cientos de años. Siempre perteneció a la familia. La abuela no tiene tanto poder. Yo

podía manipular el tiempo, de diez en diez minutos, que no era mucho, pero me servía para aprobar los exámenes —sonrió—, porque sabía las respuestas. Y poco más, la verdad.

—¿Y yo? ¿Tendré poderes? ¿Papá los tenía?

El rostro de su madre se descompuso por completo, como solía pasar cuando nombraba a su padre. Ella bajó la cabeza y suspiró.

—No sé si tendrás algún tipo de poder, Elody, no has sido iniciada desde niña. Pero no lo siento. Así has estado a salvo. He accedido a que te inicien, aunque no me gusta. Confío en que salgas a tu tía Emma.

Se levantó y se fue. Elody no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Cómo podía decir eso? Además, ella tenía poderes, si no, no podría ver a Casa. Un libro se cayó de la estantería y ella lo tomó.

—Historia de las brujas Castel y las razas especiales, por Pirsa Castel. —Leyó fascinada.

No le sonaba para nada, pero claro, era normal. Abrió el libro y un ligero olor a flores se extendió por toda la estancia. «Este libro pertenece a Pirsa Castel, nacida en el año de la diosa 1723. Eres bienvenida, mi querida descendiente, pues solo quien es una verdadera Castel es capaz de leer estas líneas».

Pasó la página con reverencia y vio que estaba cosido con hilo vegetal y tenía un índice. En la primera parte se leía *Árbol familiar de las brujas Castel*, luego había otro apartado de las razas mágicas y después había páginas en blanco. Tal vez serían para rellenar con la historia actual de las brujas. Echó un vistazo a la parte de las razas, ¡había muchas! Más de las que podría imaginar. Todas venían con el nombre, una explicación de su físico, de sus poderes y un pequeño dibujo. Sonrió. A su antecesora también le gustaba dibujar.

Casa volvió a hacer ruido y sacó un caballete, pinturas y lienzo en un rincón. ¿Cómo no le iba a gustar la magia?

—Gracias, Casa, eres muy amable. ¿Eran de Pirsa?

Hubo un ligero crujido que Elody interpretó como que sí. Después, volvió a ver la genealogía. Sobre Pirsa, había al menos tres brujas Castel y debajo de la generación de la hija pequeña, Saripna, en la sexta generación, pudo encontrar a su abuela, a su tía Emma y a su madre. Su tía tenía un punto rojo al lado de su nombre y una cruz de fallecida, quizá esa marca significaba que no era bruja. Ella se fue de casa mucho antes que su madre, suponía que por las mismas desavenencias con su abuela. O tal vez sintió que la decepcionó al no tener magia, a saber.

Los nombres iban apareciendo según Elody miraba. Debajo, sus dos hijas, sus primas, que eran algo más jóvenes que ella, y solo Mary tenía punto rojo. La pequeña, Deirdre, no tenía punto. Tal vez ella sí había heredado la magia.

Siguió con el dedo la línea de su madre. Era divertido que fuera apareciendo los nombres. Sin duda el libro era mágico. Apareció el suyo y contuvo la respiración, esperando si había un punto rojo o no. Se manchó ligeramente, pero no llegó a formarse. Cuando iba a pasar a las razas, se estiró una de las líneas y se formó un nombre: Caleb. A su lado una cruz.

—¿Cómo? ¿Tenía un hermano que murió?

El libro se cerró de golpe y cayó al suelo. Elody se sentó en la cama, mareada. ¿Más secretos? Una fuerte tormenta comenzó a desatarse y ella se levantó respirando agitada para sentarse en un banquito que había debajo de la ventana inclinada. La lluvia caía con fuerza y los rayos se desplazaban por el cielo, alumbrando las calles vacías.



Un sentimiento de tristeza le invadió y no pudo nada más que empezar a llorar, acurrucada y sintiéndose engañada. ¿Es que no se podía fiar ni de su madre?

La casa movió el caballete. Empezó a sentirse acalorada y se quitó todo hasta quedarse en ropa interior.

Tomó los tubos de color con rabia, los esparció por el lienzo,

furiosa, tiró los pinceles, usó las manos, los dedos, aplastando las pinturas, con el cabello por la cara, sudando. Se manchó y no le importó. Estuvo mucho rato, hasta que dio un paso atrás, respirando agitada. Un relámpago iluminó la estancia y la hizo volverse hacia la ventana. Dio un salto. Le había parecido ver a alguien, pero era imposible, estaba en el tercer piso. La oscuridad volvió y se fijó en sus manos manchadas. Tenía que ducharse.

Casa abrió la ducha y se metió, con la ropa interior, le daba igual. El agua caliente caía sobre su cabeza y llevaba la pintura y las lágrimas por el desagüe. ¿Quiénes eran ellas? ¿Por qué tantas mentiras?

Escuchó un ruido en la habitación y se envolvió en la toalla. Salió descalza y vio con asombro que el cuadro había desaparecido. La tormenta se había calmado. Tal vez casa había decidido guardarlo. Miró al suelo y se estremeció.

Que ella supiera, Casa no dejaba huellas húmedas.

Capítulo 5. En la barra



Se había acostumbrado demasiado fácil incluso a la verborrea de Ted. Cada día era distinto, incluso Jack solía pararse para gesticular con ella. No hablaba o ella no lograba escucharlo, pero se hacía entender. Los clientes se dirigían a ella con confianza, pidiéndole sus más ocultos deseos, algo que al principio le resultó incómodo, pero después de unos días, era de lo más natural. De alguna forma, se sentía feliz porque sabía que esas, a veces pequeñas dificultades, se podían solucionar de forma casi permanente tomando un café.

Así como ella se iba encontrando mejor, a pesar de los desplantes de su abuela y de su ¿desconfianza?, su madre parecía cada día más apagada. Las ojeras oscurecían su mirada y la sonrisa solo llegaba a la comisura, sin pasar más arriba de la nariz.

No sabía si era por el trabajo o por las tensas relaciones con la abuela. Hubo un par de días que se fue toda la tarde y volvió con el rostro descompuesto. Sin embargo, cuando le preguntaba si se encontraba bien, la abrazaba y no le daba importancia. Quizá volver tampoco había sido tan buena idea. Poco a poco su abuela había pasado de molestarla a ignorarla. No sabía qué era peor.

Con Nené, la *celéritas*, también se llevaba de maravilla. Un día se tomó el té de la paciencia y le contó su vida. Nació prematura, debido a su condición, aunque sus padres eran de lo más normal. La diagnosticaron como hiperactiva, pero eso era quedarse corto. Solo cuando su madre llegó al Café Nocturna, supo qué le pasaba y cómo solucionarlo. Luego, estudió para ser cocinera y se había casado con un hombre que la amaba tal cual era. Sus hijos eran *celéritas*, pero al ser híbridos pasaban solo por ser hiperactivos. Se la veía muy feliz y eso era lo importante.

Había creado una tarta especial a la que había llamado Elodiana, en su nombre. Era de bizcocho de vainilla, con centro de chocolate

puro y cubierta de chocolate rojizo que era exactamente del color de su cabello. Se sentía honrada por ello y, además estaba deliciosa.

Se dedicó a limpiar la cafetera a fondo. Había notado que si usaba un cepillo de dientes para las rendijas, el aparato se estremecía, como si le estuviera haciendo cosquillas, pero después daba unos cafés simplemente perfectos. Pasó el paño por la superficie y como quedó tan brillante, vio abrirse la puerta del establecimiento.

Cornelia entró como una tromba al café junto a dos chicas más. Debían de ser las otras brujas. Una de ellas era alta, rubia y espigada, muy bonita, sin duda era Mimí, la empática. La otra era algo más baja, se parecía mucho a su hermana, pero su rostro era más dulce.

—Traigo buenas noticias —dijo su nueva amiga—. ¿Puedes tomarte un descanso?

—Claro, ve, os llevo lo de siempre a la mesa —interrumpió Ted. Maddy se sonrojó al verlo y a Elody se le escapó una risa.

—Gracias, Ted, eres muy amable.

Se sentaron en la mesa del rincón. Por suerte, su abuela había ido al mercado y no le echaría la bronca por no estar trabajando. Ted les trajo los cafés y Maddy suspiró al verlo marchar.

—Por favor, no seas ridícula. Es demasiado mayor para ti —dijo su hermana resoplando. La pequeña se sonrojó.

—Bueno, habrás adivinado que son Mimí y Maddy, ella es Elody y el notición es impresionante.

—Suéltalo ya, no te hagas la interesante —dijo Mimí dando un sorbo a su café. Elody se sintió algo molesta, pero no dijo nada.

—Está bien. Mi abuela ha decidido iniciarme ya, contigo, en un par de noches, en la luna llena de este mes. Me faltan unos meses para los dieciocho, pero ha dicho que así no esperamos al año que viene.

—¡Me alegro mucho! —dijo Elody.

—Creo que no entiende el significado, Cornelia —dijo Mimí impaciente.

—Ah, sí, bueno. Verás, cuando inician a dos brujas en la misma ceremonia, se crea un lazo entre ellas y luego son como hermanas. Como yo no tengo, me hace mucha ilusión.

—Igual a ella no tanto —dijo Mimí.

—No seas mala —comentó Maddy mientras ponía la mano sobre la de su hermana. Esta asintió.

—Perdona —dijo Mimí.

—Sí, es que yo no comprendo la mayoría de las cosas que pasan —se excusó Elody—, pero me encantaría tener una hermana.

El recuerdo de su árbol genealógico en el que estaba un supuesto hermano fallecido le estremeció.

—¿Qué te pasa? —preguntó Cornelia.

—Nada, yo… es que… —¿Podía confiar en ellas? No todavía—,

no sé, supongo que estaría más ilusionada si mi abuela me ayudase.

—Tu abuela es una bruja poderosa —dijo Maddy suavemente—, y después de diecinueve años sin veros, quizá sin saber nada de vosotras, ¿cómo crees que se siente?

Elody bajó la cabeza, confusa y se levantó de la mesa, con la excusa de ayudar a Ted. Estaba entrando más gente y se puso a hacer cafés. No entendía por qué su madre tampoco había querido contactar en todos esos años. Sin duda, la relación era difícil pero tanto tiempo… Las tres chicas se acercaron a la barra, para despedirse.

—No te preocupes, irá todo bien —dijo Cornelia—, nos vemos pronto.

—Sí, hasta luego, chicas.

Siguió trabajando. Su madre no acudió a comer, le envió un mensaje diciendo que tenía trabajo y su abuela tampoco apareció. Podía intentar hacer magia, pero ¿para qué? Sería una decepción. Se hizo un sándwich y cerró el café. Se fue hacia el banco donde se sentó a comérselo con una botella de agua. El mar aparecía calmado y dos niños pequeños jugaban en la orilla vigilados por sus padres. Comenzaban a llegar turistas, por lo visto.

Cerró los ojos, concentrándose en el sonido de las olas solamente, pensando en su vaivén en la orilla. Tal vez su madre tuviera una buena explicación y su furia de ayer estaba injustificada. Últimamente se enfadaba demasiado, desde que habían llegado a la ciudad. Quizá era porque la magia la alteraba. No se creía que no la tuviera. Tal vez, si era iniciada, vería las cosas de otra forma y si resultaba que tenía poderes, su abuela la aceptaría por fin.

Sintió el olor a limones y abrió los ojos, sorprendida. Gabriel estaba sentado a su lado, con su camiseta blanca y esta vez, pantalones cortos deshilachados. Iba descalzo y miraba hacia el frente. Su perfil era recto, e iba bien afeitado. Por suerte no se quedó tan obnubilada como la primera vez. Él se giró y le sonrió.

—Veo que te gusta el mar.

—Sí, sí, no sabía cuánto hasta que vinimos aquí.

—¿Nunca lo habías visto en persona? —Él se inclinó hacia ella, interesado por saber su respuesta.

—No. Donde vivía antes ni siquiera tenía río cerca. A veces íbamos de excursión a un lago, pero mis primas casi se ahogan, así que dejamos de ir.

—¿Cuántos años tenías?

—No sé, tres o cuatro, ¿qué más da?

—Sí, no tiene importancia.

Se giró para seguir contemplando el agua y ella se mordió el labio. Quería preguntarle qué era y por qué… no sé, ¿por qué hablaba con ella?

—Tengo que irme —dijo él—, que pases un día maravilloso.

Se fue, sin que ella pudiera contestar nada ante esa sonrisa que la desarmaba por completo. Debía preguntarle a Ted. ¿No lo sabía todo?

Recogió sus cosas y caminó, más animada, hacia el restaurante. Quizá podría ser más abierta a lo que tuviera que decirle su madre. Tal vez había sido tan doloroso perder a su padre, perder a Caleb, que había encerrado sus sentimientos. Sí, debía haber sido eso.

Abrió el restaurante y comenzó a rellenar las neveras con botellas de agua, ya que, como estaba subiendo la temperatura, pensó que la gente vendría con sed. Ted la encontró haciéndolo y movió la cabeza.

—Aquí no vienen por agua, pero bueno, me parece bien.

—Oye, Ted, ¿qué es Gabriel? ¿De qué raza, me refiero?

—Es surfista, ¿no has visto las olas que suele haber? Y últimamente, hay más.

—Sí, ya veo a lo que se puede dedicar, pero sabes qué es lo que te estoy preguntando.

—Hay seres de los que no se sabe qué son porque ellos lo ocultan. Normalmente suelen ser los más poderosos o, al contrario, aquellos que no tienen nada de poder.

—¿Y cuál de los dos crees que es?

—Veo que te interesa. —Ella se sonrojó—. Si lo ha ocultado será por buenas razones y si tiene poco mestizaje, bueno, quizá sea bueno para ti.

—No he dicho tal cosa, es que a algunos se os ve en la forma de comportaros, en el aura, no sé…

—Sí, sí. Ya veo. Eso dijo la abuela de Cornelia cuando apareció un caballero americano en el café, que no estaba interesada en él como hombre, pero que le interesaba averiguar su raza. Recuerdo que aquel día llovía a mares y el tipo se acercó al café, no sé si buscaba a alguien, pero era atractivo, con ese punto de ser malvado. Algo que no sé por qué, a las mujeres os gusta…

—Sí, vale, vale. Y a mí no me gustan los malotes. Prefiero un hombre que sea normal.

—¿Tenías novio donde vivías?

—¿De verdad te importa o es para tu archivo personal?

—Te pareces más a tu abuela de lo que crees —bufó Ted, pero luego sonrió—, es por si alguien, como algún rubio surfista me pregunta.

Elody se echó a reír sin poder evitarlo, mientras se preparaba para atender a dos mujeres con un bebé encima, que pidieron cafés para ser pacientes con un bebé llorón. Se volvió a la máquina y le susurró las peticiones. Dos capuccinos salieron de su interior, con tazas cónicas y doble de crema de leche. Las madres estresadas lo necesitaban.

Seguramente su madre también se había estresado al quedarse embarazada a su edad. Tía Emma había sido siempre muy cariñosa con ellas. Algo más mayor que su madre, tuvo a su prima mayor un año más tarde de lo que nació ella. Luego, a los dos años, llegó la pequeña. Eran tres primas jugando juntas como si fueran hermanas, aunque su madre procuraba que no estuvieran todo el tiempo juntas.

Durante la enfermedad de Emma se volvieron algo distantes. Pensaban que era algo de tema brujería, solo porque su madre había discutido con ella. La tensión se hizo palpable cada año que pasaba y Elody pasaba la mayor parte del tiempo metida en su habitación. Hasta que, cuando Emma murió, su padre les dijo que debían marcharse. En el fondo, no comprendía nada. Todo había sido extraño. Sus primas no se despidieron de ella.

Suspiró y pidió a la cafetera algo para animarse y desde luego que el café con un licor extraño y algo amargo la hizo reaccionar.

—No es lo que te había pedido, pero vale —susurró limpiando de nuevo la zona. Recordó lo emocionada que estaba Cornelia por el aquelarre y la iniciación. Ella esperaba que su abuela le dijera algo, pero estaba claro que debía darse por enterada, sin más. Estaba muerta de miedo porque podía decepcionarla. A todas. Parecían buenas chicas, solo que de momento no tenía el ánimo de volver a tener buenas amigas, porque todavía no confiaba en ellas. Ya se vería.

Capítulo 6. Aquelarre



Otro día más en el Café Nocturna, pero este era especial. Esa noche, el cielo estaba despejado, había luna llena y lo más importante, la iban a iniciar. Se le cayeron dos tazas que Jack salvó en el último momento. Ted sonreía e incluso Nené le había preparado un bizcocho diferente con jengibre y canela, que decía que era especial para animarse.

—Si sigues tirando tazas, llegará un momento que Jack no las podrá recoger todas y tu abuela te las descontará del sueldo —advirtió Ted con una sonrisa.

—Menos mal que está, entonces —contestó pensativa—, ¿y dónde vive?

—Oh, tal vez él te lo podría contar si lo entendieras, pero desde luego, aquí estoy yo para decirte. Debajo, en el sótano, hay una puerta a la que nadie entra. Si acaso, tu abuela. Está cerrada con magia, por lo que no sé si ni siquiera tú podrías acceder. Aunque puede ser, si probases…

—Abrevia, Ted, que nos dan las doce.

—Sí, sí. El caso es que allí dentro viven criaturas especiales, aquellas que no pueden estar fuera, en el mundo, esas que, si las vieran los humanos correrían fuera del pueblo.

—¿Pero son peligrosas?

—¿Tú crees que Jack lo es? No, supongo que todas no. Pero si este muchachito fuera visto por un humano normal…

—Pero antes yo no lo veía.

—Sí, pero hay otras criaturas que son visibles y por eso tienen que esconderse. Algunos tenemos la suerte de ser guapos y altos, pero otros tienen… protuberancias, colmillos, no sé…

—¿En serio? ¿Hay vampiros?

—No seas ridícula, Elody —dijo él con paciencia—, hay…

criaturas. Casa las protege y viven tan felices allá abajo.

—Entonces, son pocas, nuestra casa no es tan grande y …

Ted se echó a reír.

—No tienes ni idea de lo que Casa es capaz. Un día que se celebraba Beltane, el café acogió a más de quinientas personas.

Elody miró alrededor. Apenas había sitio para cuarenta. Volvió a mirar a Ted, incrédula.

—¿Ves? La magia no solo hay que sentirla, hay que creerla. Tal vez eso es lo que te pasa, que, no te lo crees.

Ella suspiró. Podría ser que no creyese, porque, si lo pensaba, la magia había sido mala para ellas. Había apartado a su madre de su abuela y esta se había convertido en una mujer distante con ellas. O puede que se llevaran mal desde el principio. La abuela entró en el café con un paquete y lo puso delante de ella.

—Esta noche, cuando cierres, no cenes y te pones esta túnica. Cornelia te pasará a buscar y te llevará a un sitio. Espero que no me decepciones.

—No depende de mí decepcionarte o no. Lo que es, será —contestó calmada.

Su abuela no le dijo nada y subió el paquete a la casa. Luego, salió por la puerta.

Ted silbó.

—Ahí has estado bien. Creo que incluso le ha gustado tu contestación.

—Pues lo disimula muy bien. Me da igual, ¿sabes? Yo sé lo que soy y que tenga más o menos poderes pues mira, es lo que hay. Si solo puedo ver a Casa o hablar con un gato, ya está bien.

—Es una buena actitud —dijo Ted. Jack se paró junto a ella e hizo una seña con el pulgar como aceptándola. Elody no pudo evitar sonreír.

—Gracias, sois dos buenos amigos.

Ted se puso colorado y Jack se subió encima de su mano y le dio un beso en ella. Ella se volvió hacia su compañero curiosa.

—¿He dicho algo… malo?

—No, no, es que… las brujas no nos consideran sus amigos, la verdad. Somos empleados, compañeros, conocidos… incluso, si me lo permites, amantes… pero ¿amigos? No recuerdo en toda mi vida a una bruja que nos haya dicho esa palabra jamás —dijo él pensativo durante unos minutos—. No, ninguna.

—Ellas se lo pierden.

Levantó la mano y pudo ver a Jack más claramente. Él hizo una reverencia en su palma y desapareció con rapidez. Ted la abrazó y se sintió reconfortada. Pasaron la tarde sirviendo cafés y agotaron casi la reserva de agua, porque entraron bastantes personas acaloradas y con

sed.

—¿Ves? —dijo Elody mientras volvía a cargar la cámara refrigeradora.

—Sí, ya veo, ya veo —dijo Ted sonriendo.

Cerca de las diez, cuando ya se fue todo el mundo, Ted se marchó y Elody subió a darse una ducha con sal y unas hierbas que le había preparado su abuela. Su madre seguía sin aparecer y le mandó un mensaje.

«He ido a dar una vuelta, pero acudiré a tu ceremonia. Besos».

Se quedó algo triste, pero bueno, tenía derecho a divertirse y le hacía falta. Ni siquiera había cumplido los cuarenta, podría, incluso volver a tener pareja, hijos… y a ella le gustaría que así fuera. Se imaginaba una bonita casa de color azul pálido, con un jardín lleno de flores, una valla blanca y una casita para que anidasen los pájaros. También tendría algún árbol frutal y una zona de sombra para echarse y dormir a la luz de la luna. Ojalá algún día tuvieran eso. Le gustaría que fuera como Casa, hechizada y viva.

Al pensar en ella, Casa hizo un ruidito que parecía una risa y ella despertó de su ensoñación. Más le valía darse una buena ducha, según su abuela, de diez minutos y limpiarse de las malas energías con ese preparado de sal de hierbas. Se puso el móvil con música de olas y se dejó mecer por ellas, mientras el agua caliente empapaba su melena. Se frotó la piel con las sales, por todas partes, pero con suavidad. Luego, salió y se echó encima de la cama. Se sentía diferente, como si todo fuera nuevo. Cerró los ojos, relajada, cubierta con la toalla y con el cabello extendido en la almohada. Centró su respiración y sus sentidos en lo que la rodeaba. El sonido suave de un pequeño ratón en el tejado. Dos pájaros que se habían posado y caminaban sobre las tejas, el crujido suave de la casa, casi como un latido. Probó con el tacto, sintiendo las sábanas ligeramente ásperas, la toalla en contraste, suave. Su piel cálida, el cabello húmedo que le hacía cosquillas en el cuello. Una suave corriente sobre ella, cálida y con olor fresco. La buhardilla olía a madera, quizá fuera pino o roble, olía a muchas vidas, a muebles tapados con mantas, algo a polvo y a metal. Inspiró con fuerza y entonces llegó a ella el olor a limón. Abrió los ojos, sorprendida, y vio a Gabriel flotando sobre ella, como a un palmo. Él se sorprendió, pero le sonrió y acarició su rostro con ternura.

Elody no pudo moverse, incapaz de comprender qué estaba pasando. Él cerró sus ojos y volvió a centrarse en el olor, buscándolo, pero ya no estaba. Se incorporó, buscándolo, pero no estaba.

—Claro, ¿cómo iba a estar y además flotando? —dijo moviendo la cabeza. Estaba soñando despierta.

Miró la hora en el móvil y se dio cuenta de que faltaba menos de cuarenta minutos para que Cornelia pasara a buscarla. Se fue a secar

el cabello y ponerse crema hidratante. Como experiencia había estado bien, claro que hubiera preferido que Gabriel fuera real y que la hubiera besado. Sí, eso habría estado más que bien.

Se puso una camiseta blanca y pantalones vaqueros y luego abrió el paquete que Casa había subido a su habitación. Era una túnica de color verde claro que le iba perfecta. Se dejó el cabello suelto. Era curioso que antes lo tenía más liso, ahora se ondulaba y rizaba de una forma natural que, por cierto, le encantaba. Sería el ambiente marino.

Se calzó las deportivas y bajó a tomar agua. Era lo único que podía tomar, y estaba hambrienta, pero respetaría las normas. Dejó el móvil en la mesa, estaba prohibido también y esperó sentada en el sofá, apretándose las manos, pensando en que sí, tal vez fuera una decepción para su abuela, aunque su madre se alegraría. Y si ella tenía poderes, sería al revés. El caso es que nadie quedaría satisfecho.

Llamaron a la puerta y Cornelia, con otra túnica verde claro, y olor a albahaca, le sonrió emocionada. Mimí estaba al volante de un coche rosa descapotable, con una túnica verde oscuro y Maddy se sentaba atrás, sin túnica.

—Vamos, vamos, no querrás llegar tarde —dijo su amiga arrastrándola de la mano hasta el coche. Se montaron juntas atrás, con Maddy y ella aplaudió.

—Debería quitaros esos nervios —dijo Mimí, alargando la mano. Maddy negó con la cabeza.

—Deja que disfruten, si mal no recuerdo, tú estabas igual.

Su hermana bufó y arrancó el coche. Salieron de la ciudad y se dirigieron hacia una zona boscosa elevada. El sendero subía serpenteante por una colina hasta llegar a un promontorio donde había unas rocas como Stonehenge, en círculo. Había más de diez mujeres con túnicas de diferentes colores hablando. Mimí dejó el coche junto a algunos más y se bajaron. Las otras mujeres las recibieron con alegría. Su abuela llevaba una túnica negra y su madre, que parecía distraída, una azul. Se acercó a ellas y le dio un abrazo a su madre, pero se quedó atrás con su abuela.

—¿Te has bañado con la sal de hierbas? ¿Has tomado solo agua?

—Claro, Herminia. Sé seguir instrucciones.

La abuela asintió y se colocó en el centro del círculo. Comenzó a cantar algo que las demás siguieron, mientras se iban colocando alrededor de ella, por dentro de las piedras. Por fin, dejó de cantar y se dirigió a todas.

—Bienvenidas, hijas de la luna, ahijadas de la diosa Hécate. Acercaos y rezad conmigo. Oh, Hécate, Guardiana de las Encrucijadas, escucha mi llamada en la sombra de la noche. Guía mis pasos por caminos de luz y verdad, protege mi sendero con tu poder y tu vista. Bendíceme con sabiduría, fuerza y claridad, a medida que honro la

magia en mí y a mi alrededor. Que así sea.

Las demás la repitieron junto a ella, pero como Elody no la conocía, solo pudo pensar «diosa Hécate, si así lo deseas, acógeme en tu familia». Era algo sincero, puede que tuviera un punto de desesperación, pero es lo que ella sentía. Deseaba ser iniciada y que fuera positiva. La luna llena brilló y pudo ver que varios rayos iluminaban una roca central.

Una de las mujeres colocó un mantel sobre esa misma, los cuencos de agua, mirra, otro de arena de la playa, un haz de ramitas y varias velas blancas y negras, que encendió sin cerillas. Elody supo que era un altar a los cuatro elementos, lo había leído en los libros. Las mujeres se tomaron la mano, formando un círculo y Cornelia la cogió del brazo y se situó dentro, frente a su abuela. Ella tenía un pedazo de madera humeante de delicioso olor que pasó por ambas, purificándolas.

Comenzó con Cornelia, que tocó la tierra, la mirra, el agua y tomó una de las ramas del haz. Luego, se colocó delante de la abuela y esta recitó.

—Oh, Hécate, Diosa de las Lunas y las Encrucijadas, escucha nuestro llamado. Bendice a esta tu servidora, Cornelia, que busca caminar bajo tu luz y guía. Concédele la sabiduría de las antiguas, el poder de los elementos, y la protección de tu mano. Que su camino sea claro y su magia pura.

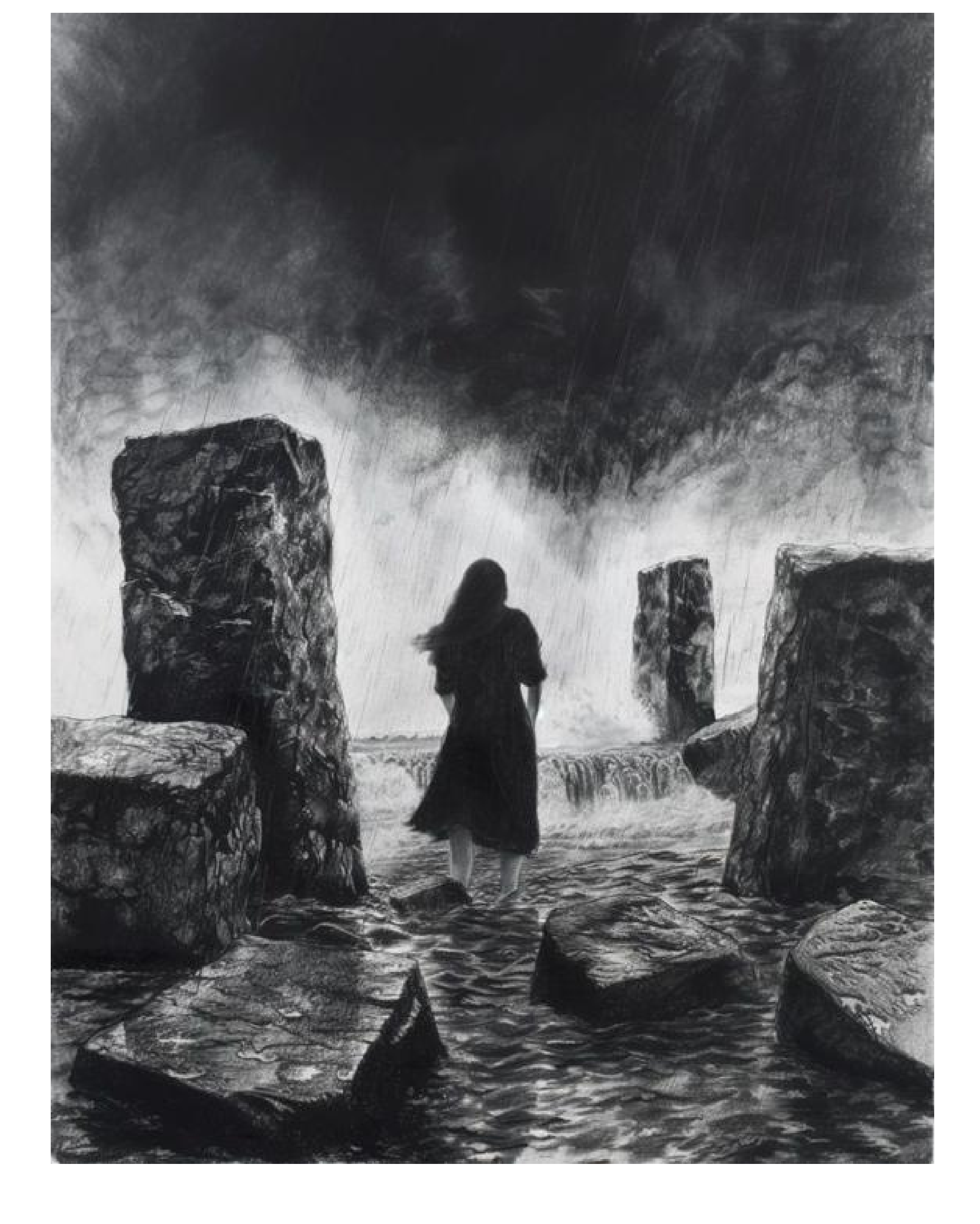
Cornelia bajó la cabeza mientras su abuela ponía la mano sobre ella. Luego, se levantó y la luz de la luna la iluminó.

—Por la tierra bajo mis pies y la luna sobre mi cabeza, juro servir a la gran Diosa, respetar la vida en todas sus formas y honrar la sabiduría de las que vinieron antes de mí. Que mis poderes sean usados para el bien, bajo la mirada vigilante de Hécate.

Elody comenzó a ponerse nerviosa. Ella no sabía ninguna de esas palabras. Intentó memorizarlas. La abuela se volvió hacia ella y le instó a hacer lo mismo. Tocó los cuencos y cogió una ramita.

—Oh, Hécate, Diosa de las Lunas y las Encrucijadas, escucha nuestro llamado. Bendice a esta tu servidora, Elody, que busca caminar bajo tu luz y guía. Concédele la sabiduría de las antiguas, el poder de los elementos, y la protección de tu mano. Que su camino sea claro y su magia pura.

Una suave lluvia comenzó a caer y antes de que Elody pudiera contestar, un relámpago iluminó el cielo y entonces, la tromba de agua se desató. Las mujeres corrieron a refugiarse tras los árboles, dejando a la muchacha en el centro del círculo, empapada y sin saber si la diosa la había aceptado o no.



Capítulo 7. Domingo



El domingo se cerraba el Café Nocturna. Ted le dijo que a veces se reunía con más *eónidas* como él y se intercambiaban información. Eran como verdaderas enciclopedias con patas, aunque siempre muy discretos, le aseguró. Elody dudaba de que no les contase a sus compañeros todo lo que había pasado en el café, entre otras cosas, su fracasada iniciación.

Su madre y ella habían dormido abrazadas. Hacía muchos años que no lo hacían porque llegó un momento que parecía que su contacto le dolía. A lo mejor hasta resultaba bien haber venido y que no fuera bruja. O no como lo esperaba su abuela.

Se levantó pasadas las diez. Aunque todavía no le había preguntado sobre Caleb, su hermano fallecido, estuvieron hablando hasta bastante tarde. Su madre le contó sobre lo aburrido de su trabajo, aunque el señor Guzmán, Pablo, parecía estar interesado por ella.

Cuando se desperezó, se asomó por la ventana. El día parecía muy claro, nada que ver con la tormenta de la noche. Chasqueó los dedos, por probar, pero no sucedió nada. Tendría que aceptar que no era el tipo de bruja adecuado, así que se dedicaría a pintar y quizá pudiera dar clases, siempre le había gustado.

Casa hizo varios ruidos y el caballete se puso delante, con un nuevo lienzo en blanco. Todavía no comprendía qué había pasado con el anterior, pero le parecía algo difuso, tal vez se lo había imaginado. Se puso unos pantalones cortos y una camiseta y recogió su cabello en un moño.

Recibió un mensaje de Cornelia. Se iban a la playa, y le dijo que se preparase en media hora con un bikini que pasarían a buscarla. Esto la animó. Se dio cuenta de que quería quedar con sus amigas, irse a la playa, preguntarle a Cornelia si sentía algo.

—Supongo que seguirán siendo mis amigas, aunque no tenga magia.

—Sin duda —contestó Kásper apareciendo por las escaleras—, seguís siendo hermanas de magia, aunque tú no parezcas haberla mostrado. Pero yo lo dudo. Hay algo en ti, y se lo he dicho a tu abuela, aunque es una mujer muy testaruda.

—Me da igual, Kásper. De verdad. Solo quiero trabajar, ahorrar, y tal vez algún día pueda vivir con mi madre en una casita que dé a la playa. Mis pretensiones son sencillas.

—A veces no somos dueños de nuestros objetivos, porque hay algo más grande que decide por nosotros. ¿O crees que yo quería convertirme en un familiar? Fui una habilidosa panadera y trabajaba a dos calles de aquí.

—¿Así que eres gata? ¿Y fuiste humana?

—Por supuesto. La abuela de tu abuela, Carmen, salvó a mis hijos y a mis nietos de la gripe española en 1918. Ella en era una gran sanadora y yo prometí que serviría a sus descendientes durante setenta años, para agradecérselo. Todavía me quedan cinco años de servicio y después me iré.

—Oh, pero Kásper yo… te aprecio.

—Gracias, chiquilla. Tu madre era muy amable conmigo de pequeña, hasta que creció. Luego… bueno, las malas compañías.

—¿Qué paso? Ella nunca me ha contado nada. ¿Conociste a mi padre?

—Lo vi alguna vez, pero no me corresponde hablar de ello. Soy un gato, no una cacatúa.

Kásper se retiró dignamente y justo antes de desaparecer, se giró.

—Harías bien en hablar de todo con tu madre, antes de… y baja, que Cornelia y las demás están por llegar.

Confusa, tomó su gorra, la mochila y una toalla que metió haciendo un rebullo. Bajó a la cocina, donde la abuela amasaba pan. Su madre estaba echada en el sofá, leyendo.

—Me voy con las chicas a la playa —dijo.

—Desayuna, muchacha —contestó la abuela chasqueando los dedos. Una taza de café con leche y dos tostadas aparecieron en la mesa. Le encantaría poder hacer algo así. La miró a los ojos mientras seguía maltratando a la masa.

—Lo siento, abuela, sé que te he decepcionado —dijo y ella levantó la mirada indecisa. Luego, volvió a su expresión habitual.

—Era de esperar.

—¿No podría intentarlo de nuevo? Un día que no fuera a llover.

—Había luna llena, no iba a llover. Fue un rechazo de la diosa y no hay más que hablar.

Echó la masa en un bol y puso un paño encima, para que

fermentara. Luego, se lavó las manos y salió de la cocina. Su madre se acercó a ella y la abrazó.

—Yo me alegro. Así podrás tener la vida que quieras.

Tosió y se acercó a la silla para dejarse caer, pálida.

—Mamá, ¿estás bien?

—Creo que el chaparrón me hizo coger frío. Tal vez me acueste.

—¿Quieres que me quede?

—No, tranquila. Ve y diviértete. Estoy feliz de que hayas encontrado amigas. Espero que no te sientas mal por no ser… igual que ellas.

—Creo que no. En el fondo, puede que esté aliviada. Trabajaremos unos años y luego tal vez podríamos alquilar una casita en la playa, vivir las dos. O si tienes pareja, los tres. Yo estoy dispuesta.

La madre sonrió con tristeza y le dio un beso en la cabeza. Ella acabó de desayunar, limpió los platos y se fue a la calle, a esperar a sus amigas. Si seguían aceptándola, aunque no fuera como ellas, lo demás le importaba poco.

El coche rosa llegó por la calle y se levantó para saludarlas. Las tres chicas sonreían y ella dejo escapar un leve suspiro.

—¿Qué tal estás, Cornelia? —preguntó mientras se sentaba en el asiento de atrás— ¿Has notado algo distinto?

—No, de momento no, aunque sí siento como dentro de mí se mueve algo.

—Es normal —dijo Mimí bajando la cuesta hacia la playa—, es un despertar lento. Vamos a ir a una cala solitaria a celebrarlo.

Elody se volvió hacia Cornelia, que se encogió de hombros. Maddy llevaba una bolsa con botellas y paquetes de galletas.

—Tenemos suministros para pasar el día en la playa y llevamos sombrillas, toallas, además, hemos quedado…

—Calla —le dijo su hermana.

—¿Habéis quedado con alguien?

—Son algunos amigos de Bella Costa —contestó Cornelia—, queremos presentarte a la pandilla.

—Algunos son mayores —dijo Maddy suspirando.

Elody aceptó. Cuando vivía en la ciudad, solo estudiaba y trabajaba el fin de semana. Sí que había tenido alguna relación esporádica que no había pasado de algunos besos y roces. A lo mejor le apetecía salir con algún chico. O mejor dicho con ese chico. El rubio que a veces tenía mirada triste y que olía a cítricos.

Mimí aparcó en un camino de tierra y se repartieron los bultos para bajarlos por unas empinadas escaleras de piedra sin barandilla que daban a una cala solitaria, rodeada de rocas. Abajo había varias personas jugando con un balón. En un lateral, junto a las rocas,

alguien había construido un tejadillo con varias maderas, cubierto por una tela de saco gris que daba una apetecible sombra.

—Los chicos han llegado —dijo Mimí entusiasmada. Elody miró al grupo, parada en las escaleras.

—Tranquila —dijo Cornelia a su lado—, son muy agradables, ya verás.

Terminaron de bajar y se dirigieron directamente al pequeño refugio. Dejaron caer todas las cosas en la arena, en la sombra. Había también unas sillas e incluso una mesa. Los chicos, que estaban al otro lado de la playa, se acercaron. Se sorprendió de ver a Ted, que sonreía relajado. Levy, el chico *lumisombra*, salía del agua, sacudiéndose su pelo oscuro. Otros dos chicos y una chica sonrieron al llegar a su lado.

Cornelia los presentó.

—Ella es Elody Castel, recién llegada. A Ted lo conoces, y él es Levy, su primo Garret y ellos son hermanos, Cloe y Thor, aunque no es su verdadero nombre.

—Ey, a mí me gusta —dijo el chico, que se asemejaba más a Loky que a Thor. Parecían muy amables.

—Y luego está el surfista —dijo Levy señalando a alguien en las olas—, imagino que se unirá a nosotros en algún momento.

Elody sabía perfectamente a quién se referían y comenzó a ponerse nerviosa. Cornelia se la llevó debajo del toldo y todas se quitaron la ropa para quedarse en bikini. Salieron corriendo para bañarse y Levy se acercó a ella.

—Siento lo del otro día, supongo que tenía atracción por tu luz y por tu sombra, pero te respeto.

—¿Por mi qué?

El chico la miró con la boca abierta y luego movió la cabeza.

—Eh, nada, nada. Venga, báñate, el agua está estupenda.

Salió corriendo y ella terminó de dejar la ropa sobre una silla. No entendía qué había querido decir, pero ya empezaba a ser familiar para ella no captar las medias frases, las alusiones… le daba igual. Miró el agua, le fascinaba de alguna manera, pero tampoco le apetecía meterse mucho en el mar. Nunca había aprendido a nadar y le daba cierto respeto. Se dejó puestas las gafas y el sombrero mientras veía a los demás pasarse una pelota. Maddy le hizo señas para que se metiera, pero ella hizo el gesto como que tenía frío y no lo hizo. Sintió el olor antes de que él le hablara.

—¿No sabes nadar?

—Eh, hola, Gabriel. No, la verdad es que no —dijo ella sin mirarle.

—Si quieres, podría enseñarte.

—No, creo que no. Pero gracias.

—¿Estás bien?

Esta vez sí lo miró y vio ese rostro triste de nuevo. ¿Por qué la miraba con pena?

—Sí, bien. Supongo que lo preguntas por mi fracasada iniciación. No pasa nada por no ser bruja.

—Eres especial, seas o no bruja, recuérdalo —dijo él. Se alejó para apoyar la tabla de surf y coger un botellín de agua de la nevera.

Garret apareció por detrás y la cogió de la cintura, para llevársela al agua. La gorra salió volando.

—No, no, no quiero bañarme —dijo Elody forcejeando, pero él era muy fuerte y acabó en el agua. No cubría mucho, hacían pie, pero una fuerte corriente la soltó de los brazos del *lumisombra* y se la llevó hacia la profundidad. Ella braceó para subir a la superficie, intentando por todos los medios no ahogarse.

«Déjate llevar, ríndete a mí», le pareció escuchar. Ya pensó que se iba a morir, cuando alguien llegó nadando a gran velocidad, la tomó de la cintura y con amplias brazadas, la sacó a la playa. Comenzó a realizarle la respiración asistida hasta que Elody expulsó el agua, con toses. Gabriel la tomó en brazos y se la llevó a la sombra, retirando con cuidado el cabello de su cara.

—¿Estás bien?

Ella asintió. Le raspaba la garganta y Cornelia le acercó un botellín de naranjada.

Gabriel se levantó y se acercó a Garret y le empujó al suelo. Levy se puso delante de su primo y levantó los brazos.

—Él desconocía que ella no sabía nadar.

Gabriel apretó los puños y se giró. Su rostro daba miedo, pero cuando se volvió a acercar a Elody, parecía sereno de nuevo.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No, ya ha pasado. Estoy bien. Nadie sabía que no sé nadar y ha sido solo una broma.

—Lo siento, de verdad —dijo Garret y ella asintió.

—Seguid jugando, de verdad, me encuentro bien.

Se alejaron hasta la orilla, aunque solo se sentaron, mojándose los pies. Gabriel cogió una silla y se colocó junto a ella en silencio.

—Te has enfadado mucho. Ha sido una broma.

—Podrías haberte ahogado —dijo él sin mirarla. Todavía podía leer la furia en su rostro, por debajo de su serenidad.

—Pero me has salvado, Gabriel.

Él se giró y vio dolor en sus ojos. Elody alargó la mano y él también.

—Gracias. No quería morir todavía.

Gabriel acarició el dorso de su mano, mirándola con ternura. Su rostro parecía más relajado, pero serio, como si se sintiera culpable de algo. Una voz los interrumpió.

—¡Vamos a comer algo! —dijo Maddy acercándose a ellos. Soltó su mano y la sintió vacía. Se fue a levantar, pero la muchacha no la dejó—. Quédate ahí quieta, que nosotros preparamos todo.

Gabriel se levantó y ella cerró los ojos, centrándose en las olas, el ruido, oliendo el suave aroma que él le había dejado en su piel, en sus labios. Sintió su aliento dentro de ella como algo delicado, delicioso, potente. Sin duda, quería experimentarlo de nuevo, pero no para salvarle la vida, sino para sentir sus besos. Un ruido en el mar la distrajo y comenzó a escuchar cánticos suaves. Abrió los ojos, sorprendida. Se levantó y caminó hacia el mar, de forma automática. Metió los pies en el agua y entonces se despertó. Al fondo, le pareció ver que algo saltaba, pero Cornelia se la llevó de la orilla.

—Tenemos sándwiches y bollos. No son como los pasteles de tu Café, pero no están mal.

Se sentaron en toallas extendidas en la arena, bajo el tejadillo, en un círculo, compartiendo bebidas, refrescos y cervezas. Gabriel estaba de pie, apoyado en uno de los postes, comiendo un sándwich distraído, mirando al horizonte.

—No me importaría que él me hubiera salvado a mí, solo por besarle —susurró Cornelia en su oído—, pero veo que yo no tengo ninguna oportunidad, porque no te quita los ojos de encima.

—Supongo que se siente responsable. Es el mayor, ¿no? —contestó ella también en voz baja.

—Ni idea. Apareció hace unos meses y ni sabemos qué es. A Levy no le cae bien especialmente, pero un día Mimí lo invitó a venir y supongo que no tiene más conocidos. Solo surfea. Nadie le había interesado hasta que llegaste tú.

Elody se sonrojó y lo miró de reojo. Llevaba solo un bañador hasta medio muslo y tenía el pecho al descubierto. Sin nada de vello, sus músculos estaban definidos, aunque no era un chico de gimnasio. Los hombros anchos acababan en una estrecha cintura y su piel tostada dejaba ver una línea blanca donde el bañador se había bajado un centímetro. Se sintió demasiado acalorada y desvió la vista. ¿Por qué era tan perfecto?

Miró al grupo. Mimí coqueteaba con Levy y todos reían y compartían anécdotas. Ted había estado muy callado, observándolo todo, pero ahora comenzaba a hablar con Maddy, mientras Garret le hacía bromas a Cornelia. Los dos hermanos, Cloe y Thor también reían relajados.

Cloe le preguntó sobre sus aficiones y ella le explicó que le gustaba pintar. La muchacha le dijo que ella realizaba esculturas con metales y que le gustaría mucho enseñárselas. Poco a poco, se fue integrando en las conversaciones, riendo y haciendo comentarios, eso sí, sintiendo de vez en cuando la intensa mirada de Gabriel.

Capítulo 8. Café Nocturna



Tenía la piel algo tostada por haber pasado el día en la playa y su madre le dio un poco de crema para después del sol.

—Supongo que no te bañarías en el mar, no sabes nadar.

—No, claro que no. Solo metí los pies y estaba muy fría.

—Bien.

Su madre dejó el bote y le dio un beso para despedirse y marcharse a trabajar. Ella se vistió y bajó las escaleras de la buhardilla. Su abuela ya no estaba y se dirigió abajo, para abrir el café. Estaba preparando todo cuando sonaron las campanillas y un hombre entró sonriendo. Su piel estaba tostada por el sol y no tendría más de cuarenta años. Llevaba una camisa arremangada y vaqueros.

—Buenos días, ¿podría tomar un café?

—Claro. ¿Algún tipo de café…especial?

—Uno que sirva para celebrar algo, con leche de soja, si tienes.

—¿Quiere algo de comer?

—He visto en la vitrina una tarta de chocolate, estaría bien.

Se sentó en una mesa, cerca del escaparate y a Elody le pareció que brillaba ligeramente, pero ya no se cuestionaba ese tipo de sucesos. Todavía no había conseguido terminar de leer todo el libro de su antecesora y desconocía el número de razas mágicas. Preparó el café solicitándoselo a la cafetera y Jack dibujó un ancla en la espuma. Luego, limpió la cafetera y le sirvió, lo mismo que la tarta.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Elody.

—Bonito nombre, suena a melodía, a canto. Yo me llamo Theopolus, pero todo el mundo me llama Theo. Hacía muchos años que no venía al café.

Ted entró por la puerta y fue corriendo hacia la barra. Elody dejó al hombre tomar su desayuno y fue hacia el chico.

—Lo siento, Elody, alguien pinchó las ruedas de mi bicicleta.
—Tranquilo, solo ha entrado ese hombre.
Ted miró hacia las mesas y luego a la chica.
—¿Qué hombre?
Ella se giró y no vio nadie, solo el café y la tarta sin tocar. Miró hacia la puerta, pero la campana no había sonado. Salió a la mesa y se encontró una pequeña caracola blanca con puntos dorados en ella. Así que no se lo había imaginado. Recogió todo y llamó a Jack.
—Tú lo has visto, ¿verdad?
Él se encogió de hombros y desapareció. Elody se guardó la caracola en el bolsillo. Empezaron a entrar los clientes y comenzó a servir los cafés. Nené se acercó a ella y le dio un suave beso en la mejilla para saludarla que pareció el aleteo de un colibrí.
Justo cuando iba a cerrar, apareció Gabriel y se sentó en la barra. Ted lo miró y luego a Elody.
—Ve, ya cerraré yo —dijo ella tímida.
—Sí, ya veo —sonrió él marchándose.
—Hola, Gabriel, ¿quieres un café?
—Bueno yo…estás cerrando. ¿Quieres que vayamos a comer a un sitio que conozco?
—Vale. Cojo algo de comer.
—No, llevo yo —dijo mostrando una bolsa.
—Está bien.
—Te espero fuera.
Cerró y limpió todo. Su madre apareció y subió directamente a la casa, parecía agotada. Su abuela no se dejó ver en todo el día. Al parecer, además de llevar el café, debía atender asuntos del aquelarre.
Salió, vestida con sus habituales pantalones cortos y una camiseta nueva que le había regalado Cornelia de color azul claro. Todavía no había despertado a sus dones, pero según le había puesto en el grupo de *WhatsApp* que tenían todas, era capaz de mover el aire. Era una buena señal.
Gabriel la esperaba en la sombra, apoyado en la pared. También llevaba pantalones cortos, camiseta suelta y chancletas. Sonrió al verla y le ofreció su mano. Ella la tomó, tímida, sintiendo su agarre firme y suave a la vez.
Caminaron en silencio por las calles tranquilas. Bella Costa no era un pueblo tan turístico como otros, tenía solo una calle comercial y el resto eran viviendas de pescadores y de personas que trabajaban en la fábrica textil de las afueras. Gabriel la llevó hasta un parque, mientras le describía algunos lugares que había visitado, persiguiendo olas. Elody le escuchaba fascinada.
Llegaron a un encantador parque y se metieron entre los árboles, hasta llegar a una pradera cubierta en parte por las ramas, de forma

que daba sombra en el césped. Otra pareja se había colocado en el otro extremo y parecían dormitar abrazados.

—¿Te gusta?

—Sí, es un lugar muy bonito.

Gabriel sacó de la bolsa una toalla cuadrada y la extendió. Luego, dos cajas con mini bocadillos y un par de botellas de agua fría.

—Los he comprado en La Atlántida, un restaurante nuevo que han abierto hace unas semanas. Quería probarlos.

Se sentaron uno frente al otro, con las piernas dobladas y dejó la cajita abierta. En la otra, había pequeños *cupcakes* de colores.

—No se lo digas a tu abuela, a ella no le gusta la competencia.

Ambos rieron. Probó el primer sándwich y ronroneó por el delicioso sabor, era sencillo, crema de queso con salmón y aguacate, quizá algunas hierbas.

—Está buenísimo. ¿Tú no comes?

—Me gusta verte comer.

Tomó otro y la miró. Acercó su mano a la boca de ella y limpió con el dedo un poco de crema de queso de su comisura. Luego, se lo llevó a su boca, saboreándolo. Elody tragó saliva. Él desvió la vista con esa habitual sombra de culpabilidad, y siguieron comiendo, comentando los diferentes sabores, hablaron de todo un poco, de forma tan natural que jamás lo habría imaginado. Después, él sacó un termo de café y sirvió dos en vasos de papel. Elody saboréo el café con un dulce y lo miró deseando probar sus labios. Aunque quizá era pronto.

—Una comida perfecta, Gabriel.

Puso su mochila de almohada y después de tomar el último sorbo de café, se echó en la toalla. Él hizo lo mismo y se colocó bocaarriba junto a ella. Dejó escapar un leve suspiro de impaciencia. Elody se giró un poco hacia él, apoyando la cabeza en su mano.

—¿Qué te pasa, Gabriel? Siento que no estás cómodo del todo conmigo. ¿He hecho algo?

—Al contrario —contestó él girándose—, estoy demasiado bien contigo. Creo que… he perdido el norte.

Se echó boca arriba de nuevo con una exclamación frustrada y ella se inclinó sobre él, tocándole su rostro con la mano y haciendo que le mirase.

—Si has perdido el norte, yo te buscaré en el sur.

Él abrió los ojos, sorprendido y entonces ella se acercó a sus labios y los atrapó con delicadeza. Gabriel pasó la mano por su cintura y la atrajo hacia su cuerpo. El beso fue cada vez más profundo, pero él la soltó y volvió el rostro.

—Lo siento, perdona. No debería… había venido para decirte… pero…

Se levantó y se apoyó en el árbol, mirando hacia abajo y apoyándose en sus rodillas. Parecía mareado. Ella, confusa, se puso junto a él.

—Creo que sí querías besarme y no hay nada malo en ello. Los dos somos adultos.

—No lo entiendes, es que yo no puedo… —dijo él con el rostro atormentado—. Tengo que irme.

Recogió la manta y las cosas y se fue rápido entre los árboles. Elody se quedó de pie, mirando cómo se alejaba sin comprender nada. Sintió un vacío en su corazón. Quería llorar, se sentía triste y confundida. ¿Por qué no podían estar juntos? ¿Qué había hecho ella?

Suspiró y recogió su mochila. Tal vez era cuestión de su raza, fuera cual fuese. Debía averiguarlo y seguro que Ted sabía algo, aunque no se lo dijera. Se dirigió hacia la cafetería, pensativa. Comenzó a llover con suavidad y decidió apresurar el paso para abrir las puertas. Al llegar, una ambulancia estaba justo delante de la cafetería. Su abuela la miraba seria desde la puerta.

—¿Qué ocurre? ¿Mamá? —exclamó histérica al verla echada en la camilla del interior del vehículo.

—Vamos al hospital.

Elody se quedó parada. Su abuela la tomó del brazo y se dejó llevar hasta su pequeño coche. Entró sin decir nada.

—¿Por qué me ocultasteis su enfermedad? —dijo la abuela furiosa. Ella se giró sorprendida y alarmada—. Oh, tú tampoco lo sabías.

El rostro de su abuela era de auténtico pesar y se centró en el camino al hospital. La lluvia estaba arreciando. Aparcó y entraron, empapadas, en urgencias. La ambulancia ya había llegado y se dirigieron al mostrador para preguntar.

—Señora Castel, esperen en la salita, enseguida saldrá la doctora.

Se sentaron en dos sillas, mojadas y nerviosas.

—¿Por qué dices que está enferma? Ella no me ha dicho, no sabía….

—Tu madre no es que solo esté enferma, se está muriendo, niña. Y no me había dado cuenta, ¡maldita sea!

El mazazo fue tan grande que Elody se apoyó en la silla, paralizada. Se ahogaba. Salió corriendo a la puerta, donde se había desatado una gran tormenta. La poca gente que había fuera, corría intentando guarecerse de la tromba que golpeaba el suelo con fuerza. Boqueó, intentando respirar, con la misma sensación que cuando estaba bajo el mar. Cayó de rodillas, y se sentó en sus pies, llorando desconsoladamente mientras la tormenta aumentaba su intensidad, descargando toda su agua en el pueblo.

Alguien la levantó y la llevó a cubierto, bajo un tejadillo. Ella

miró a Gabriel que la abrazó.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Lo siento, lo siento —dijo él.

—¡No! ¡Me niego!

Un relámpago cruzó el cielo, iluminando el firmamento de forma casi artificial.

—Elody, cálmate o será un desastre. Tienes que respirar. Vamos, tú puedes.

—¡No! No quiero respirar, no quiero…

Él la besó, ella respondió con fiereza, odiándolo por besarla, por apagar su furia, como así se fue calmando la tormenta. Se apartó y comenzó a llorar suavemente, apoyada en su pecho.

—Lo siento, de verdad.

Consiguió respirar con normalidad y se apoyó en la pared, alejada de sus brazos. Observó el cielo que ya retiraba las nubes y empezaba a dejar salir el sol. Luego miró a Gabriel, horrorizada.

—¿He sido yo?

—Sí, eres una bruja poderosa —contestó él con una pequeña sonrisa—, aunque sin duda, eres más que eso.

Se puso delante de ella y sopló con suavidad, secando su empapada ropa.

—Tú también pareces algo más. —Gabriel se encogió de hombros.

—Ve dentro, creo que la doctora va a salir.

Caminó, algo mareada, hacia el interior. Se giró hacia Gabriel que todavía estaba de pie, mirándola.

—Gracias por salvarme de nuevo.

Él se llevó la mano al pecho y le respondió mirándola con fiereza.

—Por siempre y para siempre.

Entró en el hospital para reunirse con su abuela y a los minutos, la puerta se abrió, dejando salir a la doctora que tenía el rostro preocupado.

Capítulo 9. Hospital



Por primera vez desde que habían llegado, su abuela la tomó de la mano. Sintió su piel áspera y ese olor a hierbas que había identificado como suyo. La doctora se dirigió a ellas, preocupada pero serena.

—La última sesión de quimio no ha funcionado tan bien como esperábamos. Ha empeorado y por lo visto, el cáncer se extiende demasiado deprisa. Lo siento.

—¿Cómo que el cáncer? —preguntó Elody. La doctora empalideció.

—Lo siento, pensé que, como os habíais mudado aquí, yo creí que… lo siento señora Castel.

—Cuéntanos todo, Marga —dijo la abuela y ella se las llevó a su despacho. Las hizo sentarse y suspiró.

—Cuando Catalina llegó aquí, el médico que la trataba en la ciudad, al que conozco, me pasó los datos para poder seguir su tratamiento. Es un cáncer de pulmón muy agresivo, que se ha extendido a la pleura. En estos casos, los pacientes no suelen recuperarse. Lo siento.

—Por eso volvió. Porque se iba a morir —susurró la abuela con los ojos empañados.

—Podrán hacer algo, ¿verdad? —dijo Elody llorando.

—Haremos lo posible para que esté cómoda. Quizá le hagamos una intervención, para ver cuánto se ha extendido, pero cariño, deberás hacerte a la idea.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó la abuela.

—Tres meses, quizá cuatro.

—¿Podemos verla?

—Sí, está estable. En unos días se podrá ir a casa. Y de nuevo, lo siento. Estaba convencida de que lo sabíais.

—Está bien, Marga —dijo la abuela. Se levantaron y caminaron

hacia la habitación donde la habían instalado. Se volvió hacia Elody —. Escucha, deja que ella nos cuente si se siente con fuerzas. Y mantente fuerte, sin llorar y entera. Ahora te necesita. Compórtate como una Castel, ¿entendido?

—Sí, jefa —dijo soltándose de ella y abrazándose. Entró a la habitación donde se le cayó el alma a los pies. Su madre estaba respirando trabajosamente, con una mascarilla en la cara y varios goteros. Solo se escuchaba el flojo bip de la máquina a la que estaba conectada y de vez en cuando, un silbido que salía de su pecho.

Se acercó a la cama y le tomó la mano, acariciando su suave piel. ¡Qué equivocada había estado! Pensó que ella bebía o algo, por sus ojeras, por su tambaleante caminar. ¿Cómo había estado tan ciega?

Su abuela se quedó quieta a los pies de la cama, paralizada con el rostro lleno de dolor. Luego se volvió hacia su nieta.

—Voy a buscar algunas cosas de la casa. Quédate con tu madre.

—¿Vas a curarla?

—No lo sé, pero lo intentaré. ¿Para qué sirve la magia si no? —contestó con un toque de amargura.

Ella asintió y se quedó con su madre. No parecía despertar. Acercó un sillón y lo colocó junto a la cama. Apoyó la cabeza en el colchón, junto a su mano, mientras la acariciaba.

—Mamá, no te vayas, te necesito —susurró. Las lágrimas volvieron a caer, pero intentó controlarse. Necesitaba hacerlo para cuidar de su madre. Levantó la cabeza, mirándola con cariño. No se iba a dar por vencida. Harían lo que fuera necesario para curarla.

No supo cuánto rato había pasado, cuando ella comenzó a toser.

—¡Mamá!

Ella se giró con cariño e intentó hablar.

—No hables, tranquila.

Su madre se quitó la mascarilla y acarició su mano.

—Siento que te… hayas enterado así. ¿Lo sabe… la abuela?

—Ha ido a por algo para hacer un ritual o lo que sea que haga.

—No funcionará.

—No lo sabes, déjala que lo intente.

Ella tosió y una gota de sangre salió por su boca. Elody tomó una gasa de la mesita de noche y la limpió.

—Escucha, antes de irme, tengo que contarte algo, es importante.

—No te vas a ir, mamá.

—Por favor, cariño. Escúchame —Elody asintió—. Debes saberlo todo o estarás en peligro. Hace diecinueve años me enamoré de un hombre fascinante. Él era guapísimo, y prometimos amarnos para siempre. Pero me quedé embarazada y… simplemente desapareció. Mi madre quería que abortase, porque él no era como nosotros, sabía que era un ser especial, pero poco me importó. Lo amaba de verdad. Por

eso, me fui. Cuando tú tenías dos años, fuimos de vacaciones a la costa y una noche, cuando tú dormías, volvió a mí. No pude evitar amarlo de nuevo, porque no lo había olvidado y descubrí que estaba embarazada a los dos meses.

Tosió y Elody le ofreció agua. Ella respiró hondo y se preparó para continuar.

—Quizá te parezca estúpida, pero estaba enamorada. Nació Caleb, tu hermano y bueno, no estaba muy bien. Murió a los pocos días. El dolor que sentí al perderlo no se podía comparar como cuando él se fue, pero tenía que continuar viviendo, porque estabas tú. Nos alejamos, sentía que él estaba relacionado con el mar y tenía miedo de que él volviera y tal vez te reclamase. Mi instinto me decía que era peligroso y que no debíamos volver a Bella Costa. Me adapté a la vida como pude y cuando tú tenías doce, me diagnosticaron una mancha en el pulmón. Solo tía Emma lo sabía. Me ayudaron con los tratamientos y todo el dinero que conseguía iba para pagarlos. No quería morir y dejarte sola.

—Podríamos haber vuelto aquí, tal vez la abuela…

—No, porque estoy segura de que fue él, no sé cómo, el que me produjo la enfermedad.

—Habían pasado años…

—Sí, lo sé. Pero fue a partir de perder a Caleb cuando empecé con las toses. Tal vez me maldijo. Él quería tener hijos. Creo que ni siquiera me amaba. Solo fui un receptor.

Su madre cerró los ojos y dos lágrimas se deslizaron por su rostro.

—Lo siento, mamá.

—Te protegí. Usé toda mi magia para mantenerte fuera de su vista y ahora que estoy débil, me da miedo que venga por ti.

—No le interesaré, si no soy especial ni nada…

—Y, sin embargo, lo eres, Elody. Nunca supe qué era, pero sin duda su poder era grande. Supongo que hay una lucha interna dentro de ti.

—O quizá nací sin poderes.

—No lo sé. Pensé que volviendo aquí…

—Lo hiciste porque te sentiste enferma y querías que yo estuviera con tu madre.

—Sí, aunque pensé que… todo sería más fácil, que ella nos aceptaría. Pero en parte la entiendo. Corté toda relación con ella y presentarnos de repente…

—No hables más, ya continuaremos luego. Descansa, por favor.

Su madre cerró los ojos, agotada. Elody soltó la mano y se levantó para mirar por la ventana. No quería que ella la viera llorar. De nuevo había gruesos nubarrones y estaba claro que ella los provocaba, sin saber cómo. Si repasaba los momentos de tormenta, coincidían con

dolor, frustración o ira. ¿Pero cómo lo había hecho? Y lo más importante, ¿cómo controlarlo?

Cornelia le envió un mensaje, ya se había enterado de que estaban en el hospital. Ella le explicó brevemente todo y su amiga se ofreció a ir, pero dijo que no. Esa noche la pasaría allí y al día siguiente se vería. Gabriel también le envió un mensaje y le aseguró que estaba bien.

«Me gustaría acompañarte en estos momentos»

«No, es mejor que no vengas. Voy a quedarme esta noche. Gracias por todo».

«Si me necesitas, estaré en segundos contigo»

No contestó. No sabía por qué, pero lo veía posible. Siempre había aparecido en sus momentos más difíciles.

La puerta se abrió y la abuela, acompañada de Sabina y otra de las brujas, aparecieron en la habitación, cargadas con un par de bolsas. Ella las miró, esperanzada.

—No sé si funcionará, pero al menos lo intentaremos.

Cerraron la puerta y prepararon un altar en la mesita de desayuno. Después se pusieron alrededor de la cama, tocando los hombros de su madre y le invitaron a unirse mano con mano.

—Pero yo… no tengo…

—Tienes el amor por tu madre —dijo su abuela—, y eso es una energía muy poderosa.

Asintió. Se tomaron de la mano y enseguida se notó un cambio de atmósfera en el interior. La abuela murmuró unas palabras y notaron como la corriente energética se desplazaba por sus manos, atravesándolas y llegaba hasta su madre. El débil sonido del monitor se aceleró y ella pareció respirar más tranquila.

La abuela agradeció a sus compañeras con un abrazo y las despidió, prometiéndo informarles. Elody se volvió hacia ella.

—¿Habrá funcionado?

—No sé. Mañana le pediré a la doctora que le repita las pruebas. Ella… es sobrina de Sabina y, aunque no tiene poderes, conoce bien la magia. Rezaré por ello.

—Deberías descansar, yo me quedo con mamá.

—Está bien. Mañana por la mañana vendré a relevarte. Quiero revisar algún libro. Y, Elody, no creas que me siento decepcionada porque no hayas demostrado tus dones. No pasaría nada. Sé que hay algo en tu interior, pero si no sale, seguiremos adelante. No estás sola.

Sintió ganas de abrazar a su abuela. Desde que había venido, eran las primeras palabras amables recibidas por su parte. Ella pareció titubear y luego, tras besar en la frente a su madre, se fue.

Elody se sentó en el sillón, pensativa. Esperaba que funcionase. Las horas pasaron y su madre seguía tranquila. Casi era medianoche y

no podía dormirse. A algunas personas se les cerraba el estómago ante la preocupación, pero a ella no. Pero no quería dejarla sola. Una suave llamada a la puerta de la habitación le hizo sobresaltarse.

Abrió y allí estaba. Gabriel le sonrió. Llevaba una bolsa que olía muy bien.

—He pensado que llevas aquí toda la tarde y no habrás comido nada, ¿es así?

—Oh, es como si me hubieras leído el pensamiento —dijo ella medio sonriendo. Luego se quedó quieta—. ¿Me lo has leído?

—Es pura lógica —negó él—. ¿Puedo pasar? ¿Cómo está?

—Sí, pasa. Mi abuela y dos compañeras le hicieron un ritual, pero… a saber.

—Anda, come algo. ¿Te importa que la examine?

—No, claro.

Gabriel se descalzó y puso las manos a un palmo del cuerpo de su madre. Después, como si se tratara de un escáner, las deslizó por encima, parándose en el pecho y también en el estómago. Bajó los brazos, abatido.

—¿Has visto algo? Sé sincero, por favor.

—Es grave —dijo él entristecido—, porque está extendido por pulmones y quizá tenga algún punto en hígado, páncreas y bazo. Lo siento. Quizá no fallezca de forma inmediata, es como si estuviera pausado por un tiempo, pero…

—Lo sé, la doctora dijo tres meses.

—Yo creo que serán más. Es posible que lo que ha hecho tu abuela le dé algunos meses extra. Es extraño, pero hay como una especie de oscuridad en los pulmones. Una densidad que ni yo logro atravesar.

—Ella dijo que podía ser una maldición de… mi padre. Me ocultó a él y no sé, ¿qué criatura podría provocar una enfermedad así a una persona?

—En realidad, algunas, no es cosa de una solo. Conoces la cara amable del mundo sobrenatural, con Ted, Jack o las brujas. Incluso Levy, que camina entre luz y sombras, no es malo per se. Pero luego hay otros seres que se alimentan del sufrimiento, de la ira, que incluso lo provocan y que podrían influir en las personas.

—¿Y tú, eres de los buenos o de los malos? —preguntó ella acercándose. Él se encogió de hombros.

—Soy neutral, o eso intento. Aunque no lo hago bien con lo que respecta a ti.

—¿Y eso puede traer problemas?

—Toneladas. Debo irme o acabaré besándote.

Ella sonrió un poquito y lo acompañó hasta la puerta. Él le dio un suave beso en la frente y se fue caminando por el pasillo, descalzo. Se

había dejado las chanclas en la habitación. Elody no pudo menos que sonreír. Lo que había empezado a sentir sobre Gabriel, fuera lo que fuese, era muy parecido al amor, aunque claro, ella tampoco estaba segura.

Cerró la puerta y cuando se giró, lo vio. Estaba allí, acariciando la frente de su madre. El hombre que había conocido en la cafetería, el que se esfumó, estaba allí. Levantó la vista y sonrió de forma desagradable.

—Bueno, al fin os he encontrado a las dos. Ya está toda la familia reunida.

Capítulo 10. Intercambio



—¿Quién eres? ¡Aléjate de mi madre!

Un resplandor en el cielo hizo que el tal Theo sonriera.

—Tu madre… cómo me engañó. Me hizo creer que estabas muerta, y por eso intentamos tener otro hijo, pero no iba a perderlo de nuevo. Y por eso me lo llevé.

—¿Caleb está vivo?

—Vivito y coleando —dijo echándose a reír—. Tal vez quieras conocerlo. Elody, imaginarás que soy tu padre. Cuando sentí una presencia familiar, fui al café Nocturna, y al observarte, sentí por un momento que eras tú, pero hasta que no te he visto cómo cuidas a tu madre, no me he dado cuenta.

—¿Qué quieres? —dijo ella metiéndose la mano en el bolsillo, debía avisar a alguien y Gabriel era el adecuado.

—No te molestes, estamos aislados. Te propongo un trato. Vienes a mi casa, pasas un tiempo con tu hermano, te ayudo a controlar tus poderes que son más parecidos a los míos que a los de tu madre y yo, a cambio, la sanaría.

—¿Cuánto tiempo tendría que ir?

—Vaya, una negociadora, me gusta. ¿Unos meses? ¿Un año? No es mucho pedir a cambio de limpiar a tu madre de todo el cáncer.

—¿Estaría sana del todo?

—Sí, totalmente sana.

—No sé si fiarme. No te conozco.

—Y harás bien. Pero lo único que quiero es que conozcas a tu hermano, que te desarrolles, que aprendas. Luego, tú podrás decidir dónde vivir.

—¿Qué eres?

Él se echó a reír.

—Si te lo digo arruinaría la sorpresa, pero desde luego, tienes una

gran parte de mí, no tanto como tu hermano, pero sí lo suficiente. ¿Tenemos un trato?

—Quiero avisar a la abuela, a mis amigos.

—No, porque si lo haces, no te dejarán marcharte y tu madre morirá. Es ahora o nunca. Tienes un minuto para decidirte.

Un golpe en la puerta y la manija moviéndose deprisa le ayudaron a decidirse. Escuchaba gritos, aunque no podía entender de quién.

—Está bien. Iré por un año, pero antes, cura a mi madre.

El hombre pasó la mano por el cuerpo de la enferma y ella comenzó a respirar con más fuerza. Abrió los ojos y vio horrorizada al hombre que la saludaba de forma burlona, tomaba a Elody de la mano y desaparecía en un humo negro.

La puerta se abrió de golpe y entró Gabriel.

—Se la ha llevado, se la ha llevado —gritó ella señalando la ventana.

Gabriel miró por la ventana. Y luego cayó de rodillas. Había fallado en la única misión que se le había encomendado y lo que era más importante, la había perdido.



Elody sintió que viajaba por el aire, pero luego, se encontró acercándose al océano. Su padre la agarró fuerte de la cintura, porque se resistía. ¡Se iba a ahogar! Se zambulleron en mitad de la nada. El agua salada entró en su boca, intentó cerrarla, luchando con esos brazos fuertes. Comenzó a boquear, sintiendo que el mar invadía sus pulmones.



«Ríndete al océano, Elody, o morirás», escuchó en su propia mente. Pero ella no sabía cómo rendirse, cómo hacerlo. Decidió que valía la pena morir si su madre se salvaba y dejó de luchar, nadaban cada vez más profundo y no iba a salir de allí. Vio unas sombras a su lado, mientras bajaban nadando. Su padre tenía ¡cola de pez! Cerró los ojos, ya no había más aire en sus pulmones y se dejó llevar. Poco a poco, su corazón se ralentizó y se paró.

La negrura la envolvía y, de repente, ocurrió. Abrió la boca, y respiró. Su padre sonrió satisfecho y la soltó de la cintura, llevándola solo de la mano. ¿Cómo era posible?

Se dirigían hacia el fondo del océano, donde unas construcciones redondeadas emitían una suave luz, que daba un aspecto fantasmagórico al lugar. Un banco de enormes tiburones pasó a su lado sin hacerles daño. Las rocas parecían más brillantes, como las que veía en los documentales iluminadas por los focos de los submarinistas.

Llegaron a una de las burbujas y, al contacto con el aire, su padre cambió la cola de pez por las piernas y abrió la puerta, arrastrándola

dentro. Seguían en el agua, pero después subieron unas escaleras y llegaron a otra habitación, que parecía una sala. Ella, empapada y sorprendida, comenzó a toser.

—¿Qué es esto? ¿Cómo?

—Ya sé que tienes muchas preguntas, hija, pero tendrán que esperar. Estamos en guerra y me he ausentado demasiado. Instálate en una habitación, elige una vacía o tu hermano se enfadará. Luego lo conocerás.

Ella subió las escaleras hacia la casa mientras él volvía a marcharse por la puerta. Estaba excavada en el montañas marinas y suaves lámparas de aceite, hechas de roca de sal rosa, iluminaban la sala. En el centro se situaba un sofá de coral artísticamente tallado, cubierto por una amplia capa de algas secas. Todos los muebles eran similares, aunque había una mesa y sillas de madera vieja. Siguió curioseando y entró en una habitación que debía ser la de su hermano. Había una cama, con una esterilla de algas y muchos libros en diferentes estantes de madera. ¿Cómo era posible?

Echó un vistazo a los tomos y vio que eran de temas variados, historia, idiomas, geografía, ingeniería, novelas... Se acordó de que llevaba el móvil, y lo sacó, por supuesto inútil, arruinado por el agua. Tal vez su padre accediera a enviar un mensaje para decirles que se encontraba bien.

Pasó a otra habitación vacía, con una cama similar, una mesita y un espejo. Se miró. Su cabello chorreaba y la ropa estaba empapada. Se trenzó el pelo y se sentó a esperar, porque, ¿qué otra cosa podía hacer?

Se quedó dormida de puro aburrimiento y cuando se despertó, el mar estaba algo más claro, tal vez era de día. Sintió la necesidad de ir al baño y salió a la sala. Había un pequeño fogón, pero ningún baño.

—Hola —dijo una voz joven.

Se giró y vio a un adolescente, con el cabello cobrizo y unos pantalones sueltos salir de su habitación.

—Así que tú eres mi hermana mayor —dijo serio. Se dio una vuelta y la rodeó, mirándola de arriba abajo—. No pareces especial. No entiendo por qué padre quería que vinieras.

—No soy especial y padre —contestó remarcando la palabra—, curó a nuestra madre a cambio de que viniera. Hizo un trato conmigo.

—Ah, ya, la bruja —contestó con desprecio. Fue hacia el fogón y lo encendió con los dedos, sonriendo de vuelta. Echó una pasta blanca en una placa metálica y comenzó a tostarse. A Elody le crujió el estómago—. Padre me ha dicho que te alimente, aunque será solo hoy. Luego te buscas la vida.

—Qué amable, Caleb. Pensaba que nuestro reencuentro sería más emotivo. Tú fuiste raptado de mamá, como yo.

Él se giró deprisa, mirándola con furia.

—Yo fui salvado. Mírate. Madre no ha dejado que desarrolles tu verdadero potencial, escondiéndote en una vida aburrida.

Sirvió las tortas en dos platos y sacó de un armario algo que parecía mermelada de fresas. Se sentaron en la mesa y él empezó a comer.

—La fresa es la favorita de mamá.

—Me da igual.

—¿Qué somos, Caleb?

—¿Tú qué crees? Encima de no ser bruja, eres tonta.

Elody comenzó a enfurecerse y una ola golpeó la casa, sosprendiendo al chico que la miró entrecerrando los ojos.

—Ya veo —dijo masticando una tortita—. Somos tritones. En nuestro caso, mitad brujos. Padre es el rey de la ciudad y, por lo tanto, nosotros los príncipes. Y no creas que has venido para arrebatarme el trono cuando muera.

—Ni lo quiero —dijo ella mirando horrorizada a su hermano. No era como imaginaba. Terminó la tortita y miró alrededor—. ¿Dónde está el baño?

Él se echó a reír y señaló el exterior.

—Búscate un alga y lo haces ahí detrás, así contribuyes a alimentar a los peces.

—Pero…

—No te alejes mucho o quizá te coman, hermanita. Sales por la compuerta y justo en un lado hay una zona rocosa llena de algas, allí es donde solemos ir. Supongo que tampoco tienes cola, ¿no?

—¿Tú sí?

—Por supuesto. Me voy. Quédate aquí y si quieres comer, dile a algún pez que se entregue a ti. Si puedes encender el fogón, podrás cocinarlo. Si no, lo comerás crudo.

—Pero Caleb…

—Basta. Tengo que irme —dijo él.

Salió por la puerta y lo vio empezar a nadar y sí, al contacto con el agua, vio que sus piernas se habían transformado en una cola más larga, de colores plateados y verdosos. Le urgía demasiado ir al baño como para plantearse no salir. Y hacerlo dentro no era una opción, pero ¿y si se ahogaba?

Comprendió que cuando estaba en la playa, era su padre el que la estaba llamando y que se la hubiera llevado, de no ser por la intervención de Gabriel. Siempre aparecía cuando lo necesitaba, pero en ese momento estaban a cientos de metros bajo el mar. Sería imposible que la encontrara.

Abrió la puerta de la sala que estaba llena a mitad de agua. Luego, abrió la otra y empezó a boquear, de nuevo. Tuvo la tentación

de volver a la casa, y, sin embargo, su determinación fue fuerte. Si lograba nadar debajo del agua, tal vez podría marcharse, volver a casa. Sí, había hecho un pacto con su padre, pero ni siquiera sentía que él pudiera cumplir su promesa.

Empezó a relajarse y de nuevo, el agua entró en su organismo. De alguna manera, era capaz de sacar el oxígeno del agua y llevarlo a su cuerpo. Se quitó las deportivas y salió de la casa. Impulsándose, vio las rocas que comentaba Caleb. Se impulsó hacia ellas, de forma torpe y miró alrededor, con cierta vergüenza. Luego, escondida entre las algas, hizo sus necesidades. Poco tardaron unos peces en venir a limpiar todo, algo que fue un poco asqueroso. La ropa se pegaba a su cuerpo y estaba resultando incómoda, pero no sentía el frío del agua, tal vez estaban en una corriente cálida. Fue nadando torpemente hacia el centro de las casas. La de su padre estaba en un promontorio y luego había burbujas construidas por una zona circular alrededor de una plaza. Tenían una zona transparente, la que correspondía a la sala y allí vio algunas personas sentadas, comiendo o estando. Eso le confirmaba que podían quitarse esa cola de pez. Siguió acercándose a la plaza donde vio una enorme estatua de un hombre pez que, al rodearla, descubrió el rostro de su padre con una corona. El rey.

Dos soldados armados con tridentes, cola de pez oscura y el rostro con una máscara se acercaron a ella, indicándole por señas que volviera hacia la casa. Ella negó con la cabeza. Quería explorar. Ellos se acercaron amenazadores y ella se enfadó. Encima de que no podía volver a casa, ¿no iba a poder recorrer la ciudad?

Una corriente de agua se movió cerca de ella y un enorme tiburón blanco de unos cinco metros la rodeó, mostrando los dientes. Los dos guardias nadaron hacia atrás. El tiburón les mostró los dientes, mientras nadaba en círculos alrededor de Elody. Ella lo miró asombrada. No parecía querer atacarla, sino defenderla. Pasó la mano por su suave piel cartilaginosa y el tiburón cerró la boca, como disfrutando del tacto.



Algunos ciudadanos se pararon asombrados y comenzaron a gesticular. Ella supuso que estaban hablando, aunque solo escuchaba algunos murmullos en su cabeza. Los guardias se retiraron y llegó su padre, acompañado por cinco soldados.

«No puedes llamar a tiburones dentro de la ciudad, y menos si es Klah. Es impredecible».

«Yo no lo he llamado. Ha venido», protestó, sorprendida de que pudiera hablar mentalmente.

«Ya veo. Dile que se vaya y dale las gracias, no se te olvide».

Ella se giró hacia el tiburón que nadaba a su lado y tocó su lomo, de nuevo, intentando enviarle su agradecimiento, sin saber cómo, y pidiéndole que se marchase de momento. El tiburón frotó su morro contra la mano y salió nadando de la ciudad.

«Vas a resultar mejor de lo que pensaba, vamos al templo. Adelantaremos tu ceremonia».

Empezó a nadar y ella lo siguió braceando como pudo. Su padre se giró hacia ella y enarcó las cejas, moviendo la cabeza con reprobación por su torpeza. Vio el templo al fondo, construido con piedras talladas en formas ondulantes y orgánicas, y molesta, pensó

que quizá la corriente de agua podría llevarla allí más rápido.

Enseguida, las burbujas la rodearon y la empujaron con demasiada rapidez hacia el edificio. Se golpeó contra la pared de piedra mientras su hermano, que llegaba tras ella, se reía.

«Qué torpe eres», dijo mientras entraba.

Ella no estaba de acuerdo, había sido algo impresionante, solo hacía un día que estaba en el fondo del mar, y respiraba dentro del agua, un tiburón enorme se había hecho su amigo y movía las corrientes.

Su padre le indicó que pasara y, al entrar al lugar vacío de agua, la cola se convirtió en piernas. Llevaba el mismo pantalón que su hermano por lo que pensó que sería algún tejido especial. Necesitaba uno así para dejar que los vaqueros se pegaran a ella.

Dos mujeres vestidas con una túnica la tomaron de la mano y se la llevaron a otra habitación, pero pudo ver que en el centro había una especie de altar, con una apertura de agua y varios ancianos vestidos de la misma forma, murmurando en un rincón.

Las dos mujeres le cortaron lo que llevaba puesto con sus uñas y sin miramientos y se quedó solo con su ropa interior. Le pusieron una túnica y recogieron su cabello mojado en un intrincado trenzado.

—¿Quiénes sois? —preguntó Elody. Ellas se sobresaltaron al escuchar su voz.

«Princesa», se inclinó una de ellas mirándola curiosa. «Soy Idar y ella es mi compañera Iwan y somos tus sirvientas para la ceremonia de hoy».

—Pero… ¿qué ceremonia?

«Tu iniciación. El rey impidió que te iniciaran como bruja para que puedas convertirte en uno de los nuestros», contestó Iwan.

—No quiero, yo…

«Los tratos se cumplen, princesa», dijo de nuevo Idar. «Además, es vuestro destino. Los ancianos así lo profetizaron». Comenzó a recitar «De la unión de tierra y mar nacerá la Elegida. Cuando las olas y la arena se encuentren, ella, la portadora de la llave tejerá el camino entre las realidades desgarradas».

—¿Qué significa eso?

«Estamos en guerra desde hace muchos años y el rey piensa que tú puedes ayudarnos. Debemos salir ya, princesa».

La acompañaron hasta el centro de la sala, donde los ancianos la examinaron con detenimiento. Algunos asintieron, otros negaron con la cabeza. Volvía a no estar a la altura, la historia de su vida. Su padre la tomó de la mano y la llevó al centro. Pudo ver el contenido de la apertura. Un fuerte remolino que no tenía fin daba vueltas de forma hipnótica. Su hermano se situó cerca, con los brazos cruzados y una sonrisa de suficiencia. Todos parecían saber lo que iba a pasar.

—¿Qué…?

—Silencio, niña —dijo su padre.

Los ancianos comenzaron a emitir un sonido que parecía modularse en entonaciones, bajos y altos, y que la hizo sentirse relajada, como si fuera una nana. Miró hacia el agujero. El remolino la llamaba, era como un imán. Se encontraba muy cerca y se balanceó, casi perdió el equilibrio, pero no cayó.

—No te resistas —dijo su padre y la empujó al centro.

Cayó, aterrorizada y fue tragada por la oscuridad. Boqueó, hasta recordar que podía respirar debajo del agua. Parpadeó varias veces, hasta que la vista comenzó a acostumbrarse a la poca luz. Estaba allí, flotando. Su túnica se extendía a su alrededor y pequeñas motas brillantes la rodeaban. El espacio era inmenso y no veía nada más allá de unos metros, demasiado oscuro. Casi negro. ¿Qué debía hacer? ¿Subir?

Se impulsó hacia arriba, el remolino ya no estaba y solo veía la apertura con la suave luz, donde solo las dos muchachas que la habían atendido estaban asomadas. Estaba a varios metros de la apertura, cuando sintió que un movimiento abajo. Hubo una corriente de agua y la arena se desplazó. Aterrorizada, comenzó a nadar, pero entonces, algo la agarró del tobillo.

Un tentáculo con ventosas la tenía sujeta y la arrastraba hacia el fondo. Recordó las palabras de su padre y dejó de resistirse. Desde que estaba allá abajo había aceptado la muerte. Otro tentáculo rodeó su cintura y la llevó, deprisa, hacia la oscuridad. Se dejó hacer. No veía al animal que la estaba arrastrando al fondo, pero sin duda era grande. De alguna forma, no tenía miedo, y no sabía por qué. Una enorme mole que parecía una montaña apareció delante de ella y se abrió un ojo que era tan largo como ella. El tentáculo la dejó sobre la arena y el ojo la miró. Sintió que lo que fuera, traspasaba su alma.



«Eres un espécimen especial, Elody, señora de las tormentas. Creo que será divertido abrirte a tu don, por mucho que te hayan anulado y protegido».

«¿Cómo es eso? ¿Quién me ha anulado?».

«Algunos seres que discrepan de nuestro poder, y te tienen miedo. Desean que no seamos capaces de dominar nuestro medio, al igual que otros podían en la antigüedad. Pero el rey lleva intentando fecundar a la hembra adecuada y finalmente, ha sido una bruja, ¡quién lo iba a decir!».

«¿Soy un experimento?»

«Eres la solución».

El ser tocó la frente de Elody con uno de sus tentáculos, el que era más oscuro y fino de todos y ella vio una luz inmensa que la dejó casi inconsciente. Los tentáculos la llevaron de vuelta al agujero, donde las dos muchachas la sacaron del agua. Después, todo se volvió negro.

Capítulo 11. Gabriel



—¡Se la ha llevado! —gritó Catalina intentando levantarse. Una enfermera llegó corriendo y la recostó sobre la cama. Llamó a la doctora que vino, asustada.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mirando a Gabriel. Él salió, descorazonado, de la habitación, mientras atendían a la mujer.

Salió a la calle, donde brillaba un sol demasiado cálido. Él prefería las tormentas de Elody. ¿Cómo había fallado tan estrepitosamente? Sin duda había sido el rey tritón, aunque no lo sintió, ni siquiera sabía cómo era su aspecto. Se dirigió a un callejón apartado y abrió un portal con su mano, pasó dentro, y el pasadizo de mármol blanco todavía lo pareció todavía más frío. Caminó hacia la sala del consejo con la cabeza baja. Se había estropeado todo y la razón era que se había distraído con ella.

En la mesa estaban sentados sus cuatro compañeros y en la cabecera, Marien, la celestial de mayor rango. Lo miraron, entre decepcionados y apenados. Él se dejó caer en su silla y Miguel, su compañero de armas, puso la mano sobre su brazo, para consolarle.

—Lo siento, Marien —comenzó, pero ella le hizo callar con la mano.

—Te encomendé solo una misión, Gabriel. Llevas vigilando a la familia Castel más de sesenta años sin problemas desde las sombras. ¿Qué ha pasado?

—El rey la encontró. Ella no era consciente de sus poderes y se desbocaron, sin que pudiera hacer nada.

—¿Te has interesado por ella? —dijo la preciosa Joffiel. Al ver su rostro, movió la cabeza con pesar—. Te has implicado emocionalmente. Eso no es bueno.

—¿Crees que no lo sé? —dijo él mesándose el cabello nervioso.

—Vamos a los hechos —cortó Marien—. Dices que se la ha llevado Theopolus debajo del mar y no sabemos dónde tiene la base. ¿Crees que la podrías rastrear?

—Imagino que no. Habrá kilómetros de agua entre ella y la superficie.

—¿Y no se habrá ahogado? —preguntó Rafael, confundido.

—Es una muchacha híbrida —contestó cortante Joffiel—, o respira debajo del agua o se la habrán comido los peces.

—¡Joff! —amonestó Miguel. Ella se encogió de hombros.

—Entonces, solo nos queda esperar a que él la suelte… si es que lo hace. Y rezar para que no sea la llave del portal que creen que abre a otros mundos, porque en ese caso, que el Supremo rece por nosotros.

—Theopolus secuestró a varias sirenas, no sé el número —dijo Miguel—. La reina sirena Kallah ha solicitado nuestra ayuda.

—Sabes que somos neutrales —contestó Marien—, y todos ellos deberían conocer que nuestra misión es que no haya desequilibrios entre todas las razas, sin intervenir —dijo mirando significativamente a Gabriel—, y desde luego, el Supremo no desearía que apoyásemos a un bando sobre otro…

—¿Hace cuánto no hablas con el Supremo? —preguntó Gabriel enfadado—. Nos dejó aquí, en la Tierra y no sabemos nada desde hace tanto que ni lo recuerdo. Estamos solos, y debemos actuar según nuestra conciencia.

—¡Gabriel!, no deberías blasfemar —se escandalizó Marien—, estamos aquí porque Él no puede estar en todas partes…

—Tonterías. Dudo hasta de que exista. Somos una raza más, como todos los demás. Sí, vivimos cientos de años, podemos abrir portales, tenemos este lugar de mármol blanco… y otras pequeñas cosas. No somos especiales, debíais daros cuenta. He visto razas más poderosas que nosotros, las brujas, sin ir más lejos.

Gabriel se levantó y tiró la silla. Caminó hasta apoyarse en la pared, respirando agitadamente. Miguel se acercó a él, pero lo rechazó. Volvió a la mesa y se enfrentó con Marien.

—No hay nadie más allá de nosotros, nos creemos los herederos de los ángeles, nos llamamos *celestiales*, y no somos sino otra raza más, no tan distintos de los *eónidas* o los *lumisombras*, que tampoco descienden de demonios. Estamos nosotros solos en la Tierra y debemos… debo salvarla.

—Gabriel, estás trastornado —dijo Joffiel, acercándose a él.

—Si no me ayudáis, me dará igual, la encontraré y la sacaré de allí.

Miguel lo paró, con cariño.

—Acuérdate de la profecía. Nos llegó en forma de mensaje. Un día apareció un pergamino en esta misma mesa y hablaba de la

muchacha. Yo mismo se lo entregué a la bruja. Es posible que tus actuales intereses te impidan ver con claridad. Pero ella es peligrosa, si abre la puerta que nos separa del otro lado, podrían entrar seres contra los que no podríamos hacer nada.

—Sigo pensando que es una patraña inventada para hacernos temer ese supuesto otro lado. No digo que ella no sea poderosa, lo he visto con mis propios ojos, pero no tiene nada que ver con esa dichosa profecía que a saber de dónde salió.

—Está bien, vete y búscala —dijo Marien levantando la mano y dando por zanjada la discusión—. Infórmanos cuando puedas.

Gabriel asintió y rodeó a Miguel, caminando de nuevo hacia el pasillo. Abrió el portal y se acercó a la playa. A los celestiales no se les daba bien nadar, pero tal vez las sirenas podrían ayudarle.

Tal vez podría tomar alguna prenda de Elody para rastrear su paradero. Pero entonces, alguien le envió una fuerte corriente de aire, que lo tiró al suelo, sin poder reaccionar, dejándolo inconsciente.

Capítulo 12. Bajo el mar



Cuando Elody despertó, estaba en el templo, recostada sobre una alfombra de algas que no hacía que fuera más cómodo. Su túnica estaba casi seca, por lo que supuso que habían pasado horas. Las dos muchachas se miraban y gesticulaban, sin duda estaban hablando. Estaban las tres solas.

Intentó incorporarse, le dolía mucho la cabeza y las dos chicas, al verla, corrieron a atenderla.

«¿Cómo estás?», preguntó Idar.

—Creo que bien. ¿Dónde están todos?

«Se aburrieron de verte dormir», dijo Iwan con una sonrisa. «Para ser una princesa mestiza no has estado mal. El kraken te aceptó. El rey estaba muy contento de que por fin una de sus hijas…», Idar le dio un empujón y se quedó callada.

Elody se levantó y se puso delante de ellas.

—Y ahora me vais a contar todo, porque sabéis de qué soy capaz.

No le gustó amenazarlas, pero necesitaba saber.

«¿Sabes, Elody? Yo también soy una princesa», dijo Idar. «El rey me raptó cuando solo tenía diez años, a cambio de que mi madre, la reina Kallah, no le atacase. Soy una sirena», dijo orgullosa.

—¿No es lo mismo tritón que sirena?

Ellas la miraron ofendidas. Iwan, tomó a su amiga de la mano, para calmarla.

«Yo soy hija de una de las generales de la reina, y como tenía la misma edad, también fui raptada, para hacerle compañía y servirla, aunque ahora solo somos amigas, ambas tenemos que realizar las tareas de sacerdotisas. Verás que en la ciudad casi todos los habitantes son hombres, porque los tritones son varones casi siempre y las sirenas somos hembras por lo general. Tú eres de las pocas excepciones, al nacer mujer. De vez en cuando, tenemos relaciones. Durante un

tiempo unos y otros intercambiamos nuestras posiciones. O esto sucedía en el pasado. Los tritones se volvieron violentos, deseaban que las sirenas vivieran siempre con ellos, formar una familia, tener a sus hijos. En parte, era comprensible y no todos son así. Pero algunos se comportaron muy mal, secuestros, violaciones… y la reina Kallah dijo que era suficiente. Que no se volverían a realizar intercambios. Esto fue hace cientos de años y…».

—¿Cientos de años? Pero si no parecéis tener más de veinte.

«Sí, el tiempo pasa distinto aquí. Muchos de nosotros nos quedamos en aquella edad en la que nos sentimos cómodos, pero no todos lo pueden hacer, por lo que la población de los tritones comenzó a envejecer. Así que el rey decidió raptarnos para que las relaciones siguieran. A mi madre no le quedó otra que permitirlo, por mi vida. Pero uno de los ancianos soñó, supongo que contigo, no lo sé. Dijo que vendría una muchacha hija de la tierra y del agua que abriría un portal a un lugar paradisíaco, donde no habría contaminación y podríamos vivir en paz. Por eso, incrementaron los raptos de sirenas, para llevarlas allí y que no se pudieran marchar».

—Eso es horrible y ¿tu madre lo permite?

«Tuvieron muchas bajas en la última batalla. Además, los tritones dominan a los animales más peligrosos, ya te vimos con Khal. Es la reina de los tiburones y parece que sea tu ¿cómo le llaman las brujas? Ah, sí, tu familiar. Por eso y por nuestro rapto, estamos en desventaja».

—Comprendo. ¿Y qué podemos hacer?

«Nada, si no ayudan a las sirenas, imposible. Raptaron a muchas de las más fuertes y están encerradas, algunas han sido drogadas, tienen a sus bebés y ellas no harán nada para no ponerlos en peligro».

Elody las miró con tristeza. Se agachó y tomó la mano de Idar.

—Quiero ayudar. ¿Cómo?

Idar negó con la cabeza. «Estás tan atrapada como nosotras. Nadie puede salir de la cúpula si no es con el rey. Hay una magia ancestral que nos rodea, así que olvídate. Y ahora, deberías volver a tu casa, alimentarte y esperar a ver qué pasa. Si resultas ser la chica de la profecía, abrirán esa puerta y nos iremos, para no volver nunca».

—Yo no quiero irme, me prometió que volvería a casa.

Ellas la miraron con tristeza, se levantaron y se dirigieron hacia la puerta.

«Siento lo que has perdido, tendrás que acostumbrarte, supongo, como lo hemos hecho las demás. Yo estoy prometida con un tritón que me respeta y me ama y la princesa esperará a que tu hermano crezca y luego el rey la desposará con él. Nuestro destino está sellado».

Salieron por la puerta y se sumergieron en el agua. Bajo su túnica apareció una cola de sirena blanquecina y plata, algo más ancha y

brillante que la de los tritones que sacaba destellosc on la suave luz filtrada de las bolas de luz que había por todas partes. Estuvo mirando un rato por la lámina transparente que separaba el templo del océano, observando las casas, preguntándose dónde estarían las muchachas raptadas. Claro que, si las dos chicas no podían hacer nada y las sirenas tampoco, ¿qué podría hacer ella?

Eres la señora de las tormentas, se dijo, tal y como le había dicho el kraken. Algo podría conseguir.

Salió al mar, nadando torpemente. Parece que ella no iba a tener cola, algo que, en el fondo, le alegró porque no sabría usarla. Se fijó que sí, había muchos más hombres que mujeres y que estas parecían más serias y tristes aunque atendían con ternura a sus hijos. Más allá de la ciudad había un campo de cultivo de algas, algunos tritones estaban recogiéndolas y poniéndolas en una red. Sintió que debía probar esa barrera si de verdad existía o podía salir a la superficie. Invocó la magia del agua y una suave corriente la llevó hacia arriba, sin que nadie la parase. Asomó la cabeza fuera y respiró el aire fresco. A su alrededor solo había más agua por todas partes. No se veía tierra, ni barcos, nada. Nadó hacia un lado, durante mucho tiempo, dejándose ayudar por las corrientes y entonces la encontró. La barrera de la que hablaban era como un sólido cristal irrompible. La golpeó sin éxito. Un chapoteo a su lado la sobresaltó.

—¿Explorando, hermanita? —dijo Caleb echándose boca arriba en la superficie—. Me gusta sentir el sol de vez en cuando, por eso padre subió la protección hasta algo más arriba.

—¿Tú también estás prisionero?

—No lo estoy. Puedo salir. De hecho, te vi en la playa, con esos amigos tuyos.

—Entonces sí que puedes salir. ¿Puedes abrirla? ¿Cualquiera podría?

—Solo los miembros de la familia —dijo confuso—, bueno, menos tú. Seguro que no podrás.

—Quiero marcharme, Caleb. Necesito saber cómo está nuestra madre, le quedaban unos meses de vida.

—¿No decías que Padre la había curado?

—La verdad, no me fío. Me ha mentido varias veces. Nunca me dijo que me iniciaría en lo que fuera que soy ahora.

—Todos los tritones pasamos por el kraken y a veces algunas sirenas, aunque no todas sobreviven. Hubiera apostado que tú no lo harías.

—¿Por qué eres tan antipático conmigo? Yo nunca quise estar aquí.

—Padre me trajo a los meses —dijo mirando al horizonte—, me ahogaba en la Tierra, me dijo. Me dejó al cuidado de una sirena que

tenía en casa. Ella me cuidaba con mucho cariño, pero cuando tenía tres años, acabó con ella delante de mí —Elody se escandalizó—, porque me estaba volviendo blando.

—Eras un niño…

—Un rey debe tomar decisiones duras y por eso mismo no puede parecer débil con nadie, por eso debes comprender a padre. Ha hecho lo que tenía que hacer por su pueblo.

—¿Como intentar fecundar a diferentes mujeres para encontrar a la de la profecía? ¿O enfermar a mamá? ¿O raptarme? No, Caleb, hay una diferencia entre hacer lo posible por salvar a tu pueblo y la psicopatía.

—Sigues sin entenderlo. Estamos en guerra, una guerra contra la supervivencia. Las sirenas no colaboran y allá, en ese otro lugar, hay tritones hembras. Dicen las profecías que nos separaron por un hechizo y que solo alguien diferente podría volver a unirnos. ¿Eso crees que está mal?

—No sé, Caleb. A veces el fin no justifica los medios. ¿Qué hay de esas sirenas raptadas?

—Se acostumbrarán. Los tritones no somos bestias salvajes —protestó él. Ella lo miró apenada. Desde luego, estaba bien aleccionado. Miró hacia el cielo azul limpio de nubes y pensó en Gabriel. ¿La estaría buscando?

—¿Cuándo se debe abrir esa puerta?

—En unos días, cuando la luna esté alineada con el sol.

—¿En un eclipse?

—Sí, verás como no es tan malo. Vamos, comamos algo, te enseñaré a cocinar.

El chico parecía más relajado y nadó hacia abajo con rapidez. Ella utilizó las corrientes para alcanzarle y él, al verla, sonrió. Era la sonrisa de su madre. Aumentó la velocidad entre risas y pasaron por el centro de la ciudad como dos rayos, hasta llegar a casa. Reían cuando atravesaron la puerta, pero el rostro de Elody se congeló al ver a su padre en la sala.

—Me alegro de que te estés adaptando. Veo que no te ha salido cola —dijo frunciendo el ceño.

—Se arregla con las corrientes de agua, padre.

El rey se volvió y el chico se quedó callado y fue hacia la cocina, donde varios peces estaban en la repisa, apenas aleteando. Encendió el fuego y empezó a limpiarlos con un cuchillo. Elody se volvió enfadada hacia su padre.

—No me ha salido cola ni falta que hace. Me iré en cuanto pueda. Lo prometiste.

—Este es tu lugar, es aquí donde tienes poder y no rodeada de mentes débiles. Ni siquiera la diosa te aceptó.

—Porque tú lo impediste —contestó furiosa y una corriente de agua golpeó el cristal. El rey sonrió.

—Tienes que reconocer que nunca serás tan poderosa como aquí, bajo el mar.

—¿Y si no quiero ser poderosa? ¿Y si quiero una vida normal?

—Mala suerte. Comed y luego id al campo de entrenamiento, que no sea una completa inútil.

Se fue, dejándolos. Mientras, Caleb había preparado el pescado y puesto unas algas en un bol. Se veía algo decaído. Ella puso la mano sobre su brazo y él se sobresaltó.

—Perdona, no quería molestarte.

—Nada, supongo que no estoy acostumbrado —dijo poniendo el bol y los platos en la mesa.

—¿Acostumbrado a qué? ¿A que alguien te hable con amabilidad o que te abrace?

Sin pensarlo se acercó al muchacho, casi tan alto como ella y le abrazó. Él se quedó rígido, incómodo, pero luego apoyó la cabeza en el hombro. Durante unos segundos estuvieron abrazados, y después él se apartó bruscamente.

—Come. Deberás aprender a cocinar, no soy tu sirviente.

—Caleb…

El chico se puso a comer con la cabeza baja y sin mirarla. Probó el pescado, estaba bueno, aunque no tenía ningún aderezo. Las algas que lo acompañaban tenían sabor a espinacas, le gustaron. Había conectado con su hermano y no quería perder esa conexión.

—¿Soléis comer pescado y algas? ¿Ningún dulce?

Él levantó la cabeza, medio sonriendo.

—Hay un anciano que prepara algo que le llama pastura. Es en parte lo que desayunamos, harina de algas, y algo más, es una receta secreta que no quiere decir a nadie, pero tiene un cierto sabor dulce. Supongo que cuando muera, su ayudante seguirá preparándola.

—¿Y cómo hacéis para que no se os moje, si es harina?

El chico se echó a reír y se echó atrás en la silla.

—Es fácil, por los túneles de vacío. Si abriera la cristalera, tú pensarías que todo se inundaría, ¿no es así?

—Por lógica, sí.

—Pues no. Los tritones podemos crear un vacío, es una de nuestras cualidades. Dominamos el agua, como tú misma has comprobado y podemos quedar un espacio de aire, de forma fácil, solo con desearlo. Es instantáneo. Es nuestro medio natural.

—Por eso, cuando me disgustaba, llovía a mares —dijo pensativa.

—Exacto. Nuestro poder sobre el agua es mayor que el de las sirenas y, como te decía, podemos crear un vacío, un túnel de casa a casa si queremos o hasta la superficie. Así me trajo padre mis libros

sin que se mojaran. Puede ser ancho o estrecho, depende de lo que necesitemos. Por eso, el anciano nos envía la harina una vez a la semana y llega seca completamente.

—Podría haber usado uno de esos túneles para traerme aquí, sin que me medio ahogara.

—Pero no lo hiciste y era necesario para que empezaras a respirar. No siempre funciona, pero si tienes lo suficiente como para hacerlo, ¿no te parece impresionante?

—¿Qué quieres decir que no siempre funciona?

—Bueno, escuché… que padre trajo a más chicas, nuestras hermanas, pero ninguna sobrevivió. Sin embargo, cuando te vi, en el fondo, esperaba que sí lo hicieras —confesó.

—Tu parte de bruja tuvo esa intuición, como tu parte de bruja enciende fuego, igual que mamá.

—Ya. A padre no le gusta mucho, pero es práctico, así no tengo que usar la yesca.

Se quedó mirando el plato vacío durante unos minutos y luego levantó la vista, con los ojos rojos.

—¿Cómo es mamá? ¿Y la abuela?

—Uf, vaya pregunta —dijo y el chico se retrajo—, o sea, no me molesta, es que la abuela es tremenda. Desde que llegué a Bella Costa no ha sido muy amable, quería a toda costa que fuera bruja con poderes, y no he hecho más que decepcionarla.

—No parece agradable.

—Creo que ha sufrido mucho y lo lleva dentro de ella. Cuando nos enteramos de que mamá iba a morir, se abrió un poco y sentí su dolor y también su fragilidad —suspiró y luego sonrió—, tiene un poder alucinante. Resulta que puede embrujar a las pequeñas máquinas y así hizo con la cafetera. La gente viene a tomar café al Nocturna y nos pide una solución para sus problemas. La misma máquina realiza la mezcla adecuada y sirve lo que sea y de verdad que funciona.

—Qué curioso. Cuéntame más.

Elody comenzó a hablarle de Ted, de Jack, de Cornelia y de todos los demás porque no sabía si estaba preparada para hablarle de su madre sin llorar. Al final, le había hecho un resumen de la vida en Bella Costa e incluso de su vida en la ciudad.

—¿Así que eres artista?

—Creo que tenemos alguna antepasada que pintaba. ¿A ti te gusta algo así?

—No, pero sí construir pequeños aparatos. La segadora del campo de algas la hice yo. Y aquí apenas necesitamos utensilios, pero conseguimos cosas interesantes de maderas de deriva, restos de naufragios y sí, mucho oro, que no usamos para nada.

—La gente mataría por ese oro.

—Lo sé. Han intentado venir submarinistas y barcos por la zona, pero el kraken se encarga de… de ellos. Es nuestro protector. —La miró y puso una mano sobre la suya—. Has evitado hablarme de mamá.

—Lo sé, lo siento. Es muy doloroso. Ella ha sido mi mundo y yo el suyo. Aunque vivíamos con tía Emma, llegó un momento en que todo cambió. Ahora que lo pienso fue a partir de su enfermedad. Nuestras primas, Mary y Dreide son de nuestra edad y también se alejaron de mí. Como si estuviera apestada.

—¿Por qué?

—No lo sé. La tía murió y nos fuimos, eso ya te lo he contado. Ahora dudo de si en realidad nos pidieron que nos fuésemos o quizá mamá lo decidió para que me quedase con la abuela cuando ella…

—Comprendo —dijo Caleb apretando su mano.

—Sabes, a ella le encantaba cantar, aunque nunca llegué a escucharla?

—Eso se me da muy bien a mí —dijo él sonriendo—. Tanto las sirenas como nosotros tenemos el don del canto, una forma de atraer e hipnotizar a nuestros enemigos. Padre me trajo un libro, la Odisea de Homero en el que unos marineros sufrían el encanto de las sirenas. Odiseo, el capitán del barco, se ató al mástil para escucharlas mientras que sus marineros se ponían cera en las orejas para no oírlas. Fue muy curioso, creo que he leído ese libro diez veces.

Caleb miró el mar, que parecía más oscuro.

—Voy a la zona de algas y luego a dormir, y tú también deberías. Mañana te daré una paliza en el entrenamiento.

Lo dijo sonriendo mientras salía. Era extraño, pensó mientras recogía los platos, extraño y conmovedor, porque no dejaba de ser un chico falto de cariño, de una familia. Casi como ella.

Capítulo 13. Atrapado



Escupió la arena que había tragado. Le habían pillado por sorpresa, pero no volvería a pasar. Se levantó de un salto y se giró para atacar, pero luego paró, extrañado.

—¿Cornelia? ¿Qué hacéis? —preguntó mientras la bruja extendía los brazos para atacar de nuevo. Él saltó a cinco metros sobre el suelo. No solía poder volar, solo flotar en ocasiones, así que cayó por detrás, para agarrarla. Mimí tocó su brazo e intentó infundirle miedo, terror, para que soltara a su amiga. Ella no sabía que él era inmune.

Se apartó, sin dejar a Cornelia que pataleaba agarrada por sus fuertes brazos, intentando que razonase.

—¿Por qué me atacáis? ¿Qué os he hecho?

—¿Dónde está Elody? —gritó Maddy preparándose para atacar con una pistola Taser que a saber de dónde la había sacado.

—Yo también la busco, joder. Se la han llevado.

—Suéltala —dijo Mimí. Soltó a la joven bruja, que corrió con sus amigas.

—La madre de Elody farfullaba que un hombre se la había llevado y Marga te vio salir. Uno más uno son dos.

—Se la ha llevado su padre, al fondo del mar.

Las chicas ahogaron una exclamación y Cornelia se echó a llorar. Mimí la abrazó, calmándola de forma natural.

—Eres un bruto —protestó la mayor.

—No, si creo que está viva. Ella es… mestiza. Su padre es un tritón y posiblemente pueda respirar debajo del agua.

—Pero no sabe nadar —gritó Cornelia nerviosa—, ¿cómo va a respirar allá dentro?

—Por instinto de supervivencia, supongo. Me acerqué al mar por si, no sé encontraba algo. Supongo que no estará cerca.

Miró con rabia hacia el mar y las chicas se fueron acercando.

—Había escuchado sobre tritones y sirenas —empezó Maddy—, y una vez vi una fotografía de la que decían era una sirena muerta. Este mundo está lleno de criaturas. Aunque vivas no he visto a ninguna. ¿Tienen cola?

—Sirenas y tritones cambian al estar fuera del agua, no tienen cola de pez. Todas las razas, incluso las brujas, tenemos magia en nuestro interior que funciona de diferentes formas.

—¿Y tú qué eres? —preguntó Mimí. Él negó con la cabeza.

—Soy neutral. Es lo único que necesitáis saber. He pensado que podría tomar una prenda de Elody para que una sirena tal vez pudiera sentirla y llevarnos a ella. Ambas razas están en guerra, pero tal vez accedan a ayudarnos.

—Vamos entonces. Han dado de alta a Catalina y quiero verla —dijo Cornelia poniéndose en marcha.

Subieron hasta el coche rosa y se montó en el asiento de atrás, algo apretado y vigilado por Cornelia. Llegaron al café y entraron los cuatro. Ted los miró con los ojos enrojecidos. Las noticias volaban.

Una corriente de aire llegó a ellos. Nené se paró delante de Cornelia y farfulló algo.

—Supongo que preguntas por Elody, pero no sabemos mucho, solo que un tritón se la ha llevado.

La muchacha volvió a farfullar y salió por la puerta tan deprisa que nadie la vio.

Ted se encogió de hombros y señaló la puerta hacia Casa.

—Han traído a la madre de Elody. Se ha puesto muy nerviosa y tu madre tuvo que calmarla —dijo mirando a Maddy. Deberíais subir.

Los cuatro se dirigieron hacia la puerta, que se abrió, y las escaleras se iluminaron. En el salón estaba Catalina con el rostro sonrosado y respirando agitadamente. Tenía los ojos cerrados y la madre de Mimí, también empática, la sostenía del brazo, calmándola. Herminia se volvió hacia Gabriel.

—Supongo que nos explicarás qué está pasando. Pero de verdad. No creo que alguien como tú esté aquí por casualidad.

—¿Cómo él? —preguntó Cornelia mirándolo. Gabriel parecía avergonzado.

—Le he preguntado a Casa, que es nuestra memoria viva y me ha enseñado imágenes tuyas, con un aspecto algo distinto, a lo largo de sesenta años. Me conociste incluso cuando era un bebé. Supongo que eso, unido a tu aspecto, me dice que eres un *celestial*. ¿Me equivoco?

Todas lo miraron asombradas, incluso una de las mujeres se inclinó hacia él. Gabriel bajó la cabeza y asintió.

—Lo soy y tenía como misión guardaros a las Castel, algo en lo que he fallado estrepitosamente.

—Nos debes una explicación y también quiero saber dónde está

mi nieta. Rebeca, deja que mi hija despierte y escuche la explicación.

—¿Cómo está? —preguntó Gabriel.

—Está curada, del todo, no tiene cáncer. Ese bicho se lo puso y se lo quitó, el malnacido. Marga está asombrada, incluso conociendo nuestro mundo. Desembucha.

Catalina comenzó a despertarse y la ayudaron a sentarse, aunque ella quería ir a buscar a su hija.

—Espera, hija, el chico tiene algo que contarnos.

—Había una profecía —comenzó Gabriel—, que recibimos sin saber de quién. Hace años que sabíamos que una mujer de vuestra familia iba a ser especial. Avisamos a tu madre, pero comprobamos que no eras tú, y tampoco Catalina. Una de mis compañeras pudo vislumbrar una vez a una muchacha de cabellos rojizos, por eso te entregó la advertencia, por si nacía alguna con esas características. Pero no estábamos seguros.

—La escondí de su padre y supongo que de cualquiera. Estaba oculta a la vista —dijo su madre tapándose la cara con las manos—. ¡Podríais haberla protegido!

—No debemos intervenir, sino observar, pero… cuando conocí a Elody, cambió todo. Sabíamos que el rey tritón buscaba a una muchacha especial, capaz de mover las aguas y conforme pasaban los días, vi que ella, cuando se sentía desolada, o enfadada, provocaba una tormenta con abundante lluvia.

—¡Fue ella! ¡Qué pasada! —exclamó Cornelia. La abuela la miró para que se callara.

—¿Qué quiere de mi hija?

—En sus leyendas se dice que hay un paraíso al abrir un portal, un lugar donde solo viven tritones y sirenas en libertad, limpio, perfecto. Eso creen y debe querer ir allí y para ello necesita a alguien que sea capaz de separar las aguas. Supongo que él lo ha intentado y no ha podido. Nosotros tememos que sea un portal a otro mundo paralelo. Hay varias teorías.

—¿Ella está debajo del agua?

—Sí, al ser mestiza, imagino que puede respirar.

—¿Y qué vais a hacer vosotros, celestiales? —preguntó la abuela.

—Se supone que somos neutrales… pero le dije a mi superiora que la encontraría, sin importarme las consecuencias. Venía por una prenda y así quizá las sirenas puedan ayudarnos a encontrarla.

—No será tan fácil sacarla de las manos de Theo —murmuró Catalina—. A mí me costó mucha magia ocultarla de él. Fui tan tonta… Lo siento, mamá.

La abuela se acercó a ella y se sentó y se fundieron en un sentido abrazo. Luego, le dio un beso en la mejilla y limpió sus lágrimas.

—Tontas o no, somos brujas, poderosas y tenemos aliados. Es

hora de llamarlos. Entre todos nos ayudarán. Tú, muchacho, coge una camiseta y dásela a las sirenas, a ver si son capaces de encontrarla. Mientras, yo llamaré a todos.

Casa hizo un ruido y del techo cayó una camiseta blanca de Elody en las manos de Gabriel. Él la tomó y la olió sin poder evitarlo.

—Ella te gusta —dijo Catalina. Él bajó la cabeza, confundido.

—Los celestiales no tienen parejas y menos humanas. Me voy. Os informaré de todo.

Salió por la puerta deprisa y se dirigió hacia el mar. Tocó el agua y buscó la onda por la que podría captar a alguna sirena. Al cabo del rato, una mujer joven, de cabellos verdosos y ojos claros salió del agua, con una espada en la mano.

—¿Por qué me has llamado, *celestial*?

—Reina Kallah, no esperaba que vos contestaseis a mi llamada. Gracias —dijo inclinándose con respeto. Le resumió lo que había pasado y lo que pretendía Theopolus.

—Esas historias solo son cuentos para niños. No existe tal paraíso, si no, hace tiempo que nos hubiéramos marchado de este mundo contaminado.

—¿Nos ayudarás a encontrar a Elody?

—¿Nos habéis ayudado vosotros con la guerra? Muchas buenas sirenas han perecido o han sido raptadas.

—Sabes que somos neutrales y solo quedamos cinco. ¿Qué podríamos hacer? Ya no somos los que éramos. Ni siquiera tenemos alas. Te lo suplico, necesito encontrarla.

—¿Por qué? ¿Por qué debería ayudarte?

—No tengo ninguna buena razón, ni siquiera algo que ofrecerte, excepto mi vida. Si la quieres a cambio de encontrarla, es tuya.

—Tonterías. ¿Crees que soy una asesina? ¿Es esa su ropa?

—Sí, creo que vuestros delfines son muy habilidosos, había pensado…

—Dámela, pero no te prometo nada. Si está en lo más profundo, con Theo, poco podremos hacer. Él tiene una barrera creada por el kraken que ni siquiera nuestra querida ballena azul es capaz de derribar. Lo único que podré es decirte dónde está con exactitud. Tienen varias ciudades en el fondo marino. Vuelve mañana al anochecer, enviaré a alguien.

—Gracias, reina Kallah.

—No lo hago por ti. En realidad, puede que me gustase ir a ese lugar, pero creo que no es una puerta al paraíso sino al infierno. Nuestras leyendas así lo dicen.

Con un ágil salto, se metió dentro del agua llevándose la camiseta y Gabriel se sentó en la arena. Si lograban localizarla, ¿cómo iba a sacarla de allí? Él podía aguantar la respiración incluso media hora,


pero cada vez le iban quedando menos opciones.

Capítulo 14. El sótano



Cornelia, Mimí, Maddy y la abuela se dirigieron hacia una puerta que las jóvenes nunca habían visto. Estaba al fondo del pasillo, entre la puerta de la cocina y la de los baños. La madre de Mimí se había ido a buscar al aquelarre, pero Herminia parecía muy convencida de ir al sótano a buscar ayuda.

Cornelia pensó que tal vez allá abajo hubiera algún tipo de arma, quizá un viejo grimorio que por su poder estaba cerrado. Claro que, cuando Casa abrió la puerta, ni en sus más locos pensamientos, hubiera imaginado lo que vio.

De momento, unas enormes escaleras de piedra que se extendían demasiado como para caber dentro de la misma parcela. Poco a poco, se fueron acostumbrando a la poca luz y llegaron a un distribuidor, una cueva de donde salían tres pasillos.



La abuela tomó un candil y les pasó otros tres a ellas.

—Mirad, chicas, entramos en un lugar… muy particular. Procurad no mostrar miedo y no os separéis.

—Pero ¿qué es esto? —dijo Cornelia sintiendo los susurros que procedían de diferentes pasillos.

—El café se construyó sobre la entrada a otro mundo, por eso Casa está viva, porque forma parte de la magia que existe aquí dentro. El mundo protege a Casa y ella al mundo. Aquí viven los seres mágicos que no han podido o no han querido pasar por humanos. Es una enorme red de ciudades, todas bajo tierra, que se extienden por toda Europa, incluso saltan a otros continentes, donde hay otras puertas en diferentes edificios. Ni os imaginaríais dónde.

—¿Cómo un país dentro de otro?

—En realidad, ellos existían antes de que los humanos evolucionásemos y por eso, algunos se integraron con nosotros. Crearon híbridos, brujas, *eónidas, vitalis, telumkines, celéritas, reflectores*…. Y un sinfín de razas que llegaron al punto de encuentro que era la Tierra.

—O sea que son algo así como extraterrestres —afirmó Maddy.

—Hay de todo —dijo ella misteriosa—, recordad, respeto y poco miedo. Ellos me conocen, pero a vosotras no.

Caminaron por el pasillo de la derecha que poco a poco iba bajando hasta una enorme plaza iluminada como si estuviera bajo la luz del sol. Las tres se quedaron asombradas. Miraron hacia la parte superior y parecía el cielo, pero no podía ser… Un bullicio de voces se escuchaba por toda la cueva, parloteando en idiomas que no comprendían. Vieron a varios pequeños seres volando de una cueva a otra sin pararse. Los escalones bajaban a la zona redonda inferior donde se asombraron al ver puestos de mercadillo. En las paredes, había niveles con numerosas oquedades por donde entraban y salían de todo tipo de seres que ellas contemplaron anonadadas. Cuando empezaron a bajar las escaleras, sintieron el olor picante y agradable que salía de algunas hogueras donde estaban cocinando. Los habitantes se comportaban con normalidad, realizando tareas que parecían humanas, aunque su aspecto era totalmente distinto.

Cuando Cornelia tropezó y exclamó en voz alta, todos se callaron y se volvieron hacia ellas. Las chicas se abrazaron y la abuela levantó los brazos, saludando. Por un momento, sus rostros fieros las amedrentaron, pero tal y como dejaron de hablar, retomaron su vida, sin hacerles ni caso.

Una anciana de un metro de altura y apoyada en un bastón se acercó a ellas. Su rostro se parecía más a un conjunto de rasgos puestos de forma irregular en la cara, con arrugas profundas y una larga nariz picuda. Sonrió a Herminia y miró con detalle a las niñas. La sonrisa era todavía más terrorífica que su rostro serio.

—Has venido con niñas. ¿Ocurre algo, pequeña?

Cornelia miró a Mimí extrañada de que tratasen a la señora Castel de pequeña, pero no dijeron nada.

—Se han llevado a mi nieta Elody, ha sido el rey Theopolus y pretende abrir un portal o algo así.

—Ah, esas locas leyendas —contestó moviendo la cabeza—, venid, tomemos un té.

Se dirigió con agilidad hacia una cueva en la plaza y vieron con sorpresa que se trataba de una especie de cantina, donde había mesas de diferentes tamaños y formas, unas eran más altas, para los seres grandes, otras, incluso diminutas. Al fondo, en la barra, una etérea mujer que apenas se distinguía servía vasos de bebidas.

La mujer las dirigió a una mesa apartada e hizo un gesto a la muchacha, que preparó al instante cinco tazones humeantes y voló, con dos alitas transparentes, hacia su mesa. Dejó las bebidas y se fue. Las chicas la miraban con la boca abierta hasta que la abuela les dio un pequeño empujón.

—¿Es una… es una…? —empezó Maddy.

—Un hada, sí —dijo la mujer—, pero no te confíes, tiene bastante mal genio. Herminia, explícame todo.

—Sí, abuela. —Las chicas dieron un respingo, pero se mantenían calladas, mirando todo con los ojos abiertos.

Herminia comenzó a contar sobre su nieta, hablándole sobre la iniciación fracasada, y lo que les había comentado Gabriel.

—Supongo que el rey tritón saboteó la iniciación. Si tu nieta se convertía en bruja, no podría reclamarla.

—¿Entonces la diosa no la rechazó? —preguntó Cornelia.

—No sé si existe tal diosa, pequeña. A menos de que toméis a uno de los más poderosos seres como diosas. Pero te diré un secreto… vosotras sois diosas, tenéis el poder dentro y no debéis depender de que alguien os acepte o consienta que saquéis vuestro potencial. Siempre le he dicho a Herminia que me parecía mal que hasta los dieciocho no se os permitiera usar todo vuestro potencial, pero me explicó que los niños de allá arriba no tienen la consciencia de los nuestros. Siempre habéis tenido poder.

Las tres chicas se echaron hacia atrás, sorprendidas y Herminia buscó la atención de la mujer.

—Abuela Fara, ¿cómo podemos sacar a mi nieta del fondo del océano?

—Imagino que solo ella podrá salir, por sus propios medios. Nadie puede entrar en el reino de Theo, porque está muy protegido por un ancestral. El kraken resguarda a los suyos con mucha fiereza. Ni siquiera nosotros podemos entrar sin permiso en su territorio.

—¿¡Entonces!? —exclamó Cornelia. Herminia la miró con mala cara.

—No te enfades, pequeña, esta chiquilla quiere mucho a tu nieta, como una hermana. Digo que no podemos entrar en su territorio, pero podríamos distraerlos para que ellos salieran. Tal vez entonces, alguien que sintiera algo muy especial por Elody, que arriesgase su vida por ella, podría traspasar la barrera. Solo el amor la atravesaría.

—Mi hija querrá ir, pero no puedo permitirlo, ella está muy débil.

—Yo iré —dijo Cornelia.

—No, Cornelia, hay alguien que daría la vida por ella —dijo Mimí —, alguien que es más fuerte que nosotras y tú sabes quién es.

—¿Te refieres a Gabriel? —dijo la abuela.

—¿El celestial? ¿El muchacho celestial? —preguntó Fara.

—Sí —dijo Cornelia—, pensamos que siente algo por ella.

—Oh. Vaya. Eso sí que es malo.

—¿Por qué?

—Está más que prohibido que ellos se relacionen físicamente con los humanos, y él sabe las consecuencias.

—¿Qué consecuencias tiene? —preguntó Cornelia.

—Malas, sobre todo para ellos. Está bien, enviaré a los acuáticos a distraer al kraken y decidle al muchacho que entonces y solo entonces deberá intentar traspasar la barrera. Aunque claro, primero tenemos que encontrarlos.

—Gabriel le dio una prenda de ropa a las sirenas para que le ayudasen a encontrarla.

—¡Sopla! Sí que está enamorado. Marchaos ya. Os avisaré.

Se quedó pensativa, mirando al infinito y la abuela les empujó para levantarse y marcharse. Salieron de la cantina y subieron las escaleras deprisa, esperando una explicación, pero la abuela negó.

Cerraron la puerta del sótano y esta desapareció de la vista, quedándose solo una pared empapelada con flores y un cuadro donde una mujer caminaba solitaria por un páramo. Cornelia hubiera jurado que era la tal Fara, que se movió y le guiñó el ojo, pero no quiso decir nada.

Subieron las escaleras hacia la vivienda, la madre de las hermanas había vuelto con dos brujas más del aquelarre y comentó que había cuatro más abajo, en el café. Catalina se levantó, inquieta, para preguntar a su madre.

—Sentaos todas —dijo Herminia, haciéndolo ella la primera—, hay mucho que contar.

—Y muchas explicaciones que dar —dijo Mimí seria.

—¿Quién es Fara?

—Es la primera bruja, por eso todas la llamamos abuela, aunque no lo sea. Ella tuvo varias hijas con un humano y a partir de ahí se creó la estirpe de las brujas. Esto ocurrió hace cientos de años, cuando estaba explorando el mundo de aquí arriba. Algunos de los suyos hicieron lo mismo y fueron creando las personas híbridas. Pero les gusta vivir abajo, aunque de vez en cuando se paseen a escondidas y es por eso por lo que los humanos han creado absurdas leyendas que nutren los cuentos de fantasía. Lo importante es que nos van a ayudar. Llamad a Gabriel. Debemos informarle.

Cornelia tomó el móvil y le envió un mensaje. A los dos segundos, llamaba a la puerta y entró. Parecía empapado y llevaba el cabello revuelto, aun así, no pudo evitar pensar lo guapo que era.

—¿Qué sabéis?

La abuela le contó todo y él asintió.

—Yo iré, desde luego. La reina Kallah me ha dicho que los ha localizado en la fosa Calypso, cerca de Grecia. Ellas se están preparando para luchar si es necesario. Creo que tienen ganas de derrotarlo.

—No queremos guerras, Gabriel —dijo Catalina—, solo encontrar a Elody y, si puedes, a mi otro hijo, Caleb. Creo que está allí también. Sé que te estoy pidiendo mucho…

—Lo haré, juré protegerla y…

—Está bien, no hace falta que expliques más —dijo Cornelia para evitarle decir lo que todas sabían—. Si les podemos dar las coordenadas a los… de allá abajo, ellos atacarán y tal vez haya una oportunidad. Deberás ser rápido.

—Más me vale, solo puedo aguantar media hora sin respirar —dijo él pasándose la mano por la frente.

—¿Vas a decírselo a los tuyos? —preguntó la abuela—. Serían de utilidad.

—No. Estoy solo. Me voy hacia Grecia. Avisadme.

—¿Cómo vas a ir? —preguntó Maddy.

Él se encogió de hombros y se fue en segundos, tal y como había venido.

Casa hizo unos ruidos y un pequeño ser de veinte centímetros y que parecía más un ratón, salió por un rincón, se subió en el sofá y con una voz sorprendentemente ronca, les informó de que habían recibido las coordenadas y que los acuáticos llegarían en tres horas para atacar al kraken. También dijo que se habían unido a las sirenas.

Luego, ante el asombro de las mujeres, se fue por el mismo hueco que la casa cerró. Maddy señaló y abrió y cerró la boca sin decir nada.

—Envíale un mensaje a Gabriel para que esté preparado —dijo la abuela.

—Nos tienes que contar más cosas sobre lo que hay en el sótano —dijo Catalina—, a Elody le encantarían esas historias.

—Os prometo que, si sale todo bien, os contaré lo que queráis, porque la historia de cómo nació Casa es de lo más interesante. Pero ahora, vamos, debemos buscar algún ritual o información en los libros que pueda ayudarnos.

Capítulo 15. Fosa de Calypso



«¿Dónde estamos exactamente?», preguntó Elody mientras se dirigían al campo de entrenamiento. Era una llanura entre rocas, donde habían colocado algunos mástiles con cuerdas, incluso piezas metálicas. Parecía una gran gymkana. Algunos tritones jóvenes luchaban con espadas y palos contra otros más grandes que llevaban tridentes. No parecía muy justo.

«Estamos en la fosa de Calypso. No sé si conoces su historia», Elody negó. «Fue una ninfa, hija del titán Atlas. Según cuentan los libros, un tal Odiseo naufragó en su isla, ella lo rescató y se enamoró de él. Lo tuvo prisionero en la isla durante siete años, pero él quería volver con su esposa y su hijo. Así que Atenea y Zeus le ordenaron que lo soltara. Y lo hizo».

«Porque no es justo retener a alguien en contra de su voluntad», contestó ella, pero el chico aleteó más fuerte y se adelantó. Había conseguido hablar con él por la mente, pero todavía desconfiaba. Y según veía ella, era la única forma de salir de allí, pero, sobre todo, quería llevarse a su hermano.

Enseguida que llegó al campo de entrenamiento, los tritones se inclinaron ante él y miraron con desconfianza a Elody. Caleb tomó un tridente dorado y le hizo gestos para que se acercara a ella.

«Aquí no usamos nuestros dones, pero por ser tu primera vez, te permitiré enfrentarte a mí con ellos».

«Caleb, jamás he cogido un arma en mi vida. No tengo ni idea de luchar y, además, ¿para qué?», dijo mientras movía la mano, divertida, y envolvía a su hermano en una bola de agua, que vació y él cayó al suelo, de culo, apareciendo sus piernas. Él sonrió aceptando el reto y los tritones se retiraron para ver a los dos hermanos combatir. Elody juraría que estaban apostando.

Caleb usó el tridente para desgarrar la bola y volvió a convertirse en un tritón, nadó hacia ella, con el arma en la mano y no parecía querer parar. Así que ella se impulsó hacia arriba, sacando muchas burbujas que removieron el fondo y quitaron visibilidad.

«Tienes instinto para luchar, hermanita, pero yo soy mejor». Él lanzó el tridente y rozó su pierna, sacándole sangre. Ella frunció el ceño y fue a por el arma, que se había clavado en una roca. Estaba tan metida que no la pudo sacar y entonces salió nadando, arrastrada por la corriente y dejando tras de sí un hilo de sangre. Caleb le lanzó una fuerte corriente que la hizo dar vueltas hasta chocarse con una de las rocas. Se quedó sin aliento por un momento y entonces vio que todos se echaban hacia atrás, incluso su hermano, atemorizados. Había algo grande detrás de ella.

Se volvió y vio al mismo tiburón que la miraba. ¡La sangre! Ella se quedó quieta, pegada a la roca, sin saber qué hacer. Vio llegar a su padre, con un tridente dorado, más grande que el de su hermano y no hacer nada.

El tiburón pasó sus más de cinco metros de largo por delante de la muchacha, hacia la sangre que, tan espesa como era, no se había diluido en el agua. El animal la tomó y luego cerró los ojos y acercó el morro a su mano, de forma tranquila. Ella, temblando, puso la mano sobre su lomo, como la primera vez y notó una vibración en su cuerpo. Luego, fuera el instinto o un ataque de locura, se subió en su lomo, agarrándose de su aleta dorsal y ella, porque sabía que era una hembra, salió nadando, haciendo piruetas, mientras se agarraba como podía. Al final, después de nadar un buen rato por los alrededores, Khal la dejó en el campo de entrenamiento. Ella acercó su morro y Elody puso la frente sobre su piel cartilaginosa. Después, se marchó.

Cuando se volvió, todos la miraban con la boca abierta. Solo Caleb tenía una sonrisa de oreja a oreja. Su padre se giró, enfadado y se fue. Entonces, su hermano se acercó a ella y la abrazó.

«Ha sido más que impresionante. Nadie había montado a Khal. Ella no se deja, ni siquiera por padre. Creo que se ha molestado», dijo riéndose.

«Creo que deberíamos volver, estoy agotada».

«Sí, además ha dicho padre que mañana al amanecer haremos la ceremonia. Hay movimiento en el mar y quizá nos quieran atacar».

¿Tendría que ver con que ella estuviera allí? Tal vez iban, no sabía cómo, a intentar liberarla. Tuvo un pequeño momento de esperanza, aunque no se imaginaba cómo podrían llegar allí.

Siguió a su hermano a la casa y este preparó tortas dulces. Le dio una pasta verde para la herida con el rostro arrepentido y se pusieron a comer sentados a la mesa.

—¿Qué ha pasado con Khal? Yo no la llamé.

—Creo que es más que un familiar para ti, es como tu guardiana. Sintió que estabas herida, en peligro y fue a protegerte. Una vez me contó un anciano que todos nosotros estamos unidos a otra alma que de alguna forma nos hace de guardián y que solo está en este mundo para cuidarnos. A veces, el alma solo es eso, un alma que no se hace visible, pero que está a nuestro alrededor. Otras veces nace en forma de animal e incluso de persona.

—Sabes mucho, Caleb.

El chico se encogió de hombros y se sirvió otra tortita con doble de dulce.

—He estado mucho tiempo solo, leyendo y a cargo del maestro —lo dijo de forma natural, como si eso no significase nada.

—Por eso debe de ser que hablas como un viejo —dijo ella para romper el momento triste. Él la miró y luego se echó a reír.

—Al final me caerás bien. Te toca limpiar los platos, yo me voy a leer.

Se fue a la habitación y lo vio echarse a la cama, con un libro en la mano. Otra vez la Odisea. Elody se levantó de la mesa y limpió los platos con arena, luego, solo con mover la mano, entró agua por un pequeño caño sobre el fregadero. Supuso que años de vivir aquí habían hecho que tuvieran alguna comodidad.

Se echó en su cama y miró por la cristalera. ¿Qué estarían haciendo su madre y su abuela? ¿Estaría curada de verdad? ¿Y sus amigas? ¿Y… Gabriel? Recordó sus besos y aunque no estaba segura de si alguna vez se había enamorado, sin duda lo que sentía por él se debía parecer mucho. Ojalá pudiera comunicarse con él. Decirle lo que sentía y, sobre todo, que estaba viva. Puede que la hubieran dado por muerta, si averiguaban qué era su padre, ¿cómo pensar que no se había ahogado?

Comenzó a llorar con suavidad, pensando en toda su familia y se volvió hacia la cristalera. Alguien entró y se sentó en la cama, poniendo la mano sobre su hombro.

—Tranquila, todo se arreglará —dijo Caleb—, y seremos felices en el paraíso.

Eso hizo que su llanto arreciara y las corrientes de agua comenzaron a removerse y a golpear el ventanal.

—Cálmate, Elody o destrozarás la ciudad —dijo alarmado su hermano—. Respira.

Ella se sentó, respirando, recordando los ojos del hombre del que creía estar enamorada y poco a poco la corriente se calmó. Caleb la abrazó y acarició su espalda, consolándola.

—Soy peligrosa. No puedo controlar…

—Acabas de nacer, por decirlo así. Date tiempo.

—Tú y tus consejos de abuelo —dijo sonriendo con tristeza. Él

sonrió también.

—Cuidaré de ti, Elody, eres mi hermana. Te acepto.

Se levantó y se fue. Ella se quedó un poco sorprendida porque sentía que esas palabras no eran tan simples como parecían, más bien eran algún tipo de juramento.

Capítulo 16. Bajo la fosa



Kallah salió a la superficie, montada sobre una enorme ballena azul que expulsaba el agua y mojaba a Gabriel sin que a este le importase. Él había abierto un portal a Pylos, en Grecia y luego no le había quedado otra que tomar un barco hasta la fosa. Aunque tuvo que manejarlo él, puesto que ningún marinero quiso llevarlo. Fueron casi ocho horas de fuertes olas y una tormenta que casi lo hace naufragar, pero tenía algo que lo impulsaba, o alguien.

Había parado los motores y después de que Kallah salió con la enorme ballena, se subió encima. El sol estaba saliendo ya y el frío día amenazaba tormenta, aunque sin duda, la luna que había esa noche la haría propicia para abrir ese dichoso portal.

—¿Estás preparado? Las mías van a atacar y también han llegado los acuáticos, que son poco efectivos, pero distraerán al kraken.

Varios seres se asomaron al agua. Eran una especie de ranas con forma humana, otros tenían el cuerpo lleno de escamas y cara de pez, e iban armados con alguna daga, pero en absoluto se veían peligrosos.

—Gracias, Kallah, de verdad —dijo Gabriel.

—No lo hago por ti, ni por esa muchacha, aunque creo que es importante en la Tierra. Lo hago porque quiero rescatar a las mías, entre ellas, mi hija. Ella lleva presa desde niña en la fosa. Si es que todavía está viva.

—Ayudaré en lo que sea posible.

—Bah, los *celestiales* no movéis un dedo, con la excusa de que sois neutrales, aunque tú ya no lo seas. Vuestro corazón es de piedra y no tenéis sentimientos. Coge aire, porque vamos allá. Llegaremos todo lo cerca que podamos de la ciudad. Sobre Astra, la ballena, tardaremos unos cinco minutos y luego ya, tendrás que arreglártelas tú solo.

—De acuerdo. Entiendo tus motivos y comprendo que estés enfadada. Si salgo, hablaré con mis compañeros, te lo prometo.

—Me gustan tus buenas intenciones, pero dudo de que salgas vivo, no es por nada.

Cogió todo el aire que pudo y la ballena se sumergió. Llevaba unos arneses y se sujetó a ellos con toda su fuerza. Calculó que bajaba a unos sesenta kilómetros por hora. La reina de las sirenas iba agazapada sobre la piel de la ballena y él hizo lo mismo. La presión del agua comenzó a afectarle, pero no dejaría que eso lo parara.

La oscuridad era total, aunque él era capaz de ver algo más que un humano. Llevaba una espada celestial, una de fuego que sería de poca utilidad imaginaba, pero quizá tuviera que luchar. Desde sus tiempos de gladiador en Roma, no había vuelto a hacerlo. Solo quería sacarla a ella y si realmente vivía su hermano, también, con las menores bajas posibles.

En las profundidades, la arena parecía revuelta, la lucha había comenzado. Los tritones llevaban armas largas, las sirenas, algo más menudas, portaban espadas cortas y armadura. Estaban luchando y algunos tiburones se acercaban por el fondo, pero también delfines y orcas que luchaban por las sirenas.

La reina señaló la ciudad y le indicó que fuera. Él se soltó de la ballena y comenzó a nadar con lentitud, pero un delfín de unos tres metros se puso debajo de él, para que agarrase su aleta dorsal y lo llevó hasta las mismísimas puertas de la ciudad. Luego, se alejó hacia la lucha que estaba al otro lado. Gabriel flotó hasta la barrera, la golpeó sin éxito. Buscó con el tacto alguna grieta, mientras sentía que pasaba el tiempo y los pulmones se agotaban. Se concentró en salvar a Elody, para no desesperarse. Por fin, en un lateral encontró una imperfección, sacó la espada y la introdujo, primero un poquito y fue haciendo palanca hasta que una parte de la barrera se cayó al suelo. Esto le dio esperanzas y continuó haciendo fuerza para que cayera otro pedazo. Iba demasiado despacio, pero debía conseguir un hueco suficiente como para poder pasar.

✲✲✲

El rey recibió la alarma al amanecer, las sirenas los atacaban y no solo ellas, se habían unido los seres acuáticos de otros mares. Nunca pensó que tomarían partido por ellas, aunque suponía que había sido por las brujas.

Nunca debía haberse apareado con una, pero fue la única que le dio hijos que sobrevivieron. Y sí, lo había disfrutado, ¿por qué no decirlo?

«Traed a mis hijos y convocar a toda la población, excepto los más ancianos y los bebés, ellos no vendrán».

«Pero majestad…», dijo su general. El rey lo lanzó lejos con una corriente de agua y el soldado se fue rápido.

El viaje sería largo y los débiles solo los retrasarían. No estaba dispuesto a ello. Las leyendas decían que se abriría un puente cósmico que los llevaría a un mundo solo de agua, donde vivían seres como ellos. Por fin podrían alejarse de este sucio planeta. Cada vez caían más restos de plásticos, basura y residuos que los hacían enfermar. Se llevaban también a las sirenas que habían capturado porque, aunque tuvieran que dejar a los bebés más pequeños, podrían engendrar más. ¿Es que no veían la lógica?

Furioso, se acercó al arco que supuestamente abría el portal. Tenía miles de años y estaba formado por dos rocas curvadas y planas con inscripciones en todo el contorno que hablaban de ese maravilloso lugar. Habían preparado armas y algunos objetos, pero no mucho, ellos no eran de poseer bienes materiales, no como los humanos normales, que atesoraban cientos de cosas sin que luego sirvieran para nada. Lo había visto en su búsqueda de hembras posibles a lo largo de todos estos años.

El general trajo a Elody y Caleb hasta el arco y los ciudadanos también se acercaron. Las sirenas seguían encadenadas y se resistían, otras lloraban por haber dejado a su bebé en la casa.

«¡Basta! Nos iremos ahora mismo, mi hija abrirá el portal y cruzaremos a un lugar paradisíaco». La voz del rey resonaba en todas las mentes. El general miró hacia atrás, fuera de la barrera, donde sus soldados luchaban con fiereza. Ellos no iban a partir.

«Lo que dejamos atrás nos ayudará a comenzar una nueva vida».

Elody vio que Iwan era abrazada por un tritón, pero Idar lloraba. No era justo, ¿por qué obligarles a ir a un lugar donde no querían?

Los ruidos de la batalla eran cada vez más cercanos y el rey sacó una caracola de su cintura y sopló por ella. El sonido de alerta los hizo temblar. Había sacado al kraken para defenderlos.

«Es la hora»

«Padre, los ancianos y los bebés, ¿dónde están?», preguntó Caleb acercándose.

«No pueden venir, no aguantarán el viaje y nos van a retrasar. Prepárate», dijo apartándolo bruscamente con la mano.

Caleb se retiró atrás, con el rostro muy serio. Entonces, sin que nadie lo esperase, el rey tomó a Elody de la muñeca, la condujo hacia el portal y le clavó el puñal en el vientre. La sangre empezó a ser absorbida por la oscuridad y se escuchó un ruido tremendo. Poco a poco, se formó un remolino. Elody cayó al suelo, desangrándose y Caleb nadó para recogerla.



«Vamos, hay que cruzar», gritó el rey. El general, junto a su esposa y su hijo mayor, pasaron los primeros. Iwar miró a su amiga y junto a su prometido, desapareció en el remolino.

«Solo la querías por su sangre ¿no es así?», gritó furioso a su padre.

«A veces hay que sacrificar a alguien por un bien mayor. Toma a tu prometida y cruza».

Caleb miró a Idar, que estaba aterrorizada y negaba con la cabeza. Elody estaba a punto de morir y él tomó su cinturón, varias hojas de alga y se lo colocó para cortar la hemorragia. Los tritones seguían pasando, empujando a las sirenas prisioneras que se resistían todo lo posible.

Las sirenas atacantes parecían haber abierto la barrera y un grupo se dirigía rápidamente hacia el portal, acompañadas de orcas. El rey apresuró a todos y por fin se quedó solo. Miró a sus hijos y a la princesa, que era la única sirena que quedaba. Ella se agarró a la roca.

«Pasa, hijo, va a morir de todas formas».

Él se levantó y sacó su espada. Miró a Idar. «Llévatela a la casa, cúrala si puedes».

«No seas estúpido, sabes que siempre te he vencido en el combate».

«Entonces, márchate ya y déjanos vivir aquí».

«Eres mi hijo, mi heredero».

«Tendrás otros, eso lo sabes hacer bien. Me quedo».

El rey dudó. Miró al horizonte y vio las orcas, luego miró a su hijo y tomó la decisión. Se metió en el arco y mientras lo hacía, dio un golpe a la parte superior, de forma que la entrada se derrumbó y la fuerza del remolino comenzó a disminuir. Las sirenas llegaron, furiosas y él levantó las manos rindiéndose.

«¿Dónde se han ido? ¿Y mi hija?», gritó la reina.

«Estará en mi casa, cuidando de mi hermana. Os acompaño».

El resto de las sirenas, gritando desconsoladas por no haber llegado a tiempo, se replegaron y revisaron la ciudad.

Caleb nadó hasta la casa, donde Idar había llevado a Elody. Estaba echada en la cama, casi muerta. La sangre había sido absorbida por el torbellino y ella temblaba de frío.

La reina miró atónita a su hija y ambas se abrazaron con cariño y llorando de alegría.

—Hay que llevarla a la superficie, para que le hagan una transfusión —dijo Caleb.

—¿Y el *celestial*? —preguntó la reina mirando a todos los lados.

—Quizá no lo consiguió —dijo su general, triste por haber perdido a su hija para siempre.

—Monta sobre mi ballena y llévala a costa, muchacho.

—La llevaré, pero necesito que alguna de vosotras se quede con ella hasta que llegue su familia. No puedo abandonar a los que se han quedado aquí. Son solo ancianos y niños.

—Y unos cuantos soldados que hemos capturado.

—Madre, podríamos llevarlos… a casa.

—Lo pensaré. Ahora, llévate a la muchacha o morirá.

Salieron de la casa y la enorme ballena se colocó cerca, como para que se subieran. Caleb colocó con delicadeza a su hermana, la ató en los arneses que llevaba e Idar se agarró a ella. La ballena comenzó a nadar, ondulante, hasta la costa, sin saber si conseguirían llegar a tiempo.

Capítulo 17. Kraken



Gabriel consiguió abrir la barrera y pasó dentro. No tenía ni idea de dónde comenzar a buscar. Algunos tritones nadaban por la ciudad y sacaban a las sirenas encadenadas. Estaba claro que se las iban a llevar al otro lado. Se escondió. No podía luchar contra todos ellos y, aunque sabía que no era lo correcto, él solo quería encontrar a Elody. Miró por las casas, viendo a algunos ancianos que sostenían a bebés y que lo miraban con inmensa tristeza. No entendió bien lo que ocurría, aunque podía imaginárselo. ¿Quién quería llevarse a los más débiles a un éxodo?

Un sonido terrible lo sobresaltó, haciendo perder algo de aire. En la parte superior, donde parecía haber un templo, las piedras de la construcción comenzaban a caer. Miró alrededor, la barrera se estaba rompiendo y, a pesar de que los tritones parecían más fuertes, las sirenas, con sus orcas y delfines, estaban ganando por mayoría.

Un enorme tentáculo salió de la puerta del templo que empezó a derribarse. Lo que vio le dejó sin palabras. Era el ancestral kraken, saliendo de las profundidades. Había sido llamado y estaba furioso.

«Es tu misión», dijo una voz en su cabeza. Sin dudarlo y rezando para que Elody estuviera bien, se lanzó a por él con la espada en la mano. Solo tenía diez minutos o menos de aire y esperaba que fuera suficiente. Algunas casas comenzaron a ser destrozadas por el peso del animal que se dirigía a él, como si fuera su presa favorita.

Con un esfuerzo monumental, hizo llamear la espada, tal y como habían hecho sus ancestros, los ángeles, y se lanzó contra la enorme cabeza del kraken. De un golpe de tentáculo, lo lanzó contra la arena, pero no se rindió. Nadó, esquivando los ataques, hasta quedar frente a frente con el ojo del animal. Clavó su espada con toda su fuerza y el globo ocular explotó, con la fuerza lo despidió hacia una roca,

haciéndole expulsar todo el aire que le quedaba.

Tenía que aguantar algo más. El kraken volvía a atacar y no tenía la espada. Entonces, cientos de pequeños acuáticos rodearon al animal, rotando con rapidez y haciendo que retrocediera hasta la fosa, malherido. Gabriel sintió que la mente se le nublaba y rezaba porque Elody estuviera bien, que hubiera escapado, porque él le había fallado y jamás podría verla de nuevo. Cerró los ojos, sintiendo los estertores de sus pulmones vacíos y, a pesar de todo, en paz.

Capítulo 18. Vuelta



Abría los ojos y luego los cerraba, la velocidad y la debilidad impedían que pudiera sentir dolor. Supo que Idar estaba a su lado, sujeta sobre algún tipo de ser vivo enorme. Miró al otro lado y vio a su hermano. No podía creer que se había quedado. Se alegraba. Volvió a sumirse en la inconsciencia.



Dolor. Aire. Estaba en una cama y por el olor, en un hospital. En su mano, un gotero con sangre. Abrió los ojos, estaba sola. Ojalá alguien le explicara lo que había pasado.

—Tranquila —susurró Idar a su lado. Duerme.

***

Suaves caricias en su rostro, familiares y llenas de amor le hicieron sentirse mejor. Una pequeña corriente bajó la sensación febril que la envolvía y gimió, con la boca seca. Alguien la incorporó y le dio una cucharada de infusión. Sintió un crujido familiar y el ronroneo de Kásper. ¿Estaba en casa?

Abrió los ojos a una cómoda oscuridad y el primer rostro que vio fue el de su madre. Tenía el aspecto de una mujer sana y suspiró aliviada. Su madre le dio un beso en la frente y la incorporó para darle más infusión.

—Bebe, cariño, es importante para que te recuperes.

—¿Cómo… he?

—No hables. Tu abuela conocía al cónsul español en Grecia y fue tan amable de traerte en un avión medicalizado, sabía que solo en Casa podríamos sanar tus males.

—¿Gabriel? ¿Caleb?

—Tu hermano está todavía negociando con las sirenas, prometió que vendría a verte uno de estos días. Es un chico muy responsable. Fue maravilloso saber que estaba vivo y que te salvó. El reencuentro fue… no tengo palabras —suspiró casi llorando—. De Gabriel… no sabemos nada. Los acuáticos nos dijeron que se enfrentó al kraken cuando bajó a buscarte, pero… lo siento, cariño, desconocemos qué le pasó. La reina de las sirenas está muy agradecida por devolverle a su hija y están estudiando el portal para ver si hay alguna posibilidad de volver a abrirlo para rescatar a las demás, sin desangrarte, claro.

Elody asintió, aturdida. No era capaz de reaccionar, de asumir nada. ¿Era posible que alguien como Gabriel muriera? Empezó a llorar suavemente, sin poder evitarlo y su madre se volvió hacia la ventana, pero el sol seguía luciendo y ninguna nube lo cubrió.

—Elody, no estás provocando un aguacero. Es extraño.

Casa hizo varios ruidos y de la librería cayó un cuaderno pequeño y viejo que Catalina se agachó para recoger.

—Mitos y verdades de la sangre de bruja, por Eliana Castel —leyó—, creo que tiene que ver con tu sangre, la de tu padre, me refiero. ¿Quieres que te lo lea?

Elody asintió, sin fuerzas. Su madre buscó por el tomo, hasta que el mismo libro se abrió por una hoja concreta. Ella miró el contenido y empezó a leer.

—Es bien sabido que una bruja, al perder mucha sangre, ve cómo sus poderes se debilitan. Y si por salvarla, se le da sangre de alguien que no tiene dones, sus artes mágicas se reducen aún más. Esta transfusión, aunque pueda salvarle la vida, no viene sin coste: debilita grandemente su magia. Por eso, tal cosa sólo se debe hacer en caso de gran necesidad. Es decir, que posiblemente la sangre que te quitó… Theo… te ha debilitado, al menos en lo que a ese tipo de poderes se refiere.

—Mejor, tampoco los quería —acertó a decir. Se volvió y cerró los ojos.

—Te dejaré dormir un rato, pero luego tienes que levantarte. Tus amigos están deseando verte y debes recuperar fuerzas.

Le dio un beso en la frente y acarició la cabeza de Kásper que sin duda se quedaba allí, dormitando sobre la cama. Elody quería llorar sin parar, no por la pérdida de sus dones, sino porque lo había perdido a él. Suspiró y se removió durante casi una hora hasta que la gata bufó.

—No hay quien duerma, entre tus suspiros y tus patadas. Deberías levantarte.

—No quiero, no me voy a levantar.

—Estás hablando como una niña pequeña. Si el muchacho hizo lo posible por salvarte, lo menos que podías hacer es recuperarte para

que su sacrificio no haya sido en vano. Nunca pensé que fueras una flojucha.

—No lo soy —dijo ella incorporándose y limpiándose la cara con fiereza—, y tú deberías saberlo.

—Así, así. Veo muchas cosas y pensé que te conocía, que eras una bruja fuerte…

—Ni siquiera soy bruja. Antes tenía ese poder del agua, que ya ni tengo.

—Muchacha, hoy quieres acabar con mi paciencia. Si. No. Me. Escucharas, no serías bruja —dijo recalcando la frase—. Imagino que tu abuela volverá a iniciarte. De momento anda muy ocupada con los habitantes del sótano.

—¿Con quién?

—Eres tan inocente —bufó con un gruñido que parecía una risa. Comenzó a contarle la historia del Mundo Oculto que estaba en el sótano y que había sido decisivo para derrotar a los tritones.

—¿De dónde vienen?

—Nadie lo sabe, ni siquiera yo, que soy tan lista —presumió lamiéndose su pata delantera con gran dedicación—, unos dicen que de las estrellas, otros de la magia de algún dios, a saber. No hay nadie que sea tan mayor como para saberlo, aunque algunos tienen miles de años. ¿De dónde te crees que salen gente como Ted, Jack e incluso tú misma? ¿De los monos?

—Te has vuelto muy cáustica, Kásper.

—Quiero que te recuperes, Elody, y si hace falta, como dice Ted, «darte caña», supongo que será mi papel. Ahora, date una ducha caliente, Casa ya ha abierto el grifo, vístete y baja a comer.

—Estoy débil. No sé si podré. Acabo de despertar de una especie de coma.

—Quejas y más quejas. ¡Levántate!

La voz de Kásper sonó como la de una mujer enfadada y ella dio un respingo. Se levantó, algo mareada y fue hacia la ducha, que ya caía caliente. Se quedó unos minutos bajo el agua, llorando y pensando en Gabriel, hasta que Casa decidió que era suficiente y sacó agua helada. Elody gritó y salió de la ducha.

—Eres malvada, Casa —riñó, pero la toalla acabó en su cara y no le quedó otro remedio que secarse, trenzarse el cabello y vestirse. Con pasos vacilantes, empezó a bajar las escaleras, hasta llegar al salón, donde su madre seguía leyendo ese cuaderno que le había proporcionado la estantería. Se volvió, sorprendida hacia ella.

—¿Qué haces? Deberías estar en la cama.

—No es lo que piensa Casa o Kásper —refunfuñó.

Catalina se echó a reír y ella se sentó en el sofá, a su lado.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí. Al final él cumplió su palabra. Puede ser que esperase que de nuevo podría serle de utilidad, ya sabes. Marga me ha examinado y estoy limpia.

—Porque ese desgraciado te enfermó.

—Ese desgraciado también me dio lo que más amo en esta vida —dijo besando su frente—, y ahora, deberíamos bajar al café a comer, ¿no te parece?

Se levantaron y como Elody se sentía mareada, su madre la tomó del brazo y la ayudó a bajar las escaleras. En el momento en que la vio, Ted se lanzó a abrazarla y sintió el suave beso de Nené, que fue instantáneo. Escuchó gritos en un lado y al girarse, vio a sus amigas que se habían levantado y corrían hacia ella. Pero antes de que la tocaran, su abuela se puso delante.

—Así que ya te has levantado —dijo seria.

—Sí, jef… Herm…

—Tonterías, soy tu abuela, así que llámame abuela —dijo abriendo los brazos. Elody se refugió en ellos y se hizo un silencio en todo el café. Ted las miraba con la boca abierta y su madre lloraba de la emoción. Sus amigas estaban paralizadas. La abuela se deshizo del abrazo.

—No te acostumbres. No voy a dejar de exigirte por mucho que hayas estado a punto de morir —dijo con la voz quebrada—, vamos, sentaos todas, que la comida se enfría.

Pudo ver cómo se marchaba con los ojos enrojecidos a la cocina y entonces sus amigas saltaron a sus brazos y no pararon de achucharla hasta que la madre les hizo sentarse en una mesa.

—¡Qué pasada!, es la mayor aventura de mi vida —dijo Cornelia emocionada. Mimí la tocó, produciéndole tranquilidad y ella lo agradeció. Maddy asentía igual de entusiasmada que Cornelia.

—La reina de las sirenas le contó a tu madre y a tu abuela todo lo que había pasado allá abajo y estamos emocionadas, ¡la señora de las tormentas! ¡Una batalla con sirenas!, ¡Una ciudad debajo del agua! Es impresionante —dijo Cornelia—, es algo que debes escribir, detallando todo lo ocurrido para futuras generaciones. Tu abuela está muy orgullosa de ti.

—Perdí a Gabriel… —dijo conteniendo las lágrimas.

—Por lo visto es un *celestial*, tal vez no haya muerto, puede que solo esté donde sea que vivan, pero débil. Tú has tardado días en recuperarte —comentó Maddy consolándola.

—Debes recuperarte para la iniciación —dijo Mimí—, en dos días hay luna roja y tu abuela ha dicho que lo haréis entonces. Hay que sacar esos dones que tienes escondidos, sobre todo porque ahora no están debajo de los de tu … padre.

—¿Y si no hay nada?

—Todos pensamos que sí, ¿por qué tú no? —riñó Cornelia—. Y, de todas formas, que haya poco o nada, o mucho, no va a influir en que sigamos siendo amigas, si tú quieres.

—Claro —contestó ella emocionada, sintiendo que las lágrimas se le escapaban. Miró por la ventana y no hubo cambios en el tiempo. Las chicas miraron también.

—Mucho mejor —dijo Mimí—, o el turismo de Bella Costa se iría a la mierda. Estamos más cómodos sin tormentas feroces.

Nené trajo varios platos y volvió a darle un beso en la frente. Por unos segundos, se paró delante de ellas.

—Avisé. A. Los. Míos. Lo. Están. Buscando.

Luego se fue tan rápido que no la vieron y aparecieron la madre de las hermanas y la abuela de Cornelia. Todas se sentaron alrededor de una enorme mesa donde la comida parecía volar desde la cocina. Por suerte, ya no había clientes que se asustaran.

Herminia se colocó en la cabecera e indicó a Ted, a Jack y Nené que se sentaran con la familia. Todo empezaba a cambiar y para bien. Catalina tomó la mano de su hija y la apretó para darle ánimos.

—Ya que estamos todos los que importan alrededor de esta mesa, quiero anunciaros algo. A partir de ahora el Café Nocturna se va a convertir en un lugar donde los seres del Mundo Oculto podrán venir, para relacionarse con humanos y para experimentar la vida en la superficie. Sabemos que todos no son parecidos a nosotros, pero la abuela Fara y yo vamos a crear una capa mágica que les permita explorar el mundo superficial. Aunque la mayoría viven bien allí, los jóvenes quieren conocer otras opciones.

—Eso es una buena idea, mamá, les ayudaremos en lo que necesiten.

—Contaba con ello. Y, Elody, tu iniciación será en dos días, así que come. Comamos todos.

Ted aplaudió y se quedó solo mientras Maddy le sacaba la lengua como burla.

—Es una buena noticia, ¿no? —preguntó Elody a su madre. Ella se encogió de hombros.

—Supongo. Los habitantes de Mundo Oculto a veces son impredecibles, pero imagino que la abuela Fara aleccionará bien a los muchachos. Por cierto, la conocí y me dijo que quería verte.

Comieron, aunque Elody no dejaba de pensar en Gabriel, no quería demostrar lo triste que estaba, no cuando todos se encontraban entusiasmados por las buenas noticias.



El día que debía ser iniciada, salió fresco y la luna rojiza se veía desde el amanecer. El ambiente estaba revuelto, eso, siendo o no bruja, lo

podía notar. Salió a pasear por la playa después de desayunar, ya que hasta la siguiente semana no se incorporaría a trabajar. Se sentó en el banco, deseando volver a oler el cítrico aroma de Gabriel, pero allí solo había mar y personas caminando.

—¿Puedo sentarme? —dijo Levy. Ella asintió.

—Mimí me contó todo y también la decisión de tu abuela. Es buena. Los míos, los *lumisombras,* han sido tomados como demonios toda la vida y tenemos que esforzarnos cada día para comportarnos bien. Como te dije una vez, somos luces y sombras, como tú y como todo el mundo, sean humanos o no.

—Ya, las ideas preconcebidas —suspiró ella.

—Sigues teniendo una pequeña parte de sombra —dijo él olisqueándola—, aunque no sé muy bien si es por lo que era… tu padre o porque es algo tuyo. Pero no es malo, es lo normal. No hay ningún ser de luz completa, excepto, claro, los *celestiales.*

—Ya sabes lo de Gabriel —afirmó mirando al frente. No deseaba llorar.

—No creo que un calamar gigante pueda acabar con un *celestial* —contestó sonriendo—, pero… creo que se implicó demasiado. Mi abuelo dice que los *celestiales* nunca deben tomar pareja ni influir en la historia. Son solo vigilantes y solo en casos muy extremos, a veces, se involucran. Imagino que lo castigarán, si ha sobrevivido.

—Eres demasiado sincero, ¿no? —dijo ella enfadada. Él miró al mar, decepcionado.

—Estaba probando a ver si te enfadabas y se agitaba el mar. Pero es cierto que cuanto antes te hagas a la idea, antes te acostumbrarás a tu nueva vida. Y si ese tipo, el tritón, se ha largado para siempre, pues mira, ni tan mal.

—Sí, supongo que ver a mi madre sana es muy importante.

—Claro, piensa en positivo y, además, me alegro de que ya no provoques tormentas, porque esto parecía Londres. Me largo. Nos veremos en la cala, ahora que ya sabes nadar, podrías hacerle una aguadilla a Garret, que bien se lo merece. Chao.

La dejó sola y ella siguió mirando al mar. Esperaba pronto ver a su hermano y quizá, sí, quizá podría empezar una vida y tal vez algún día apareciera Gabriel. Levy le había dado más esperanzas de las que ella tenía, así que se sintió con fuerzas para la noche. Volvió caminando a casa, más animada y deseosa de ver lo que ocurría esta vez.

Capítulo 19. Iniciación



Se dio una ducha similar a la que había tomado la otra vez. Casa le proporcionó una túnica, posiblemente la misma, y ella se lo puso. La noche estaba cuajada de estrellas y la luna roja, redonda y brillante, estaba muy cerca de la Tierra. Una ocasión perfecta, le había asegurado su madre, pero ella no las tenía todas consigo.

—Si no soy bruja, si no tengo dones… bueno, trabajaré en la cafetería hasta que pueda estudiar.

—Me aburres, niña —dijo Kásper subiendo a la buhardilla—. A ver, escúchame bien porque parece que te tenga que repetir lo mismo cada vez. Si no fueras bruja o no tuvieras dones ni me escucharías, ni Casa te cambiaría las cosas ni tu padre te hubiera usado como abre portales. No sé qué tipo de dones tendrás, porque hasta ahora no has mostrado nada, pero lo único que te pido es que vayas con la mente abierta, dispuesta a recibirlos, porque si no es así, la Diosa no te dará nada, ¿comprendes?

—No quiero decepcionar a nadie.

—Y no lo harás, porque hay un factor que no has tenido en cuenta. Ellas te aman, incluso tu abuela, lo noto en mis huesos. Déjate llevar por la noche y la magia. Cuando vuelvas, serás alguien distinto, lo sé.

—Está bien, Kásper, estaré abierta a la magia.

—Muy bien. Eso es otra cosa.

Casa hizo salir una mesa con diferentes cosas en ellas y Elody se acercó. Había un cuenco metalizado, un cuchillo ceremonial, unas cartas antiguas de tarot y varios libros de magia. Kásper se subió a la mesa.

—¿Ves? Hasta Casa sabe que eres una bruja que necesitarás instrumentos de bruja.

Elody sacó las cartas y una se cayó al suelo. La Muerte. Le sonaba

a mala señal, pero luego recordó que había leído que cuando salía La Muerte significaba un cambio drástico, romper con lo anterior para volver a comenzar de otra forma. Cuando fue a dejarla, otra carta cayó. La Rueda de la Fortuna. Una frase de un libro que había leído hace años le vino a la cabeza.

—La Rueda de la Fortuna trae aceptación del cambio y la adaptabilidad, reconociendo que el futuro siempre trae consigo una mezcla de luz y sombra. Es un recordatorio de que mientras algunas puertas se cierran, otras se abren, a menudo de maneras que no podemos prever.

—Exacto. Todo esto significa que vas a cambiar y que puede que lo que te espere no sea fácil, pero estoy segura de que podrás con ello.

—Me gustaría poder decir lo mismo.

Dejó las cartas en la mesa, que se escondió en un rincón y terminó de trenzar el cabello. Su madre la esperaba en la salita, vestida con su túnica azul.

—Las demás ya están en la colina, vamos, hija. Presiento que hoy va a ser importante.

—O tal vez os decepcione.

Un cojín voló a su cara y Kásper emitió un bufido.

—Está bien. Veremos.

Mimí estaba esperando en la puerta y condujo su coche hasta la colina. Las demás estaban preparadas con sus túnicas, alrededor de las piedras. La luna no podía estar más clara y rojiza. Prepararon el círculo, el altar y ella se colocó en medio. Esta vez no tenía la compañía de Cornelia, porque ella ya estaba iniciada, pero se encontraba en el círculo y le guiñó el ojo para darle ánimos.

La abuela pronunció la oración a Hécate. Ella contestó de forma correcta, puesto que ya se lo había aprendido y miró al cielo. Al menos, no estaba diluviando. Esperaron unos minutos, impacientes, a que los rayos de luz la iluminaran. Tras cinco minutos, pensó que no iba a ocurrir, pero entonces, la luz rojiza la rodeó y una voz sonó en su cabeza.

«Hemos dudado porque tus dones son de un origen oscuro, pero vislumbramos la verdad en tu corazón y te consideramos digna. Ahora son tuyos, hija mía».

Sintió el poder que la inundaba, como cosquillas en cada una de sus células. Se elevó en el aire, con los ojos cerrados, su cabello se soltó y se volvió completamente rojo y también su túnica pasó de ser verde a tener el mismo color de su melena.

Notó que alguien escribía en su piel, como si estuvieran tatuando algo, pero no le dolía. Algunas piedras flotaban alrededor suyo. No supo cuánto tiempo estuvo así, y poco a poco, fue bajando y posó sus pies descalzos en la tierra. Abrió los ojos y se volvió hacia el círculo.

No había ninguna de ellas que no tuviera la boca abierta de asombro.



Su abuela se había llevado la mano al corazón, emocionada. Nadie se movía ni rompía la formación.

—Hija mía —dijo por fin su madre acercándose despacio. Elody abrió los brazos y ella se lanzó a ellos. Sintió las emociones de su madre, alivio, alegría y, sobre todo, mucho amor. ¿De eso trataban sus dones? ¿De sentir las emociones de los demás?

—Ha sido algo impresionante —dijo Cornelia acercándose—. Alucinante, maravilloso, ¿he dicho impresionante? ¡Por la Diosa, si has flotado!

—Dejadla, no la agobiéis —dijo su abuela. Se acercó a ella y su madre se apartó—. Elody, enhorabuena por los dones recibidos, sean cuales sean, pero te aseguro que, si no hubieras tenido ninguno, no hubiera pasado nada.

Sintió la sinceridad de su abuela y se lanzó a sus brazos. Ella se sorprendió, pero también la rodeó. Luego, se desató la fiesta y todas

corrieron a darle los abrazos de bienvenida al aquelarre.

—Me gusta tu pelo —dijo Mimí revolviéndoselo—, tienes estilazo.

Poco a poco se fueron calmando y volvieron a casa en los diferentes coches. Ella se sintió ligera y, a la vez, poderosa.

Entró en la Casa y la abuela las mandó a dormir a todas. En la habitación, Kásper la esperaba sobre su cama. Se puso de pie con un salto.

—Esto sí es una sorpresa. Casa, ¿la has visto?

—Tengo algo, Kásper, aunque todavía no sé qué.

—Claro que tienes algo, muéstraselo.

Casa hizo unos ruidos extraños y sobre la mesa que había aparecido antes, mostró un pequeño librito que parecía contener un retrato. Lo abrió y se sorprendió tanto que no pudo decir nada. Tenía dos partes, en la izquierda, alguien había pintado de blanco el retrato de un hombre, pero en la derecha, bueno, parecía un espejo. Era ella.

—Te presento a Pirsa Castel, o sea, a ti.

Llevó el retrato a la luz, Casa sacó una lámpara más potente que iluminó el rostro. El cabello, pelirrojo, estaba semirrecogido, la ondulada melena caía sobre sus hombros y tenía incluso la cicatriz sobre la ceja de cuando se cayó de pequeña y se hizo una brecha. Sonreía y el retratista había captado bien sus rasgos. Llevaba en la mano un pincel y el libro que Casa les hizo llegar, aunque parecía nuevo.

—No puedo ser yo. Quizá sea una reencarnación, o algo así.

—Algo así, claro —dijo Kásper—. Tal vez deberías enseñárselo a Fara, ella tiene cientos de años. Si alguien lo sabe, será ella.

—Sí, voy.

—No, ahora no, tiene bastante mal genio y no le gusta que la despierten. Mañana. Ahora toca descansar.

—¿En qué me he convertido, Kásper?

Miró por el balcón. La luna seguía rojiza y pasó una estrella fugaz. Deseó con todas sus fuerzas estar con Gabriel, fuera como fuera.

Se acostó y se quedó dormida, pensando en él, sin saber que a veces, los deseos se hacen realidad.

Capítulo 20. ¿Dónde estoy?



—¡Oh, por todos los dioses, ha despertado! ¡Estaba… estaba muerta! —dijo una voz ronca a su lado. ¿Se había muerto? No reconocía la voz, pero su cabeza estaba embotada y le dolía mucho.

Comenzó a abrir los ojos y se le echaron encima dos niñas y otra lloraba en los pies de la cama.

—Mami, mami —decía una de ellas mientras notaba su peso en el pecho, ahogándola.

—Dejadla respirar —dijo la misma voz ronca y las niñas fueron apartadas. Entonces, dejaron un pequeño bulto que respiraba llorando a su lado. Apenas podía verla, no había mucha luz y llevaba un ojo cubierto con una venda que le rodeaba la cabeza.

—Ella no es mi mamá —dijo la pequeña y saltó de la cama.

¿Había estado dormida tanto o había perdido la memoria para no acordarse de que tenía hijas?

Se intentó incorporar, pero una suave mano la empujó a la cama de nuevo.

—Pirsa, hija mía, estás muy débil, Casa te cayó encima, por suerte, pudo poner una viga para quitarte el mayor peso y el muchacho te sacó. Pensábamos que te habíamos perdido.

—Yo…

—No hables y descansa. Gracias a la diosa que te has recuperado, ¿qué iba a hacer yo con tus tres pequeñas y sin Casa? Ya soy una anciana. Te dejo dormir. Cuando cenen las niñas, te subiré un tazón de caldo. La señora Montoro ha sido muy amable por acogernos, pero solo podremos quedarnos unos días.

Se fueron, dejándola en una habitación que olía a comida casera, dentro de un viejo desván, donde, al fondo, había varios catres donde debían dormir las niñas. Y su… ¿madre? ¿Quién era ella y por qué la

llamaban Pirsa? No, ella se llamaba Elody. Pirsa era su antecesora.

De repente, se levantó de la cama, aunque miles de estrellas parecieron explotar en su cabeza. Miró las mangas de su camisón y los anticuados muebles. Al fondo, había un espejo. Como pudo, avanzó hacia él y se miró. Su cabello, ondulado y rojizo, caía sobre sus hombros. Se notó más llena, más rotunda. Caderas algo más anchas y también pechos más redondos. Incluso su rostro, tenía pequeñas arrugas de expresión en el ojo que no llevaba vendado. ¿Podía ser cierto? ¿Había llegado al cuerpo de Pirsa?

La niña pequeña, que no debía de tener más de seis años, subió con un bol y lo dejó encima de la mesa. Si no recordaba mal, era justo su antecesora, por las líneas del libro. Se acercó a ella y la pequeña, de cabello rojizo, la miró enfurruñada.

—¿Dónde está mi mamá? Porque tú no lo eres.

—No lo sé, Saripna.

—Mi mamá me llama Sari. ¿Quién eres?

—Sari, tienes razón, no lo soy, pero soy una Castel. He viajado hasta aquí desde otro tiempo. Aunque me gustaría que me ayudaras a saber cómo y qué tengo que hacer.

—¿Y volverá mi mamá?

—No lo sé, la verdad. Yo también quisiera volver a mi tiempo. ¿Podrás ayudarme?

—Está bien. Ahora deberías tomar el caldo.

Se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, apoyada en un armario y la niña se acomodó junto a ella. Todavía estaba muy mareada, pero el primer sorbo le supo de maravilla. Notó que tenía algún componente mágico, todo beneficioso.

—Sari, cuéntame un poco cómo es la vida de tu familia y por qué estoy, por qué tu mamá estaba en la cama.

—Papá murió en la guerra, hace dos años —dijo con tristeza—, y nosotras vivimos con la abuela Sabina y la tía Greta en Casa. ¿Hay una Casa en tu tiempo?

—Sí, cariño. ¿En qué año estamos?

—En 1748, tú tienes veintiocho años. El caso es que ocurrió algo y Casa se derrumbó. Casi no sales viva, por sacarnos a todas. Y la señora Montoro, que es amiga de la abuela, nos acogió en su casa, hasta que podamos reconstruir la nuestra. Pero, mami, he hablado con Casa y dice que no puede, que no tiene magia. Algo ha pasado.

—No te preocupes, Sari, yo lo solucionaré.

La pequeña sonrió y le dio un abrazo.

—No eres mi mami, pero hablas como ella. Me gustas, pero luego ¿volverá mi mamá?

—La magia hace cosas muy extrañas, Sari. Y yo, ¿trabajo o algo?

—Estábamos a punto de abrir una posada en los bajos de Casa,

donde antes teníamos el corral, para que vinieran los viajeros a descansar. Y cuando ya casi estaba terminada, hubo una explosión y todo se cayó abajo.

Las otras dos niñas subieron y recordó que eran las gemelas Raisa y Prisila. No parecían tener magia, al contrario de Sari, que era una bruja con mucha energía. La abuela Sabina también llegó.

—¿Qué haces levantada, Pirsa? Deberías descansar. Sari, ¿has estado molestando a mamá?

—No, madre, estoy bien. El caldo ha sido muy energético.

La abuela sonrió.

—La señora Montoro es la mejor sanadora de la ciudad. Pero debemos pedirle a Casa que se construya, por el motivo que sea, no parece muy dispuesta a ello. Mi amiga puede acogernos un tiempo, pero sabes que no nada en la abundancia.

—Sí, mañana mismo iré a visitar a Casa.

—Yo te acompañaré —dijo Sari.

Se acostaron en los catres y ella buscó algún lugar donde pudiera hacer sus necesidades. La pequeña, al verla, le señaló un orinal y una pequeña puerta. No le quedó otro remedio que hacerlo allí y echarlo en un cubo más grande que olía bastante mal. Imaginaba que al día siguiente lo vaciarían. Podría ser interesante vivir en un lugar casi trescientos años antes de su nacimiento, pero desde luego, cómodo no era.

Se volvió a la cama, donde ya dormía su madre y la pequeña se puso en medio y la abrazó.

—Mientras no esté mi mamá, te abrazaré a ti.

—Gracias, Sari, eres un tesoro.

Se quedó quieta, cavilando cómo volver a su tiempo, y, sin embargo, sentía que debía arreglar algo en este, quizá la reconstrucción de Casa, para no dejar a esas niñas sin un hogar donde vivir. Sí, tal vez fuera eso y, por otra parte, la tristeza por perder a Gabriel quizá se fuera diluyendo. Pensó en su madre y en su abuela, en sus amigas, ¿qué habría pasado? ¿Su cuerpo desaparecería o estaría en coma? ¿Lo enterrarían? Eso le produjo escalofríos, esperaba que no fuera así.

La niña la abrazó más fuerte y acarició su cara con cariño, hasta que se fue tranquilizando poco a poco y se quedó dormida.

Capítulo 21. Casa



Después de tomar un caldo especial y un plato de gachas, se sentía mucho mejor. Vestirse fue, sin embargo, mucho más difícil. Aunque estaba claro que no era una familia pudiente, llevaban varias capas que no entendía bien cómo ponerse. Sari la ayudó entre risas a ponerse una camisa de manga larga, unas enaguas, un corpiño sencillo, y una falda de lana que había visto muchos lavados. Para calzarse, unos zapatos de cuero blandos y en el cabello que trenzó la hija mayor, bajo una toca que la hacía parecer una monja. Al verse, suspiró con desaliento.

—Nuestros ahorros se quedaron dentro —dijo la abuela—, y los necesitaremos para poder costear nuestra subsistencia. No quiero que la señora Montoro se ocupe de nosotras, cuando apenas saca a sus dos hijos adelante. Greta se ha quedado a dormir en casa de la señora donde sirve. Ha sido tan amable de acogerla, pero no será tampoco por mucho tiempo. Debemos recuperar nuestra casa y tú eres la que mejor la entiendes.

—Eso haré.

—Yo la acompaño, abuela —dijo Sari y suspiró aliviada. No tenía ni idea de cómo llegar.

Salieron a la calle, todavía de día, aunque quedaban pocas horas para el atardecer. Miró con curiosidad las calles, de casas bajas, de uno o dos pisos, encaladas y con techos de tejas. Tenían corrales al lado donde había burros, gallinas y alguna cabra. Las calles estaban sin pavimentar, aunque la tierra estaba prensada por el paso de personas y caballerías. Olía a azahar y la gente todavía caminaba por la calle, cargadas con bultos o con niños. Sari le tomó de la mano y torció por una estrecha vía. Sí, esa era la calle donde estaba el Café Nocturna, sin duda. Pero el lugar donde debía emplazarse se había convertido en unas ruinas. Se quedó parada, muy triste. ¿Cómo

podrían construir de nuevo la casa? Llevaría tiempo.

Sari tiró de su mano y se acercaron a ella. Algunos recuerdos, posiblemente de la verdadera Pirsa, le asaltaron. Una puerta, escaleras, unas cuevas y seres distintos. Una mujer que le pidió auxilio. Carreras y una pequeña explosión.

—Sari, creo que alguien hizo explotar la casa a propósito.

—Serán los inquisidores —dijo ella pensativa. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Existía la inquisición en España? No lograba recordar las lecciones de historia de las brujas.

—¿Por qué dices eso?

—Hay un señor que venía mucho por Casa, pero era malo. Te miraba mucho. Y trabajaba con el inquisidor según escuché a la abuela. Por eso, creo que ha sido él.

—¿Y cómo se llama ese señor?

—Conde de algo, no lo sé. ¿Entramos?

Con mucho cuidado, pasaron entre los escombros. Las vigas habían hecho un pequeño pasillo que fueron recorriendo, entre muebles y cosas caídas. Llegaron hasta la cocina, que no estaba tan mal, aunque las paredes parecían débiles y a punto de derrumbarse.

—Es peligroso estar aquí. ¿Dónde guardamos los ahorros? Debo llevárselos a la abuela.

—En la alacena, en un bote blanco.

Miró con cuidado y encontró el bote en un rincón del suelo. Tomó las monedas que había y las echó en su bolsillo. Tocó la pared de Casa y sintió un latido muy suave.

—Casa, ¿no puedes curarte?

Los tablones fueron empujando unas bolas metálicas que llegaron a ella. Tomó una y la tuvo que soltar al sentir una gran quemazón, era algo mágico y no bueno. Sari le acercó un paño y pudieron cogerla para examinarla más tarde.

Casa se estremeció y ella tomó de la mano a Sari para salir, tosiendo, porque parte de la cocina se había derrumbado.

—Creo que le han hecho magia negra a la casa y por eso no puede arreglarse —dijo ella.

—Eso dijo la abuela —comentó Sari—, la escuché hablando con la señora Montoro, aunque ninguna de las dos ha averiguado los ingredientes. Pero estaba muy preocupada por ti. Ahora que estás bien, quizá podáis arreglarlo.

—Señora Castel, ¿cómo es que ha entrado a la casa? Le dije a su madre que era peligroso.

Ella se volvió y un olor a cítricos la inundó. No podía creerlo.

—Gabriel… ¿eres tú?

—Sí, señora Castel, Gabriel de Montignac, para servirla. Me dijo su madre que todavía seguía conmocionada, ¿se encuentra

recuperada?

—Algo, pero … ¿cómo?

—Lo siento, soy el constructor con el que contactó su abuela. ¿No recuerda? ¿Ha perdido la memoria? Querían reconstruir la posada y vine para revisar la estructura de la casa y arreglar el lugar.

—Mami, él te sacó cuando se derrumbó la casa.

—Muchas gracias, Gabr… señor de Montignac.

Él sonrió y esa sonrisa iluminó su corazón. Lo había encontrado, doscientos setenta y pico años antes, pero era él. Y sin duda, seguía siento un celestial. Ella era una bruja poderosa, sentía su energía rezumando por el cuerpo y lo percibía.

—Si le parece, puedo empezar ya a afianzar los pilares y a quitar lo que se ha hundido. Mi cuadrilla comenzará a trabajar mañana mismo, si me da la orden.

—¿Y el pago? Yo…

—Eso lo hablé con su madre, no se preocupe. ¿Me da permiso entonces para comenzar la obra?

—Sí, por supuesto. Pasaré mañana para… hablar.

—La esperaré con sumo placer.

Se sonrojó. Estaba claro que Gabriel no la recordaba porque no había sucedido todavía. Al menos, tenía la posibilidad de estar con él.

Sari estiró su mano para separarla del hombre y se despidieron con cortesía. Debía estar atenta para poder hablar como ellas, y no meter la pata diciendo algo demasiado moderno.

La llevó a un pequeño mercado, donde compraron fruta y harina, además de unas ramitas de regaliz para las niñas que Sari le sugirió. Caminaron contentas, mientras la pequeña le ponía al día de todo lo que había ocurrido en la familia, de la muerte del abuelo, de su papá, que tanto las quería y que murió en la guerra, de sus hermanas y de que ella tenía un secreto que por supuesto, no podía contarle. Porque solo lo sabía su mamá de verdad y ella no lo era.

Asintió con paciencia, la niña era encantadora y por su locuacidad, sabía que a lo mejor se lo diría. Torcieron la calle y entonces la pequeña le apretó la mano. Un hombre muy atractivo y elegante se dirigía directamente hacia ellas.

—Mi querida señora Castel, —saludó con una leve inclinación—, veo que está repuesta del todo. Confiaba en que así fuera.

—Estoy repuesta, pero me temo que he perdido parte de mis recuerdos.

—¿Quizá no sepa quién soy? ¡Qué contratiempo! Me presento, el conde de Marenostrum, a su servicio.

Un latido a destiempo en su propio interior, sensación de peligro y la niña que le apretó la mano, hizo que ella se diera cuenta de que no era bueno seguir hablando con ese hombre.

—Encantada, conde, siento no recordarle. Debemos volver a casa.

Se despidió con una inclinación de cabeza, no sabía si debía hacer un saludo más formal, pero él la retuvo del brazo, acercándose a ella.

—Señora Castel, me gustará que podamos retomar nuestra conversación, cuando se encuentre mejor.

Asintió, para librarse de él y apresuraron los pasos hasta la casa. Sari negaba con la cabeza.

—No, no, ese señor es malo, no por favor, no hables con él.

—A mí tampoco me ha gustado nada. Vamos dentro.

Entraron a la cocina donde su madre amasaba algo y otra mujer, de cabello oscuro daba vueltas al puchero situado en la chimenea. Cuando levantó la cabeza, ella dio un bote. Era igual que la abuela de Cornelia. Claro, ¡qué tonta! Eran sus ascendientes.

—Parece que hayas visto un fantasma, niña —dijo ella sonriendo.

—Nos hemos encontrado con el constructor, que empieza mañana, ¿madre?

—Sí, aunque ahora tendrá mucho más trabajo. Espero que podamos costearlo.

—¿Cómo?

—Tranquila, de eso ya me he ocupado. ¿Has comprado? ¿Por qué estas enfadada, Sari?

—Porque el señor malo que mira a mamá la ha agarrado del brazo. Ella no lo recordaba.

—¡El conde! —dijo su madre y dejando la masa se acercó a ella—. Escucha, hija, sé que estás rara y que has perdido parte de tu memoria, pero siente con tu corazón y tus instintos. No es una buena persona, incluso pensamos que él es el responsable de nuestra situación. Está obsesionado contigo, Pirsa, y no cejará hasta que seas suya.

—¡Madre! ¡Las niñas! —exclamó ella.

—Tus hijas saben perfectamente lo que hay y están advertidas. Aunque ahora no haya juicios de la inquisición, siguen haciendo de vez en cuando autos de fe y no todas salen indemnes. Ten cuidado, porque él es auxiliar del obispo.

—¡Hemos traído regaliz! —dijo Sari a sus hermanas y fueron las tres a tomarlo en un rincón de la sala.

Sacó la bola metálica que había envuelto en un paño y se la enseñó a su madre y a la señora Montoro.

Ella la tocó con una cuchara de madera, que se ennegreció. Ambas se pusieron pálidas.

—Magia negra, sin duda. Esto lo confirma. ¿Casa te la dio?

—Sí, y cuando la toqué, fue horrible.

—Por eso no puede construirse. ¿Accediste a la puerta? Deben de estar preocupados.

—No, la verdad. No sé ni dónde está.

—Ah, eso también lo has olvidado —dijeron mirándose la una a la otra—, tranquila, cuando Casa esté en pie, ya te lo enseñaremos. Lo importante es que antes de empezar a construir, debemos librar a nuestro hogar de la magia oscura.

—Lo bueno es que Pirsa tiene una muestra —contestó la señora Montoro—, ahora mismo me pondré a crear un ritual.

Su madre continuó amasando, pensativa y ella dejó la fruta y la harina y subió a la buhardilla para quitarse la toga de la cabeza y dejar el dinero en una cajita que encontró. No parecía mucho, y si no hubiera sido por Sari, la habrían timado en el mercado.

Se sentó en la cama, pensando en Gabriel. Él estaba aquí. Recordó que justo antes de dormirse, tras su iniciación, solo pensaba en estar con él. De alguna forma, su deseo la había conectado con Pirsa, aunque no sabía qué era lo que había deseado ella.

Una suave bruma blanca salió de una pared, tomando forma de la mujer, su forma.

—Gracias por venir, Elody —dijo el espíritu de Pirsa dándole un buen susto.

—Yo… ¿has fallecido?

—Me temo que sí. Pero no estaba en paz. Dejar a mis hijas y a mi madre era terrible, pero que no tuvieran ni una casa donde vivir y sentirse a salvo, fue lo peor. Y cuando dejé mi cuerpo, vi con asombro que tu alma entraba en él. Eres una de mis descendientes y tienes muchos dones.

—Pero ¿cómo volveré? Y… dejar a tus hijas…

—Ellas deben acostumbrarse a vivir sin mí, pero al menos, cuando te vayas, tendrán a Casa y quizá esa posada que será un medio de vida.

—El Café Nocturna. Todavía lo tenemos en la familia.

—Nocturna —sonrió el espíritu—, bonito nombre. Y me alegro de que mi descendencia todavía esté allí. ¿De cuándo vienes?

—Unos doscientos ochenta años, más o menos.

—¡Caramba! Un largo viaje. Te lo agradezco, aunque supongo que tú también tendrás tus razones.

—Me enamoré de un hombre, un *celestial*, en realidad. Lo perdí y solo deseaba volver a estar con él. Y hoy lo encontré.

—¿No sería el conde? Es detestable y malvado. Él se comportó de manera indecorosa, porque me quería para adornar su casa. Al principio dijo que era muy bella y que no le importaba que fuera viuda. Luego, dijo que viviría en su casa y que mis hijas se quedarían con mi madre. Intentó… bueno, yo me negué, ¿sabes? Por eso quizá se vengó.

—No, es Gabriel, aunque no me recuerda.

—El constructor, sí, es bello y muy bueno. Él me sacó de las ruinas. No sé cómo lo hizo.

—Porque es especial, ya lo sabes.

El espíritu parecía inquieto hasta que se acercó a ella. Era como mirarse en un espejo.

—Me gustaría que acabases mi cuaderno, Elody. Las razas que viven bajo Casa deberían ser auxiliadas y reconocidas.

—¿Quieres decir el del árbol genealógico y las razas?

—¡Sí! ¿Lo has visto?

—En mi tiempo, Casa me lo mostró. Ella sabía todo, claro.

El ruido de las escaleras hizo que Pirsa se retrajera al muro.

—Diles a mis hijas que las quiero. Sari ha sido muy inteligente al descubrirte.

—Sí, yo desciendo de ella.

—Me haces muy feliz. Volveré en otro momento.

Las niñas subieron para avisarle que la cena estaba lista y Sari miró hacia el muro olisqueando.

—Huele a mamá —dijo mirando a Elody.

—Ha estado aquí, cariño —dijo ella abrazándola—. Lo siento.

—¿Está…? ¿Es un… espíritu? ¿Ha muerto?

—Sí, lo siento muchísimo. Ella me ha dicho que os ama y yo… me quedaré aquí hasta que todo esté solucionado.

Sari asintió y la abrazó con fuerza llorando suavemente. A Elody se le llenaron los ojos de lágrimas por esas niñas que primero habían perdido a su padre y luego a su madre. Costara lo que le costase, se quedaría hasta que ellas estuvieran a salvo. Eso había pasado a ser su prioridad.

Capítulo 22. Los cimientos



Por la mañana no pudo evitar arreglarse un poco más que de costumbre, aunque Pirsa solo tenía dos faldas y ninguna nueva. Se trenzó el cabello de forma artística y se pellizcó las mejillas para aumentar su color. Su madre —la madre de Pirsa—, la excusaba de las tareas domésticas durante un tiempo, pero sabía que luego debería ayudarlas.

Desayunó unas contundentes gachas y luego, acompañada de Sari, se fue hacia el solar de Casa.

—¿No vas a la escuela?

—No podemos pagarla. Y el sacerdote no nos acepta porque dice que somos hijas de una bruja. Pero la abuela y tú, o sea, mamá, nos enseñan en casa.

—¡Qué injusto! —dijo enfadada. Algunas chispas salieron de sus dedos y metió la mano en la falda.

—Creo que tú tienes más poder que mi mamá. Ella no sacaba chispas.

—Tal vez tú puedas algún día, Sari. Mira, ya están trabajando.

Se acercaron para ver la obra y enseguida Gabriel salió a recibirlas, con la cara manchada de polvo. Ella tuvo que retenerse para no limpiar su rostro.

—Buenos días, señora Castel, como ve ya hemos empezado.

—Buenos días, maese Gabriel ¿Cuándo calcula que podrá estar solucionado?

—Construir una casa no es algo rápido —dijo él sonriendo. A ella se le paró el corazón por un momento, pero luego respiró.

—Sí, pero ya sabe que, como usted o como yo, Casa es especial.

Él se quedó envarado, confuso y miró fijamente a la mujer. Luego, se sorprendió.

—¿Podemos hablar… a solas, solo un momento?

—Gabriel, mi hija lo sabe todo —contestó, olvidándose de tratarlo con la debida distancia.

—¿Todo, todo?

—Así es. Ella está especialmente dotada para ciertas habilidades.

—Está bien. Vayamos dos pasos más alejados de la casa.

Ella se giró y caminó cerca de una pared donde parecía que pudieran estar revisando la construcción sin levantar sospechas. Sari se alejó para buscar piedras bonitas y ellos se quedaron mirando.

—¿Cómo… ha ocurrido? ¿Quién es usted? Porque no es la señora Castel.

—Ella ha fallecido y yo… soy una descendiente que viene de un año futuro y que te conocía, Gabriel.

—¿Me conocía? Y yo… es decir, nosotros… parece haber cierta familiaridad.

—Nos conocíamos, no llegamos a… bueno… pero sí hubo besos.

Gabriel dio un paso hacia atrás, ligeramente sonrojado y nervioso. La miró y luego pareció concentrarse en sus pensamientos. Luego, volvió a posar sus ojos en ella, todavía confundido.

—¿Y ha venido desde…?

—Desde casi trescientos años más adelante. La sociedad ha cambiado mucho y sé que tú la has visto evolucionar. Sé lo que eres, Gabriel.

—No es posible, nuestras normas son… no relacionarnos con humanos y ¿cómo es que yo… nosotros?

—Nos enamoramos, Gabriel. Esta noche he estado dudando en si hablaba contigo, si te lo decía o no, porque, bueno, estaré aquí de forma temporal y espero volver a mi tiempo. Aunque me duela dejar a las niñas. Por eso, porque no sé cuánto tiempo me queda, decidí contártelo.

—Lo siento, señora Castel, yo… tengo que pensar.

Se marchó con grandes zancadas hacia la obra y se metió dentro. Elody se quedó apoyada en la pared, bastante desanimada. Sari le dio la mano para consolarla.

—¿Estabas enamorada de él? ¿Cómo puede vivir tanto?

—Es que es un ser especial, como los que viven allá abajo. ¿Los has llegado a conocer?

—Sí, la abuela me dejaba muchas veces a cargo de una señora que es pariente, se llama Fara. Como no podemos ir a la escuela, dijo que ella podría enseñarme, pero a mis hermanas las deja con la señora Montoro. ¿Por qué?

—Es que, cariño, ellas no tienen tus dones. En la familia hay quien nace con ellos y quien no.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó pensativa.

—Definitivamente bueno, Sari.

Miró hacia la obra, donde Gabriel daba órdenes. Parecía algo más robusto y cuadrado que su yo actual, quizá algo más maduro, más hombre. Desde luego, muy atractivo. Se deleitó mirando sus espaldas anchas que marcaba su camisa y las piernas que también estaban delineadas por unos pantalones de trabajo y botas. Su cabello algo largo entre castaño y rubio, le caía algo revuelto y se lo sujetaba con una cinta oscura. Era como esos héroes que una se imaginaba al leer las novelas románticas de época.

—Mamá, creo que se va a dar cuenta de que lo miras fijamente.

Nada más que lo dijo, él se volvió para mirarla con una intensidad que le cortó la respiración. De nuevo volvió a su trabajo y ellas se marcharon hacia el mercado. Elody le fue contando historias sobre magia, y algunas sobre la sociedad en la que vivía. Sari era extremadamente curiosa e inteligente y escuchaba sin perder una sola palabra.

Compraron algunos productos que necesitaban, regateando el precio. De nuevo la niña era mucho más hábil que ella. Una vez que consiguieron todo lo que habían venido a buscar, se dirigieron de nuevo hacia la zona donde estaba Casa. Sari se rio por ello y Elody se sonrojó.

Iban charlando de todo un poco cuando un par de hombres se cruzaron en su camino. Parecían dos rudos trabajadores del mar, extranjeros. Elody tomó a Sari de la mano y fue a desviarse del camino, no quería problemas y ellos llevaban tatuada esa palabra en su expresión.

Cuando se desviaron por el otro lado de la calle, uno de ellos se puso delante. Su olor era desagradable, a aceite de pescado y alcohol.

—Vaya, dos polluelas para el postre, tú. ¿Quieres la mayor o la pequeña?

—Ni se atrevan a ponernos la mano encima —dijo Elody mientras sentía que la furia comenzaba a invadirla.

Ellos la miraron sonriendo y se rieron.

—¡Menuda fiera! Nos dará buenos ratos. Vamos, señora, si quiere, dejaremos que la niña se vaya, si accede de buena gana.

Elody miró a Sari que negó con la cabeza.

—Será mejor que nos dejen pasar.

Las chispas amenazaban con quemar su vestido, pero ella todavía tenía la mano detrás de la espalda.

Uno de ellos se acercó y entonces Elody sacó la mano y lo envió a dos metros en la calle. Sari empezó a gritar, pidiendo ayuda, aunque no había mucha gente por la calle.

El otro tipo se acercó a Elody y le dio un puñetazo en la cara y la tiró al suelo. Entonces, una furia inmensa entró por el callejón y sacudió al tipo hasta tirarlo a cinco metros. Al otro, lo cogió de las

solapas y lo lanzó de nuevo más allá. Gabriel, respirando agitado, recogió a la mujer del suelo. Tenía el rostro amoratado. Pasó la mano sobre él.

—Tienes el hueso fracturado, déjame curarte.

—¡Cúrala! —gritó Sari, ya que ella estaba casi inconsciente. Gabriel pasó la mano por su rostro y luego la tomó en brazos con delicadeza. Miró hacia atrás, los dos tipos ya se habían largado.

Ella se apoyó en su pecho, sintiendo su latido, ese que conocía tan bien. Sari iba delante, indicando el camino. Elody levantó el rostro y se acomodó en el cuello de Gabriel.

—Creo que no es la primera vez que te llevo, ¿no es así? —dijo él con una leve sonrisa.

—Me salvaste de morir ahogada una vez. Y siempre has estado allí, como ahora.

—He estado… pensando en lo que me dijiste y yo… siento que es verdad. Lo he visto en tu rostro, aunque no sé cómo ha podido suceder.

—Será mejor que no se lo comentes a nadie —suspiró ella.

Llegaron a la casa y la abuela abrió la puerta y se conmocionó al ver a su hija llevada en brazos. Gabriel depositó con suavidad a Elody en el sillón y examinaron su rostro que, aunque ya no tenía el hueso roto, estaba morado.

—¿Qué ha pasado, hija?

—Eran dos hombres feos y que olían mal que decían que querían divertirse con mamá.

La abuela y la señora Montoro se miraron horrorizadas.

—¡Pero Gabriel la ha salvado!

—Señor de Montignac, no sabe lo agradecidas que estamos —dijo la abuela. Él asintió—. Sari, ve a por agua para mamá.

Ella fue corriendo y se acercó a Gabriel.

—Yo sé que usted es especial, aunque no sé en qué sentido. Sabe lo que somos y sabe qué es Casa. Le ruego que tenga cuidado. Pirsa, ¿hiciste magia?

—Yo… creo que lancé a uno de esos hombres por los aires.

La abuela miró preocupada a su amiga.

—Espero que no tenga consecuencias. Es mejor que te quedes unos días en casa. Aunque ya no hay juicios inquisitoriales, todavía quedan de los otros. Gracias de nuevo, señor, quedamos a su disposición para lo que necesite.

—Está bien… cuídese, señora Castel.

Se fue y ella se lo quedó mirando con nostalgia.

—¿Te interesa el señor de Montignac? —dijo su abuela sentándose a su lado. La señora Montoro trajo unas compresas empapadas de un líquido verdoso.

—Yo… no sé, madre.

—Pues es hora de que vuelvas a tomar marido —dijo la amiga de su abuela—, el hombre es guapo y aunque no parece muy rico, tiene casa en la ciudad. Las niñas necesitan un padre.

Elody se sonrojó y cerró los ojos mientras se echaba en el sofá. La abuela le colocó la cataplasma. ¿Y si se quedaba aquí, viviendo con Gabriel y las niñas? Aquí tenía familia… pero allá también. Si había desaparecido de su casa, estarían muy preocupadas. Decidió buscar a Fara, escribir una carta para que se la entregase a su madre en una fecha determinada. Ella parecía inmortal o al menos, en su tiempo todavía vivía, y quizá con eso podrían al menos, no estar preocupadas sabiendo que estaba bien.

Sí, es lo que haría, aunque tuviera que salir y entrar en la derruida Casa para contactar con la antecesora.

Capítulo 23. Auto de fe



Llevaba el rostro morado cuando se miró en el espejo, aunque no sentía mucho dolor, gracias a Gabriel. Tomó un papel y una pluma y con bastante poca habilidad y algunos tachones consiguió escribir una carta a su madre y a su abuela, diciéndoles que estaba en el pasado, pero sin revelarles cuándo. Se despidió comentando que volvería pronto, que no se preocuparan.

Metió la carta en el bolsillo y, aprovechando que la abuela se había llevado a las niñas a visitar a su tía Greta y la señora Montoro había acudido a la iglesia, salió de casa. Ese día no estaban trabajando en la obra por lo que Casa parecía tranquila. Se metió entre los escombros con mucho cuidado.

—Casa, sabes que no soy Pirsa pero soy una Castel y te pido que me muestres la puerta de abajo, por favor. Debo hablar con Fara. Y que sepas que estamos trabajando en un ritual para quitar la magia negra de este lugar.

Casa se removió, soltando algo de polvo, pero Elody continuó caminando. No tenía ni idea de dónde estaba esa supuesta puerta que bajaba a ese mundo escondido del que apenas tenía idea. Pasó por lo que correspondía a la barra en el Café Nocturna, saltando las vigas y buscando la puerta.

—Vamos, Casa, necesito dar una carta a Fara. Por favor.

Una leve rendija se abrió tras una viga caída, cruzando la pared. Un rostro pequeño se asomó y Elody dio un leve respingo. Se parecía a Jack, aunque era más bien como un monito.

—Hola, necesitaría hablar con Fara, ¿es posible?

El monito desapareció y ella se acercó hacia la puerta. Era imposible pasar, puesto que la viga no se podía mover. Se asomó, pero solo vio una cueva oscura y unas escaleras. Ya se iba a ir cuando sintió que la llamaban.

—Muchacha, ¿qué quieres y cuándo vais a arreglar a Casa?

—¿Es Fara?

La mujer, a través de la rendija, entrecerró los ojos.

—Tú no eres Pirsa, pero sí eres una Castel.

—Exacto. He venido del futuro y allí dejé a mi familia. Necesitaría por favor que le diera esta carta a mi madre, Catalina Castel, pero solo en la fecha que he marcado en la hoja. Tienen que saber que estoy a salvo.

La mujer miró la hoja y enarcó las cejas, sorprendida.

—Eso son muchos años, a saber si estoy viva para entonces.

—Oh, sí, lo está, Fara. Por favor, se lo ruego.

—Claro, la guardaré como un tesoro. ¿Cuándo vais a arreglar la casa? Empieza a ser molesto estar atrapados obligatoriamente.

—Fue un hechizo de magia negra y la señora Montoro y la abuela están buscando el ritual para eliminarlo. Una vez lo consigan, Casa se pondrá bien.

—De acuerdo, muchacha. ¿Cómo te llamas?

—Elody, señora.

—Bien. Pirsa venía para estudiar a los habitantes del Mundo de las Cuevas, ¿lo harás tú también?

—Sí, en cuanto esté Casa arreglada y pueda pasar.

Miró su rostro amoratado y pasó el dedo, aliviándole la molestia.

—Ten cuidado, porque hay fuerzas malvadas que te rodean. No muestres todo tu poder, pase lo que pase o te quemarán viva y no podrás regresar. Entonces tendría que darles una carta diciéndoles que has fallecido y que no te esperen.

—Claro, claro —respondió ella un tanto sorprendida.

—Haz tu trabajo, Elody, y hazlo pronto.

Cerró la puerta y desapareció, quedando solo una pared lisa. Bueno, al menos había podido entregar la carta para que su familia y amigos supieran que estaba bien. Más aliviada, salió de entre las ruinas y se sacudió el vestido de polvo delante de las ruinas.

Dos soldados se acercaron a ella con el rostro serio.

—¿Pirsa Castel?

—Sí, soy yo… ¿qué ocurre?

—La llevaremos a la cárcel del Santo Oficio para interrogarla por sus actos contra natura.

—¿Perdón?

—Está acusada de brujería.

Miró horrorizada a los dos soldados que la llevaban del brazo, casi en volandas. No podía creerlo. Sabía, por los libros que leyó de adolescente, que era casi imposible librarse de una acusación de la Inquisición. No podía creerlo.

Algunos vecinos la vieron y murmuraron entre ellos. Llegaron al

imponente edificio construido con enormes piedras y estrechas ventanas que se situaba cerca de la iglesia. En su Bella Costa actual, este lugar no existía. Entraron sin soltarla hasta un despacho donde un sacerdote enjuto y vestido de negro la miró con desprecio.

—Señora Castel —dijo y en su boca, su nombre era casi como un insulto—, me han llegado noticias de que fue atacada en la tarde de ayer y que usted se defendió con magia.

—No, señor.

—Eminencia —riñó uno de los soldados.

—¿No fue atacada o no usó magia? Si me miente, lo sabré.

—Fui atacada pero no usé algo que no poseo —contestó afirmando con contundencia.

—Llevadla a la celda. Veremos si acaba confesando sus maldades.

—¡No! No pueden hacer esto.

El hombre levantó una ceja y con un simple gesto de la mano, hizo que se la llevaran. Subieron a una pequeña torre y la encerraron en una sucia celda, con un catre de paja oscura y un orinal que apestaba.

Se asomó por la ventana. Era imposible salir, no cabía. Miró la plaza, quizá si gritaba, alguien la escucharía, pero tampoco quería llamar la atención. Pasó todo el día inquieta, paseando por la celda. Al atardecer le llevaron un trozo de pan duro y agua.

—Quiero ver al sacerdote —dijo al soldado, que se echó a reír y se fue.

Se sentó desesperada en el catre y empezó a llorar. Su tristeza era tal que incluso el ambiente cambió. Las niñas, la abuela, ¿cómo avisarles? Aunque tal vez las hubieran prendido. ¿Cómo había sido tan torpe?

Sintió un ruido en la celda y abrió los ojos, pensando que sería alguna rata, pero no, ahí estaba. Gabriel.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te han prendido? —dijo él acercándose a ella.

Elody se levantó llorando y lo abrazó. Gabriel pasó las manos por su cintura y la consoló.

—Puedo sacarte de aquí, pero entonces tendríais que dejar la ciudad. No sé qué hacer para liberarte.

—¿Podrás avisar a mi familia?

—Ellas lo saben. Una vecina las avisó y han venido a hablar con el sacerdote, pero las amenazó con detenerlas también y tuvieron que marcharse, por eso me avisaron.

—¿Y qué puedo hacer?

—Librarse de la Inquisición es casi imposible. Tendría que hablar con mis hermanos y ver cómo podríamos solucionarlo. Temo que te torturen.

—Lo sé. En mi adolescencia leí sobre los terribles procesos contra las supuestas brujas.

Él levantó su barbilla y sus miradas se encontraron. Bajó el rostro hasta rozar sus labios.

—De alguna forma, sé que te amo, aunque todavía no lo comprenda. Mi yo del presente estará preocupado…

—Sí —dijo ella pensando que no podía decirle que él había desaparecido.

—Ahora me voy, pero haré lo posible por sacarte de aquí. ¿De qué sirve ser lo que soy si no puedo hacer algo por ti?

—Confío en ti, Gabriel.

Él la besó con más intensidad y ella se entregó a él con todo su corazón. Pasara lo que pasara, había valido la pena solo por volver a estar con él un tiempo. Entre lágrimas, lo vio desvanecerse y se sentó de nuevo en el catre, con un poco de esperanza.

No había dormido ni una hora cuando entraron los soldados y la sacaron a rastras. La llevaron a una sala donde había una banqueta y una mesa con un sillón, donde estaba sentado el inquisidor. A ella la tiraron en la banqueta.

—Bien, comencemos a charlar, señora Castel. He escuchado que usted es viuda, ¿no es así?

—Sí, señor, eminencia.

—Su madre es viuda también, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Entonces, dígame cómo es que poseen una casa tan grande como la que tenían.

—Esa casa es herencia familiar. Ha pertenecido durante generaciones a las Castel. Y en cuanto a la reparación, llegamos a un acuerdo con el constructor. Vamos a pagarle poco a poco.

—Tal vez vendiendo su cuerpo.

—¡No! —dijo ella escandalizada.

—Entonces, solo me queda pensar que realizan brujería. Más de un ciudadano de Bella Costa ha afirmado que su familia lo sanó.

—¿Y eso es malo? Hay hierbas que son usadas por médicos para ayudar a los demás.

—Ustedes no son médicos —dijo con desprecio—, tenemos dos testigos que afirman que usó magia para lanzarlos por los aires.

—¿Los dos asaltantes que quisieron tomarme bajo amenazas o que querían hacer lo mismo con mi hija pequeña? Señor, no soy una mujer fuerte, pero haría lo que fuera para proteger a mi familia. Y tuve la suerte de que un hombre nos defendiera.

—¿Qué hombre? —dijo alguien saliendo de entre las sombras. El conde de Marenostrum.

—El constructor pasaba por ahí, casualmente nos oyó gritar y

acudió a socorrernos.

—Sí, qué casualidad. Eminencia, conozco a la muchacha. No sé si es bruja, pero no he visto nada especial. Tal vez pueda permitirme hablar a solas con ella.

—Sea, pues, conde.

El sacerdote salió de la sala y los dejó solos. El conde se acercó a ella y tocó su cabello, luego agarró su trenza y le echó la cabeza hacia atrás, mientras pasaba la lengua por su mejilla y por sus labios, pero Elody no pudo apartarse.

—¿Ves lo que pasa por no acceder a mis pretensiones? Pirsa, acabarás quemada, incluso tus hijas lo harán.

Él la soltó y ella se limpió la cara con la manga. Miró con desprecio y asco al conde que, por muy atractivo que fuera, sintió repulsión.

—Si accedes a desposarte conmigo, te liberaré de todos los cargos, y nadie te volverá a acusar, ya que serás condesa. Es fácil, Pirsa.

—No me desposaré contigo.

—Entonces serás quemada en la hoguera, y tal vez esa niña pequeña tuya. ¿Sabes? Hay un ser especial que trabaja para mí y me ha dicho qué sois. Lo acepto, sin embargo. ¿Dónde vas a encontrar un esposo que te tome a pesar de lo que eres?

Elody se cubrió el rostro con las manos, desesperada y sin saber qué hacer. Se arriesgaba a que les hicieran daño a las niñas y eso no podía soportarlo. Tal vez podría casarse con el conde y como ella desaparecería, quizá no fuera tanto tiempo. Levantó la cabeza y asintió.

—Acepto, pero me tienen que liberar y será en un mes. Primero debo arreglar la casa.

—No necesitarás esa casa, vivirás en mi mansión.

—Pero mis hijas y mi madre sí. Esas son mis condiciones.

—Y la mía es que te tomaré antes. Dentro de una semana vendrás a mi mansión y te entregarás a mí. Más vale que estés sana para entonces y bien limpia. No quiero piojos o pulgas. Si aceptas, esta misma noche podrás irte.

—Acepto.

Él sonrió con lascivia y ella se levantó. El hombre se acercó a ella y la tomó de la cintura, besándola con brusquedad y estrujando sus pechos. Elody notó su dureza y soportó el asqueroso beso como pudo.

—Veo que todavía no eres muy complaciente. Lo serás, o quizá tus hijas sufran un poquito, hasta que me ruegues que te tome de mil formas distintas.

Se fue, arreglándose su pantalón y gritó a alguien a través de la puerta. Ella limpió su boca y escupió en el suelo. Luego, los dos

soldados la acompañaron hasta la entrada y la soltaron.

Caminó deprisa hacia la casa, preocupada y ansiosa por llegar con la familia. Abrió la puerta y la abuela se lanzó a sus brazos.

—¿Cómo es que te han soltado? Siéntate, hija mía.

Elody les contó todo lo que había sucedido y la abuela se puso furiosa. La señora Montoro, que también había acudido, se horrorizó.

—Es un bellaco, ¡malvado! —dijo la señora Montoro en camisón y tapada con un chal de lana.

—Lávate y descansa, hija. Con todo esto, no pudimos decirte que ya tenemos el ritual y el preparado para salvar a Casa. Pero no vamos a pedirle que se construya en un día, sino que tarde un tiempo.

—Tengo algo más que decirte, y creo que te entristecerá. Pero es necesario.

—Dime, hija mía, ¿ha hecho algo… indecoroso? Puedo darte una infusión para que no haya embarazo…

—No, no se trata de eso —suspiró. Debía decirles la verdad porque si en una semana no se marchaba, tendría que entregarse a ese tipo para siempre. No podía y menos después de que Gabriel la hubiera besado—. Yo… no soy Pirsa en realidad. Siento deciros que ella… murió de verdad. Yo he venido de un tiempo futuro.

La abuela la miró con la boca abierta. Luego se volvió hacia su amiga y de nuevo la observó.

—Dices que… pero… ¿estás trastornada? Te veo con mis propios ojos. Tal vez pienses que…

—No, lo siento. Es así. Mírame con el corazón.

La abuela tomó las manos de Elody y se concentró, cerrando los ojos, luego los abrió. Tenían una luz especial y así, la miró fijamente. Luego, la soltó de golpe y se echó para atrás, llorando amargamente. La señora Montoro la abrazó.

—Lo siento, de verdad —dijo Elody.

No se atrevió a moverse mientras la abuela se desahogaba con su amiga. Cuando pudo calmarse, se limpió el rostro con fiereza y la tomó de las manos.

—Explícame qué ha pasado. Cuéntanos todo empezando por cómo te llamas.

—Soy Elody Castel, y esto pasó.

Le puso al corriente de todo mientras ellas abrían las bocas asombradas. Tal vez fuera bueno o fuera malo, pero consideraba que al menos, era justo que supieran la verdad y que su hija ya no iba a volver.

—Así que volviste por el amor de ese hombre —comentó pensativa la amiga de su abuela—. Debe ser tu alma gemela, porque si no, no lo hubieras encontrado.

—Pirsa quería mantener a su familia a salvo y de alguna manera,

nuestros deseos se cruzaron.

—Es horrible —suspiró la abuela—, pero no dejas de ser una Castel y mi deber es protegerte como si fueras mi hija. Será muy triste cuando te vayas, sobre todo para las niñas, para Sari… ¿ella lo sabe?

—Sí, sabe quién soy. Lo supo desde el primer momento.

—Es una niña muy lista y dotada. Espero que en tus tiempos la brujería no sea perseguida.

—No lo es, de hecho, escriben libros de aventuras sobre brujas y son muy populares.

—Qué curioso —dijeron ambas mirándose. Elody no les quiso contar todos los detalles, pero sí los más importantes.

—Bueno, muchacha, hija, te seguiré llamando así hasta que… te vayas. Deberías descansar. Mañana haremos el ritual para liberar a Casa.

—Gracias por acogerme.

—Cómo no —suspiró la abuela.

Las dejó y subió las escaleras mientras volvía a escuchar los sollozos de la abuela. Era terrible y las dudas que tenían sobre quedarse se estaban disipando. Puede que fuera egoísta, pero vivir con ese hombre sería una tortura. Aunque las niñas…

Estaban durmiendo ya en los catres, menos Sari, que estaba en su cama. Se lavó bien y se puso el camisón. Todavía era noche cerrada cuando sintió la presencia de Gabriel en la habitación. Se levantó despacio. Las niñas dormían y él se acercó a ella, abrazándola.

—Fui a la celda y no estabas, casi me vuelvo loco —dijo besándola.

—Ssssh, vas a despertar a las niñas.

—Entonces nos iremos.

La tomó de la cintura y desaparecieron de la habitación hasta llegar a un sobrio cuarto amueblado de forma sencilla.

—¡Gabriel! ¿Dónde estamos?

—En mi casa. Necesitaba verte, hablar, saber que estabas bien.

—Lo estoy, pero todo se ha estropeado.

—Siéntate y dime.

Ella miró alrededor y se acabó sentando sobre la cama. Él se puso a su lado, manteniendo las distancias.

—Todo ha sido por el deseo que tiene por mí el Conde de Marenostrum. Bueno, por Pirsa. En una semana debo entregarme a él.

—No lo permitiré. Podemos desposarnos.

—No, Gabriel. Se vengaría con mi familia. Debo acabar lo que vine a hacer y me marcharé. Además, Pirsa me pidió que dejara a sus hijas a salvo, con Casa terminada y la posada… no sé si tengo suficiente tiempo, Gabriel.

—Entiendo lo que debes hacer por ella, pero tú, ¿qué debes

cumplir?

—Esto.



Ella tomó a Gabriel de la nuca y lo atrajo hacia sí. Él se mostró confuso, pero el deseo lo invadió. Besó los cardenales del cuello, acarició su piel, mientras ella lo atraía hacia su cuerpo. Sus labios se unieron con pasión, borrando las huellas de la desagradable experiencia con el conde. Ella se puso de rodillas en la cama, bajándose el camisón y dejando sus pechos al descubierto. Gabriel abrió los ojos, sorprendido, pero se quitó la camisa y los pantalones. Ella se acabó desprendiendo de todo y se echó en la cama.

—Que haya tenido que viajar tan lejos para que te decidas a acostarte conmigo —dijo ella riendo mientras él se colocaba sobre su cuerpo, besando su piel.

—Debo volverme estúpido con el tiempo —contestó mordisqueando su piel.

Ella se arqueó mientras recorría todo su cuerpo besando cada centímetro. Notaba su creciente excitación y su cuerpo musculoso, fuerte y casi sin vello. Ella deshizo la coleta de Gabriel y su cabello, que olía a limón, se extendió por su abdomen. Él volvió a subir, con la

mirada cargada de deseo y se colocó en su entrada, pidiéndole permiso. Ella aceptó y por fin entró, despacio, sintiendo la humedad que le rodeaba. Se movió despacio, mirándola, besándola. Sus cuerpos se movían como si fueran uno solo. Él aumentó el ritmo y ella se acercó al clímax. Cuando gimió, él lo supo y ambos se dejaron llevar.

Abrazados, contemplaron el amanecer hasta que Elody se levantó con pena de marcharse.

—Deberías llevarme de vuelta o se asustarán.

—¿Sería incorrecto que te raptara cada noche? —dijo él vistiéndose.

—Sería muy correcto, Gabriel —contestó ella sonriendo.

Se vistieron y él la dejó en la habitación con un suave beso. Se acostó en la cama y se quedó dormida, con una sonrisa en los labios.

Capítulo 24. Casa



—Vamos, levanta, dormilona —dijo Sari moviéndola con fuerza.

—Pequeña, no deberías tratar así a una bruja —dijo Elody enfadada. No había dormido mucho. Si tuviera uno de esos relojes de medir sueño, no pasaría de las dos horas.

—La abuela está preparando el ritual, debemos salvar a Casa.

—Está bien. Vete, que ya me levanto.

Ella se fue, entre risas y luego, antes de bajar las escaleras, se volvió.

—Me alegro de que estés de vuelta, los señores malos no conseguirán nada, ya verás.

Elody suspiró. Ojalá ella estuviera tan segura. Pensó, suspirando, en Gabriel. Había sido maravilloso estar con él y deseaba verlo de nuevo. Se lavó y se vistió emocionada. Bajó las escaleras deprisa y el recuerdo de la tristeza de la abuela le vino de repente. No era justo, lo sabía.

Ella estaba preparando en una cesta los ingredientes y la miró, con una pequeña sonrisa cariñosa. Parecía calmada o, al menos, resignada.

—Vamos, hija, desayuna que tenemos que ir a la Casa antes de que lleguen los obreros.

—De acuerdo.

Tomó una torta salada de dos bocados y la infusión, sin sentarse. La abuela se encogió de hombros y salieron hacia el edificio. Las niñas se quedaban en casa, aunque Sari protestó.

Las tres mujeres caminaron deprisa, pronto sería de día y los habitantes de la ciudad se despertarían con su habitual actividad. No querían testigos. Casa les abrió la puerta y volvió a cerrarla. La abuela sacó los frascos y dio uno a cada una.

—Tenéis que rociar por toda la planta baja, especialmente por las

esquinas. No sabemos dónde exactamente vertieron la magia negra, así que hemos hecho de sobra.

Las tres se repartieron la casa. Los trabajadores habían despejado bastante las habitaciones, pero algunas vigas estaban cruzando las salas, así que tuvieron que saltarlas. Se encontraba en una salita, cuando Gabriel apareció, dándole un buen susto.

—Disculpa, ¿te he sobresaltado?

—Pues sí, pero me alegro de verte.

Él se acercó a ella y la besó, hasta que ella, riendo, se apartó.

—Debo limpiar a Casa de su maleficio, vamos, déjame trabajar.

—¿Puedo mirarte?

—Eso resulta un tanto inquietante.

—Lo sé. Tengo que contarte algo. Cuando te dejé, fui a ver a mis hermanos. Es posible que puedan hacer olvidar a ese conde tu persona, pero…

—¿Pero?

—Hay ciertas condiciones.

—¿Pirsa? ¿Has terminado? —gritó la abuela.

—Esta noche te contaré. Te amo.

Le dio un beso y desapareció. Ella sintió que le temblaban las manos, emocionada. Siguió echando el líquido y se reunió con las otras dos.

—Vayamos hasta la puerta, Fara nos ayudará.

Caminaron hacia el lugar y la entrada se materializó. Fara no podía salir, pero sacó sus dos manos y medio cuerpo por la estrecha rendija. La señora Montoro y la abuela tomaron una y ella sostuvo la otra. Luego, comenzaron a recitar.

—En nombre de la Diosa, esta morada purifico, con sal y agua, toda maldad aquí desvío. Diosa Hécate, defiende este hogar en la tormenta, que la paz retome y la gracia siempre se mantenga.

Casa se removió y agitó, como si sufriera un terremoto y ellas volvieron a recitar la oración.

—Pirsa, muchacha, únete o esto no funcionará —dijo la abuela.

Ella, con la poesía aprendida, comenzó a recitarla, y una luz pálida la rodeó, volviéndose cada vez más rojiza. La energía de Elody junto a la de Fara se unieron y a través de sus pies, se extendieron por toda la superficie, incluidas paredes, techos, muebles. La casa crujió, se sacudió y un líquido grisáceo, espeso y de olor amargo, salió de entre las vigas, cayendo al suelo y dirigiéndose hacia la puerta, por donde desapareció.

Casa soltó algo que parecía un suspiro y ellas miraron alrededor. Todo relucía un poco más. La abuela aplaudió.

—Casa, no debes arreglarte demasiado deprisa o nos tacharán de brujas. Solo hazlo en el ritmo adecuado.

—Una semana —dijo Elody—, por favor, que sea en una semana, incluyendo la posada. Debo…

La abuela abrazó a la muchacha y Fara, ya que la viga se había puesto en su sitio, salió.

—Deberás venir cada día de esta semana para tomar notas. Aunque Sari puede terminar tu trabajo.

—De acuerdo, así lo haré.

—¿Por qué una semana? —dijo la señora de Montoro.

—En una semana me iré o me tendré que entregar a ese hombre. Y no es lo que yo quiero ni tampoco lo querríais para Pirsa.

—No, aunque… todas te echaremos mucho de menos. Te prometo que cuidaré de las niñas —dijo su abuela sollozando—. Sé que no puedes quedarte aquí, que no perteneces a este tiempo, y, aun así…

—Lo sé, madre —dijo ella abrazándola. Lloraron de nuevo con terrible tristeza ante algo que era necesario.

Las habitaciones se despejaron un poquito más, haciendo el paso sencillo. Fara espero paciente y luego se dirigió a Elody.

—Deberías bajar ya y empezar. Necesitamos que lo hagas antes de irte.

—¿Por qué tanta prisa?

—Es necesario.

No dijo nada más y ella se despidió de las dos mujeres y bajó las escaleras. Una cueva oscura dio paso a varios pasillos, con sombras que saltaban de uno a otro. Quizá eran como Jack o como Nené. Los echaba de menos, aunque era cierto que en esta época había encontrado amigos y, sobre todo, una familia querida. Su corazón estaría dividido para siempre.

Fara refunfuñó y se volvió hacia ella. La apuntó con su bastón y, aunque era bastante más bajita, su presencia imponía.

—Muchacha, has venido aquí para cumplir una misión. Cuando alguien hace lo que tiene que hacer, se va. De hecho, todo esto que está ocurriendo no debería de haber sucedido y no sabemos en qué afectará al futuro.

—Pero en mi futuro encontré el cuaderno de Pirsa, por lo que ha sucedido.

—No estoy tan segura de ello. Puede que cuando vuelvas te encuentres otra cosa. De momento, coge este cuaderno y empieza a anotar.

Llegaron a una enorme plaza donde cientos de seres parecidos a los que ya conocía y otros muchos que jamás había visto, caminaban, charlaban e interactuaban unos con otros. Fara se sentó en un banco de piedra, delante de una mesa, y comenzó a dictarle. Mientras hablaba, los seres a los que se refería se acercaban para que ella pudiera dibujarlos. Se quedaban quietos, sonriendo y posando como

un rey.

Eran curiosos y extraños, algunos más humanos que otros, con poderes y sin ellos. Características especiales, como una *celéritas* jovencita con el mismo buen humor que Nené. No pudo dibujarla, imposible. Pero otros como los *eónidas* y los *nebulomantes*, posaron tan felices.

Ya tenía al menos quince razas cuando se hizo la hora de comer. Prometió volver al día siguiente, pero deseaba estar con la familia, con las niñas.

Arriba, las obras seguían y cuando abrió la puerta, se encontró con Gabriel cara a cara. La miró sorprendido, pero ella se encogió de hombros.

Él le robó un beso y siguió trabajando. Cuando salió, en su rostro había felicidad, gracias a él.

—Veo que os satisface la vida, señora Castel.

El conde de Marenostrum la esperaba en la esquina.

—Dejadme. Estoy contenta porque las obras están bien.

Continuó caminando, pero él se puso delante.

—No sé si podré esperar una semana para haceros mía. Tal vez os reclame antes.

—Entonces no tendríais palabra y sois un conde.

—Sí, cierto, pero ¿quién va a negar lo que desea a un noble?

Ella se escabulló y echó a correr. Sabía que él no la perseguiría. Sería muy bochornoso para un conde hacerlo. Llegó a casa agitada, con el corazón saliéndose del pecho. Debía de ser más discreta. Entró a comer, dando un buen susto a las niñas. Pasó la tarde con ellas, dándole buenos consejos, cariños y enseñándoles lecciones de matemáticas y geografía. Al menos, se quedarían con buenos recuerdos de su madre cuando no estuviera.

Al anochecer, y con Sari abrazada a su cuerpo, no se podía dormir, esperando a Gabriel. Sintió un leve aroma a limones y apartó con mucho cuidado a la pequeña. En camisón, se levantó y salió al pasillo. Allí estaba Gabriel, que la tomó de la cintura y desaparecieron.

Ella no quiso contarle su encuentro con el conde, ¿para qué? Se amaron durante horas, abrazados, transmitiéndose todo su amor. Gabriel le regaló un librito con un retrato de los dos, para que pudiera llevárselo. Ella reconoció el que encontró, aunque se acordó que el rostro de Gabriel estaba pintado de blanco. Tal vez había sido algo fruto de la casualidad.

Durante cinco días, su rutina fue igual. Ya tenía una gran cantidad de seres anotados, el árbol genealógico creado con magia, para que solo se fuera rellenando en el tiempo adecuado. Escribió el mensaje con magia que ella leería casi trescientos años después.

Estuvo con las niñas y con la abuela todo lo que pudo y también cada noche amaba a Gabriel. Hubiera podido seguir así, si no fuera por el conde.

—Yo lo arreglaré, te lo prometo. Dame tiempo —le decía Gabriel, pero ella sabía que de todas formas debía partir.

Esta tarde recibió un mensaje del conde, acompañado de un paquete con un vestido de fiesta incluyendo enaguas y calzones. Esa noche la esperaba. Ella se puso pálida. Se había adelantado un par de días y Casa no estaba preparada. Miró atemorizada a la abuela y ella negó.

—No debes entregarte. Vete esta misma noche. Me llevaré a las niñas con Greta y solo…

Se echó a llorar y Elody la abrazó. Despedirse de todas iba a ser muy duro. De hecho, tampoco podía decirles adiós.

La abuela llamó a las niñas y abrazaron a su madre. Sari se quedó atrás.

—¿Hoy te vas? —preguntó aguantando las lágrimas.

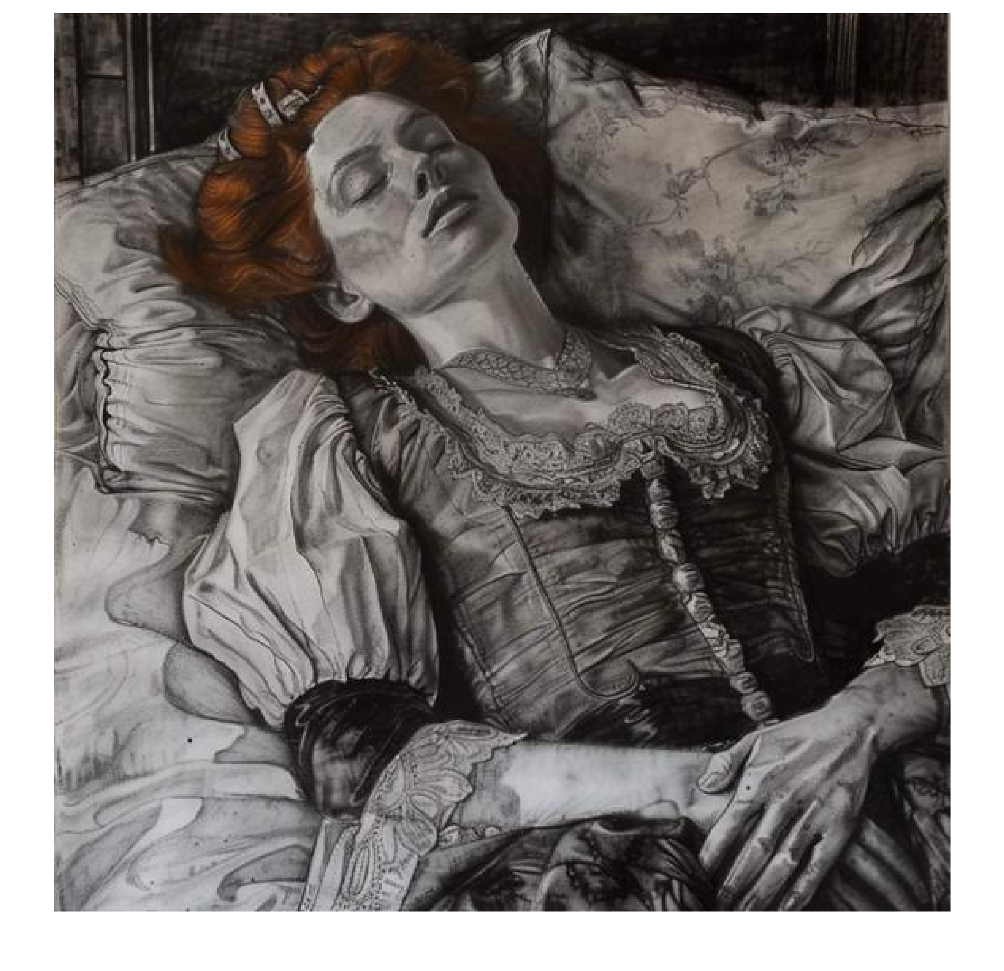
—Debo irme, mi amor. Ojalá tuviera otra manera.

—Lo entiendo. Has sido una buena segunda madre.

Salió corriendo y Elody no pudo aguantar las lágrimas. La dejaron sola y subió a la buhardilla. Si se ponía el vestido y se preparaba, tal vez el conde considerase que, en realidad, iba a cumplir el trato. Puede que no les hiciera nada.

Se arregló y arregló su cabello. La ropa le ajustaba bien, aunque era demasiado escotada. No sabía cómo exactamente lo haría, pero esa noche era el momento. Llamó a Gabriel, pero no obtuvo respuesta. Sentía irse sin decirle adiós, aunque tal vez era lo mejor. No lo resistiría.

Se echó en la cama y deseó volver a casa, a su casa de verdad, al Café Nocturna, con Catalina, Herminia, Cornelia, Mimí, Maddy y los demás…. Cerró los ojos mientras un suave olor a limones le llegaba como una despedida perfecta.



Capítulo 25. Casa, de nuevo



La oscuridad pasó a ser una tenue luminosidad. Abrió los ojos, con un fuerte dolor de cabeza. Casa empezó a meter ruido y ella gruñó. Se escucharon pasos por la escalera y su madre subió, asombrada.

—¡Elody! ¡Mi amor! ¡Has vuelto! —dijo echándose encima de ella y abrazándola.

—Mamá… me estás… aplastando…

—Me da igual, te aguantas. Hija mía —se volvió y gritó por las escaleras—Mamá, sí, está despierta. ¡Sube!

La abuela Herminia subió y miró con asombro a Elody. Se acercó a la cama, emocionada, y le dio la mano, pero no pudo resistirse y la abrazó. Kásper saltó a la cama y se frotó contra ella.

—¡Ya era hora!

—¿Cuánto tiempo…?

—Aquí han pasado veintidós días, pero me da que tú llevas más tiempo. Estás… distinta. ¿Cómo te encuentras? Fara nos avisó, nos entregó una antigua carta, pero no podíamos creerlo. Te quedaste en coma.

—Han pasado tantas cosas —suspiró Elody—, me gustaría darme un baño, echo de menos la bañera.

—¿Y a nosotras no? —dijo su abuela seria.

—Por supuesto. Encontré a nuestras ascendientes, eran tan… me quisieron mucho. Yo creo que necesito un momento.

—Date un baño, hija, usa las sales de limpieza y vuelve a ser tú. Te esperaremos abajo. Y también llamaremos a todas.

—¿Gabriel?

Su madre negó con la cabeza. Bajaron las escaleras y ella intentó sentarse. La debilidad de su cuerpo actual le impedía moverse con normalidad. Miró sus brazos e incluso sus pechos, más pequeños que los de Pirsa. Aun así, sentía su cuerpo en ella. ¿Qué les habría pasado

a las niñas?

Se levantó tambaleante y abrió la puerta del baño. Casa ya había llenado casi toda la bañera.

—Me alegro de que tú también estés bien.

Se metió en la bañera y se frotó bien. Aunque Fara le había dicho que era su misión, no podía dejar de pensar en la familia que había dejado atrás y en Gabriel. Al menos, había servido para ayudar a quitar el hechizo de la casa y a que la partida de Pirsa no fuera tan dura. Cuando la descubrieran, vestida y muerta, sería un duro golpe, igualmente. Lloró abrazada a las rodillas, sin poder calmarse y, aunque deseaba volver con su auténtica familia, su corazón estaba dividido.

Se puso el albornoz y se vistió con sus jeans y una camiseta. Casi se sintió rara por no llevar las enaguas. Trenzó su cabello y bajó las escaleras, todavía con paso inseguro.

En la sala, estaban todas, su madre, su abuela, Cornelia, Mimí, Maddy y la señora Montoro. Cada una la fue abrazando hasta que la abuela les echó la bronca y le hicieron sentarse. Su madre le trajo una infusión y la tomó, junto con un pedazo de pastel de chocolate. Ted se asomó a la puerta y ella se levantó para abrazarlo. También Jack y Nené aparecieron para saludarla. Luego, se fueron discretamente.

—¿Cuándo has estado? —preguntó Cornelia—, es que necesito saberlo todo.

—No seas insistente. Déjala descansar. Vamos, ya la habéis visto, todos fuera —dijo la abuela. Aunque protestando, se fueron marchando y dejaron a Elody con su madre.

—Sé que has sido feliz y que es doloroso volver a un mundo en el que… no está él. Caleb me dijo que lo buscó por todo el océano. Tal vez sí ha vuelto con los celestiales. Ellos son… otra cosa.

—¿Caleb está bien?

—Sí, he enviado a un muchacho acuático a avisarle. Están integrándose con las sirenas y no es fácil. Ellas no aceptan mucho que sea el hijo de… bueno, ya sabes.

—Me gustará verlo.

—Seguro que viene cuando pueda. Abrázame, hija, pensé que te había perdido.

Se quedaron abrazadas durante un buen rato, solo sintiendo su amor. Al rato, Jack subió para avisarles de que había que comer, así que bajaron al café.

Habían montado una mesa con muchos puestos y Elody miró a su abuela extrañada. Ella se encogió de hombros. Llegaron Cornelia y las demás y la puerta del sótano se abrió. Fara, algo más mayor y arrugada, salió, acompañada de varios seres más.

Elody se acercó a ella.

—Me alegro de volver a verte, no nos habíamos conocido en este tiempo. Entregué tu carta.

—Lo sé y te lo agradezco. ¿Qué ocurrió cuando yo… me fui?

—Casi no lo recuerdo. Sentémonos para hacer memoria con uno de esos licores que guarda tu abuela en el armario.

Catalina le acercó un vaso y continuaron preparando la mesa, dejándoles espacio.

—Fue muy triste, como puedes imaginar y el conde se sintió muy furioso. Creo que quería tomar represalias contra la familia. Pero algo sucedió después. Gabriel hizo un pacto con sus hermanos y todos te olvidaron. Olvidaron a Elody, no a Pirsa. Al conde, en particular, lo mandaron a no sé qué guerra. Las niñas crecieron, se encargaron de la posada y bueno, sé que fueron felices. Sari fue una bruja excelente que vivió ciento dos años y tuvo dos hijas.

—¿Y Gabriel?

—Me dijo que él también entraba en el pacto. Sus hermanos le pusieron la condición de que te olvidase.

—¿Por eso no me reconoció?

—Sí. Exacto. El chico lo sacrificó todo por ti. Cuando acabó a Casa desapareció y no supe nada más de él hasta un año más tarde, aunque estaba distinto y dejó de ir por allí. No lo volví a ver hasta hace poco, por aquí, pero esa historia ya la sabes.

Elody cerró los ojos, suspirando. Tal vez no estaban destinados a estar juntos. Agradeció todo a Fara y se sentaron alrededor de la mesa. Estaban impacientes por escuchar su relato, pero comenzaron a comer y después, poco a poco y hasta más allá de las doce de la noche, ella les contó la pequeña vida que había tenido en 1748.

Capítulo 26. Verano



Lo sospechaba, pero lo atribuyó al viaje en el tiempo. Pero al segundo retraso, averiguó que era cierto, que estaba embarazada de Gabriel. Tenía que comprobarlo, así que salió por la mañana a la farmacia, para comprar un test de embarazo. Después, se metió al baño de una cafetería porque no podía esperar más a saberlo. Hizo el test, pero lo metió en la caja sin mirar lo que había salido.

Se tomó el té que había pedido y caminó hacia la playa. Deseaba estar sola, ver los resultados sin compañía. Con los pies descalzos, acarició el agua que ya no le hablaba de la misma manera. Le gustaría ver incluso a Khal, pero tal vez ya no tenían esa conexión. No creía que pudiera ya respirar bajo ella, quizá algún día lo intentase.

Nerviosa, sacó la cajita donde había vuelto a meter el test y lo miró varias veces antes de querer gritar de alegría. Era positivo. Estaba embarazada del amor de su vida, un pedazo de él viviría en ella.

Recogió todo y miró al horizonte, poniendo las manos en su vientre, queriendo sentirlo. Le pareció notar un minúsculo latido. Sonrió, feliz, emocionada.



A lo lejos alguien saltó por las olas y al poco, Caleb se acercó a ella, vestido con sus típicos pantalones cortos y una bolsa.

—Elody, gracias a la diosa, estás bien. Siento no haber podido venir antes.

Se abrazaron con cariño durante largo rato y luego se sentaron en la arena.

—No te preocupes. Me dijo mamá que es complicado.

—Sí. La reina no está muy dispuesta a aceptarnos, así como así. Tal vez acabemos volviendo a vivir allí. Pero solo somos unos cuantos, entre soldados, unos ancianos y bebés. Pensé que ella nos acogería. Solo está de acuerdo en que los soldados se queden, supongo que como modo de tener descendencia.

—Los bebés crecen —dijo ella—. Tal vez podrías traerlos a Casa. ¿Cuántos sois?

—Hay cinco ancianos y tres bebés de meses, además de dos niños de unos dos años.

—Puede que a la abuela le dé un ataque, pero quizá podamos preguntárselo. ¿Ellos podrían vivir… fuera del agua?

—Sí, como yo. Hablemos con la abuela. He venido para traer

algunas algas que me pidió, así que espero que sea receptiva.

—Nunca se sabe.

Se levantaron y ella se estiró, sonriendo.

—Estás muy feliz.

—Perdí a Gabriel, pero al menos, tengo un pedacito de él —dijo tocándose el vientre—, pero no se lo digas a nadie.

—Soy una tumba… supongo que es buena noticia. Yo lo busqué durante días, Elody…

—Lo sé, mamá me lo dijo. Está bien, tranquilo. Me alegro mucho de que tomaras la decisión de quedarte.

Caminaron abrazados hacia el café donde la abuela estaba mirando nerviosa y discutiendo con su madre.

—¿Qué ocurre? —dijo Elody.

—¡Caleb! ¡Qué bueno verte! —dijo su madre abrazándolo. Él se quedó un poco parado, pero luego también le correspondió. Se iba acostumbrando a ser amado poco a poco.

—¿Será por ti que Casa ha construido un piso más? Es que no entiendo nada —protestó la abuela. Elody y Caleb se miraron y se echaron a reír.

—¿Con cuántas habitaciones? —preguntó Caleb.

—Por lo menos cinco. Y un parque infantil, es que esta Casa se ha vuelto loca.

—Creo que ha aceptado tu propuesta.

—¿Qué propuesta? —dijo la abuela. Caleb se lo explicó. Ella bufó, pero ya estaba hecho. Caleb le dio un abrazo que la dejó sorprendida y subió refunfuñando las escaleras.

—Me vuelvo al mar, tengo que buscarlos a todos. Gracias, Elody, y deberías… ya sabes.

—Sí, lo haré.

Pero con el lío de los nuevos residentes de Casa y la abuela protestando, no hubo ocasión de contar nada. Al final, casi cerca de la una de la mañana, se fue a la cama, agotada. Los niños tenían una cuna cada uno y los ancianos, todos hombres, se acomodaron en una habitación con varias camas y un baño. La buhardilla había disminuido de tamaño, pero no le importaba. Era suficiente para ella y su bebé.

Se metió en la cama para leer un rato el libro de las razas que ella misma había escrito. Acarició sus viejas páginas con cariño. Lo iba a cerrar, pero antes, retrocedió al árbol genealógico, quizá preguntándose si aparecería su bebé.

Pasó los dedos por su nombre y una raya comenzó a formarse. Esperó, atenta a que apareciera el nombre de su bebé, pero entonces, las líneas se bifurcaron. El susto fue tremendo. Los nombres comenzaron a aparecer. Sari, el primero y luego Ángel. Ninguno de

ellos tenía un punto rojo, por lo que ambos eran brujos.

Sintió un mareo bastante grande y se echó en la cama. No sabía si llorar o reír. ¿Dos bebés? Su familia y sus amigas iban a ¿cómo decía Maddy? Flipar. Sí, iban a flipar.

Una suave bruma se formó en la pared y ella se volvió. Dos mujeres pelirrojas, una con su aspecto, Pirsa y otra joven con el mismo color de cabello salieron y le sonrieron.

—¿Sari?

—Gracias por poner mi nombre a tu hija. Me alegro de verte con tu aspecto real, aunque sigues pareciéndote mucho a mi madre.

—Te agradezco que cuidaras de ellas —dijo Pirsa abrazando a su hija—. Como sabes, ellas vivieron muchos años y fueron felices. Por tu sacrificio. Lo hiciste bien, Elody.

—Gracias —dijo ella abrazándose las rodillas—. Vosotras… ¿podéis ver si Gabriel…?

—No —dijo Sari—, lo siento. Solo hemos venido para que sepas que nos diste otra oportunidad y todas te lo agradecemos.

—Quedaos un poquito y contadme qué fue de vuestra vida.

Sari sonrió y se sentó en el suelo mientras su madre lo hacía en una butaca. Poco a poco y durante toda la noche, la joven le fue contando sus aventuras y viajes, el amor de su vida que también era escocés, como el esposo de la abuela. Sabina también fue feliz y vivió hasta los noventa y nueve años. Escribió varios tratados de magia que seguro que Casa tenía a buen recaudo.

—Aparecerán cuando sean necesarios, Elody. Una vez que has sido iniciada, necesitarás aprender, sobre todo para cuidar de tus pequeños. De mis hijas, solo una, tu ascendiente, tuvo poder, pero los tuyos son dos, incluso un muchacho, algo totalmente especial, como tu hermano.

—Será difícil que crezcan sin padre —dijo Pirsa—, por suerte sois mujeres fuertes, sois Castel.

—Debemos marcharnos, Elody, está a punto de amanecer y debes descansar.

—¿Os volveré a ver?

—Tal vez —dijo Sari misteriosamente.

Desaparecieron y ella cerró los ojos, agotada. Nadie la despertó hasta el mediodía. Cuando Kásper saltó sobre su cama, se dio un buen susto.

—Creo que tienes algo que explicar, niña —dijo mirando hacia las dos cunas que habían aparecido en el medio de la habitación.

—Oh… Casa….



Epílogo



—Una jaula de monos, es en lo que se ha convertido Casa —refunfuñó la abuela mientras todos desayunaban en la cafetería—, por suerte, esto se acabará pronto.

Elody pasó la mano por su vientre abultado y sonrió. Pasar seis meses rodeada de bebés y de ancianos que se quejaban de que la bañera era pequeña o de la comida salada había sido duro. Pero habían encontrado brujas de acogida, para todos ellos y hoy celebraban la despedida. Era lo mejor. Cada familia de brujas había adoptado a un bebé y a un anciano y se les veía felices. Todo volvería a calmarse. De hecho, Casa ya había hecho desaparecer una de las habitaciones. La otra la había guardado para Caleb, que se había instalado en ella, ante la mirada atenta de Maddy, que parecía loquita por sus huesos.

—¿Qué tal estás hoy? —preguntó su madre dándole un beso en la cabeza.

—Pesadísima, como si me hubiera comido dos niños —dijo ella riéndose.

—Hoy es luna llena… —canturreó Cornelia. Mimí, de la mano de Levy, se sentó en la mesa, sonriendo.

—No nos des la comida, chica —dijo la rubia—, después de que cenemos te pones de parto o lo que sea.

—¿Ya tienes todo preparado? —preguntó Maddy.

—Sí, hace días. Me dijo Marga que posiblemente se adelantaría al ser gemelos.

—¿Se vio algo raro en la última ecografía?

—No mucho, pero ambos… tenían los ojos abiertos. Pero dijo Marga que las brujas suelen nacer así, mirándote fijamente.

—Qué creepy —dijo Levy.

—Habló el que es medio sombra —contestó Mimí dándole un beso.

Empezaron a comer. Ted también estaba en la mesa y todos se turnaban para traer los platos que aparecían en la cocina. Elody no comió mucho, estaba inquieta y le picaba la piel. Podría ser por la luna llena o porque era el día. Jack acarició su mano, tranquilizándola y le lanzó un beso.

Fara carraspeó y se levantó para brindar. Al ser la más anciana, estaba en la cabecera de la mesa.

—Querida familia, aquí, todos reunidos, no puedo más que sentirme orgullosa de vosotros. Quiero deciros que nuestra comunidad está incorporándose a la sociedad y…

—Ahhh —gritó Elody viendo como el suelo se encharcaba.

—¡Ha roto aguas!

—¡Has interrumpido mi discurso! —exclamó Fara enfadada.

Catalina se levantó como un rayo y del techo cayó una bolsa en sus manos. Se la dio a Cornelia y ayudó a Elody a levantarse. La primera contracción torció su gesto.

—Te llevo al hospital —dijo Mimí—, menos mal que puse un plástico en el asiento de atrás.

Maddy le dio un pequeño cachete y la ayudaron a meterse en el coche rosa. Catalina, de la mano de su hija, le guiaba en su respiración. Delante iban Mimí y la abuela.

Llegaron al hospital y Marga, que ya había sido avisada por Cornelia, las esperaba con una camilla. Todo fue rápido, pasar a la sala de partos y tras examinarla, se quedó seria.

—Están muy arriba, Elody, como… como si no quisieran salir todavía. Te pondremos un gotero y esperaremos, ¿de acuerdo? Y si no salen, tendremos que hacer cesárea, para que no tengan sufrimiento fetal.

—Está bien, pero… tengo contracciones, ¿eso no los empuja?

—Te haré una ecografía, pero es como si algo se lo impidiera. Voy a buscar el ecógrafo, quédate echada en la cama.

La abuela pasó la mano por encima del vientre y se encogió de hombros.

—Parecen estar bien. A ver qué te dice Marga.

Las contracciones seguían, cada ocho minutos. El ecógrafo no descubrió nada de particular, solo estaban allí dentro, sin más.

—Esperaremos media hora con el gotero y si no se produce el parto, te llevaremos a quirófano. No podemos esperar a que sufran.

—Sí, lo que sea —dijo Elody sudando.

—Voy a por algo a casa —dijo la abuela.

Salió y su madre le tomó de la mano.

—Tranquila, cariño, saldrán.

—No quieren salir, sé que no quieren. No sin su padre —dijo ella llorando.

—Pero es imposible, él no está.

—Sé que es eso, mamá —dijo llorando—. Llama a Marga, dile que hagan una cesárea o no nacerán.

Catalina se asomó al pasillo y le dijo a su hija que enseguida volvía. Cerró la puerta y Elody comenzó a llorar.

—Debéis salir, hijos, o moriréis. Por favor —suplicó llorando. Otra contracción le hizo gritar de dolor.

Entonces, lo sintió. El olor a cítricos y pensó que su memoria y el ansia por estar con él la estaba traicionando. Levantó la cabeza y lo vio. Él estaba delante de la cama, con el aspecto del Gabriel del pasado, vestido como el Gabriel del pasado, tan sorprendido como ella. Corrió a su lado y la abrazó.

—¿Estoy soñando? —lloró ella.

—No, pero ¿dónde estoy? Dios mío, vas a tener un bebé.

—No, Gabriel, vamos a tener dos. Estás en mi tiempo. No comprendo nada.

Sintió una fuerte contracción y uno de los bebés se desplazó hacia el canal del parto. Marga entró acompañada de Catalina, que se quedó con la boca abierta.

—Gabriel, pero tú no eres…

—No hay tiempo, vienen los bebés, avisa a la enfermera —gritó Marga.

Catalina salió y enseguida llegaron dos enfermeras para ayudar en el parto. Si les chocó las antiguas vestimentas del hombre, no dijeron nada. Elody agarró la mano de Gabriel, ambos aturdidos y empujó. Empujó y empujó.



Los bebés se alimentaban ruidosamente del pecho de su madre mientras Gabriel no podía dejar de mirarlos y luego a Elody, todavía demasiado sorprendido para reaccionar. Habían nacido con los ojos abiertos y, a pesar de ser prematuros, parecían tener semanas por su madurez. Catalina le llevó al hospital ropa que Casa consideró que era de su talla y se cambió, algo incómodo, en el baño.

Cuando ambos niños estuvieron satisfechos, los echaron en las cunitas. No habían podido hablar y la familia los dejó solos.

—¿Cómo es que estás aquí? ¿Cómo lo has conseguido?

—No lo sé seguro. Recuerdo que subí para hablar con mis hermanos y que me propusieron el trato de que, si te olvidaba, podría salvarte. Me pareció bien, con tal de mantenerte a salvo. Fue terrible saber que no estaría contigo, pero me consolaba que en el futuro tal vez tendríamos una oportunidad. Luego, recuerdo trabajar en la

posada. Ya habíamos acabado y esa noche se inauguraba, con tu abuela… bueno, con Sabina, las niñas… y de repente, cuando caminaba hacia allí, una oscuridad me absorbió y he aparecido aquí, recordando lo mucho que te amo.

—¿Le has preguntado a tus hermanos?

—Quizá lo intente, pero siento que ya no soy… lo que era. Creo que ahora soy mortal. Una persona normal y corriente, lo que es maravilloso —terminó sonriendo—, porque no habrá ningún motivo por el que no podamos vivir juntos, si es que quieres, por supuesto.

—Es nuestro destino, Gabriel, aunque ahora tengamos que cuidar de dos pequeños.

—Eres mi sueño, Elody, y os amaré a los tres hasta el fin de mis días.

Se agachó para besarla, y ambos volvieron a conectar como lo habían hecho hacía cientos de años.

—No sé cómo funciona este mundo moderno, pero, me gustaría desposarme contigo.

—No tengas prisa, pero sí, un día de estos nos casaremos. Te amo.

—Y yo, mi amor.

De noche cerrada, cuando Gabriel dormía en el sillón, un pequeño ruido la alertó. El espíritu de Pirsa salió y contempló con amor a los bebés. Elody se despertó y le sonrió.

—Me voy, Elody, por fin puedo ascender.

—Me alegro, Pirsa. Espero que seas muy feliz donde quiera que vayas.

—Lo sé, gracias, y tú cuida de nuestra pequeña Sari, porque creo que será una niña muy traviesa.

Elody abrió los ojos sorprendida y la pequeña volvió la cara hacia el espíritu de Pirsa, que le dio un suave beso en la frente.

Luego, desapareció y la nena cerró los ojos. Elody también, porque, cuando se cierra un círculo, todo ha de salir bien.

Epílogo 2



—Es una idea perversa —dijo Miguel a Marien.

—Y, sin embargo, es perfecta. El hombre que amaba y nuestro hermano, los intercambiamos.

—No lo entiendo —dijo Joffiel. Marien suspiró y se preparó para explicarle con suma paciencia.

—Creo que Gabriel tenía razón en algo, estamos solos y no creo que ningún Supremo se moleste en venir a vigilarnos. Él siempre ha sido un hombre solitario y tú como los demás hemos sentido que esa muchacha es su alma gemela.

—Afortunado él —dijo Miguel melancólico.

—Por eso, tal y como la muchacha se intercambió con su antecesora, haremos lo mismo con Gabriel. Él desaparecerá en 1749, después de acabar su tarea y aparecerá en el momento adecuado. Nos llevaremos al Gabriel malherido que estás cuidando y que ha perdido totalmente la memoria a ese año, encargándole que custodie a las mujeres Castel. Un círculo perfecto.

—Creo que estoy de acuerdo con Miguel. Eres perversa, pero me gusta. ¿Seguirá siendo un *celestial*?

—No, el de ahora será humano y vivirá una vida humana. Es lo que él quiere, sin duda.

—Entonces, ¿el Gabriel que trasladarás a 1780 no sabrá nada de Elody?

—No, y por eso, todo lo que ha ocurrido tendrá sentido. Puede que él sienta la melancolía propia de un ser que ha perdido a alguien y no sabe a quién, pero al final, estarán juntos.

—¿Y no sería más fácil que el Gabriel actual se quedase con ella?

—El Gabriel actual ha perdido la memoria y no podemos restituírsela. Si se queda, no la conocerá. ¿Es eso mejor?

—No… pero sigo pensando que tienes una mente retorcida.
—Y bondadosa —dijo Miguel—. Hagámoslo.
Joffiel canturreó:

En el eterno girar de la vida, un círculo se cierra,
lo que una vez fue semilla, ahora en flor se encierra.
Cada paso y cada gesto, preludios de este fin,
destinos entrelazados, como hilos carmesíes.

Los días, ciclos de un sol que nunca descansa,
cada amanecer y ocaso, una promesa que avanza.
Entre risas y lágrimas, la trama se tejió,
en el tapiz del tiempo, cada color brilló.

Bajo la luna llena, secretos salen a danzar,
revelando que el final, siempre es un nuevo empezar.
Con cada ciclo completo, la sabiduría se despliega,
la vida, maestra eterna, en sus lecciones nunca niega.

Así, en el último giro, todo acaba en su lugar,
como estrellas que al cielo vuelven, sin dudar.
El círculo se cierra, no con final ni inicio,
sino con la calma del que encuentra su propio edicto.

FIN

Agradecimientos

(Y lee hasta el final del libro, porque tienes un regalo)

Querido lector, querida lectora. Espero que hayas disfrutado de la historia de Elody. En este caso, he querido introducir las imágenes como novedad. Me gustaría saber si te gusta que haya imágenes o no. Puedes escribirme a info@anneaband.com con tu opinión, lo que agradecería muchísimo.

Es cierto que las he generado con IA, aunque no se me da mal dibujar, pero hubiera necesitado meses para hacerlas y ahora mismo, no me es posible. Espero que eso no te moleste.

Cuando me planteé escribir este libro, pensaba hacer una novela autoconclusiva, pero, la verdad, me enamoré de ese Mundo Oscuro y quería saber algo más.

Además, Sari me pareció un personaje estupendo y te cuento que andaba susurrando en mi oreja para que le hiciera una novela a ella sola. Y eso he hecho.

Con ella, pensaba acabar, pero hablando con mi hermana Eva y mi amiga Inma, me animaron a seguir y comentaron que les encantaría saber qué fue de la vida de Cornelia y de Caleb, así que he decidido (si no ocurre nada extraño), contar su historia.

La primera que sale será la de Sari, espera que te enseño la portada:



Y esta es la sinopsis:

Sari se ha criado con su abuela y su tía Greta. Eso no ha hecho que sea tímida o tranquila, al contrario. Su personalidad es arrolladora.

Cuando cumple los diecinueve, Fara, su maestra, le solicita que, como bruja de agua, viaje a Escocia para solucionar una terrible maldición que ha convertido la zona donde se encuentra el establecimiento de un familiar,

el Café Bhean Na Loch, en un desértico valle.

La acompañará Viana, una joven Nebulomante, que la ayudará a moverse y a hablar el idioma. Allí, cerca de Edimburgo, en el seco valle, se alza un castillo, donde encontrará el motivo de la maldición e irá acompañada de un highlander demasiado atractivo, aunque él deteste todo lo que se sienta mágico.

Sari quiere solucionar el problema, pero todo son dificultades, pues es necesario realizar los rituales en el castillo.

¿Conseguirá realizar los rituales a tiempo? ¿Será el highlander el amor de su vida o un episodio nada más?

Segunda parte (autoconclusiva e independiente) que continúa la saga de las Castel, con fantasía romántica sobrenatural, o romantasy.

Puedes tenerla en oferta y en preventa (3 de octubre) en este enlace:

Amazon España: https://amzn.to/3X7eF04

Amazon internacional:

https://relinks.me/B0DDCD53V6

Y aquí te presento las dos siguientes novelas, que irán saliendo a la venta:

Pero de esto ya te irás enterando…

Gracias a todas las personas que me rodean, que me apoyan. Muchas veces lo he dicho, pero la profesión de escritor es un trabajo muy solitario, muy introspectivo y no siempre es rentable. Pasas meses sumergida en un mundo, a la vez que (o al menos en mi caso), ando maquetando, revisando o creando novelas para *Wattpad*. Amaría escribir todo el tiempo, pero hay que realizar otras tareas.

Por eso es tan importante el apoyo de la pareja, de la familia, de las amigas, de las hermanas. Os aseguro que todos ellos forman un conjunto imprescindible, como tú, lectora. Sin ti, no tendría sentido nada.

A todos mis lectores, (lectoras, básicamente), que hacéis que cada día sienta más fuerza y ánimo para seguir escribiendo. Tú eres el motivo por el que publico una novela tras otra.

A todas aquellas personas que me seguís en redes, que dejáis comentarios, que me escribís correos, (y aquí también podría nombrar unas cuantas maravillosas lectoras con las que mantengo comunicación y que, en cuanto saco un libro, me escriben para decirme que ya lo tienen, bien en su Kindle o en papel). Realmente, no sería nada sin vosotras.

Ahora, os hablo de mí, por si alguien no me conoce.

Me llamo Yolanda Pallás, aunque como sabes, escribo con el

seudónimo de Anne Aband.

Alguna vez me han preguntado por qué me puse ese seudónimo y es que al principio, escribía por afición, como casi todos, cuando empezamos.

Mi intención era escribir libros de informática (he dado clases durante más de veinte años), pero luego pasó que empecé a tener éxito, a ganar algún premio literario y… ¡ups! Escribir libros de informática pasó a segundo plano.

Amo la fantasía y la romántica y ¿qué mejor que unirlas en una novela?

A las fechas de escribir esta biografía llevo muchas novelas publicadas, incluso en portugués e inglés, y también unos cuantos libros con otros seudónimos, desde eróticos a infantiles o cuadernos para escritores.

Si te apetece saber alguna cosa más o descargarte una novela gratuita, te invito a que te pases por mi web:

www.anneaband.com

También tengo Instagram y otras redes, pero te dejo la de Instagram porque es en la que más activa estoy: @anneaband_escritora

Si eres autora, voy colgando en mi otra web cosillas: www.yolandapallas.com

De hecho, de esa web puedes descargarte alguna cosilla gratuita, herramientas y demás que voy colgando para escritores. Te dejo enlace: https://yolandapallas.com/shop/

Y poco más, me despido, de nuevo dándote las gracias por leer mi novela, por aguantar hasta aquí y me apostaría la mano y no la perdería, por ser una persona maravillosa que mejora el mundo.



Otros libros relacionados

¿Te apetecería leer una bilogía de espíritus, médiums… y que sea romántica?

Te presento:



Se trata de dos novelas que se pueden leer por separado. Tienes aquí los enlaces:

Habla con Alma

Sinopsis:

Cuando el mundo de los vivos se entrelaza con el de los espíritus, el peligro acecha en cada sombra.

Maya, dotada de un don no deseado para comunicarse con espíritus, utiliza un chat anónimo para mantener su vida normal mientras ayuda a las almas que le contactan.
Sin embargo, la ciudad se ve sacudida por una serie de crímenes extraños. Adivinos, tarotistas y otros profesionales del mundo

sobrenatural están siendo asesinados uno tras otro.

Francesco, un inspector de policía escéptico, se ve forzado a buscar la ayuda de Alma. Juntos, se adentran en un misterio donde lo natural y lo sobrenatural se difuminan. ¿Lograrán descubrir al asesino y los secretos que los espíritus guardan sobre estos crímenes?

Sumérgete en esta historia de fantasía romántica y misterio paranormal de la autora bestseller Anne Aband.
¿Estás lista para desvelar los secretos que se ocultan en las sombras?

Enlaces:

Habla con Alma:

Amazon España:
https://amzn.to/48UmKIz
Amazon internacional:
https://relinks.me/B0CSF3FBVS

Cazadora de demonios

Amazon España:
https://amzn.to/3QL6m6P

Amazon internacional:
https://relinks.me/B0D2WGWP4X

¿Y qué más te puedo recomendar…? Si te gustan las brujas y no has leído Black Rock, creo que te enganchará. La primera novela, desde que salió (y te hablo a la publicación de este libro), ha estado día sí, día no, en el #1 de varias categorías. Y las otras la siguen.

Te explico un poco de qué va:

Saga Black Rock

¿Te imaginas una saga de brujas, en Escocia? ¿Puedes visualizar a lobos vigilantes?

¿Una antigua rencilla? ¿Dos especies que no se soportan, pero que deben colaborar?

Amor, pasión, mucha acción y magia es lo que vas a encontrar en la saga Black Rock, compuesta por los siguientes libros. Te muestro el primero.

Las brujas escocesas de Black Rock

El primer título. Encontramos a los fundadores de esta familia híbrida: Bárbara, una joven escocesa que desconoce que pertenece a un linaje de brujas. Ella recibe una carta que la hará viajar a Glencoe, donde se encontrará con un hombre fascinante, Jason, que no parece llevarse nada bien con la fa-milia.

Lo que va a descubrir le cambiará la vida para siempre, incluyendo un amor apasionado.

Enlaces Amazon: https://amzn.to/41cLg4P

Resto del mundo: https://relinks.me/B0B6H4RCB2

Esta novela (a fecha de hoy), suele encontrarse en los primeros puestos de la categoría de Fantasía Urbana, paranormal o contemporánea.

Toda la saga:

Las brujas escocesas de Black Rock

Los lobos escoceses de lack Rock

Nimué

James

Claire

REGALO PARA DESCARGAR

¡Que no se te olvide! Aquí tienes mi regalo:

El cuaderno de Eliana Castel:

Puedes leerlo en mi blog o descargarlo si quieres tenerlo.

https://www.anneaband.com/mitos-y-verdades-de-la-sangre-de-las-brujas/

CUADERNO DE MAGIA

LOS
MITOS
Y
VERDADES
DE LA
SANGRE DE
UNA BRUJA

ELIANA CASTEL

ADAPTADO POR
ANNE ABAND

Y para acabar…
¿Te importaría valorar este libro?
Me sentiría muy agradecida si puedes valorar el libro en la

plataforma que mejor te venga.

Las valoraciones son importantes para el autor, nos ayudan a saber vuestra opinión y, para qué decir lo contrario, nos anima a seguir escribiendo. ¡Millones de gracias!